

EL
ALBERTO

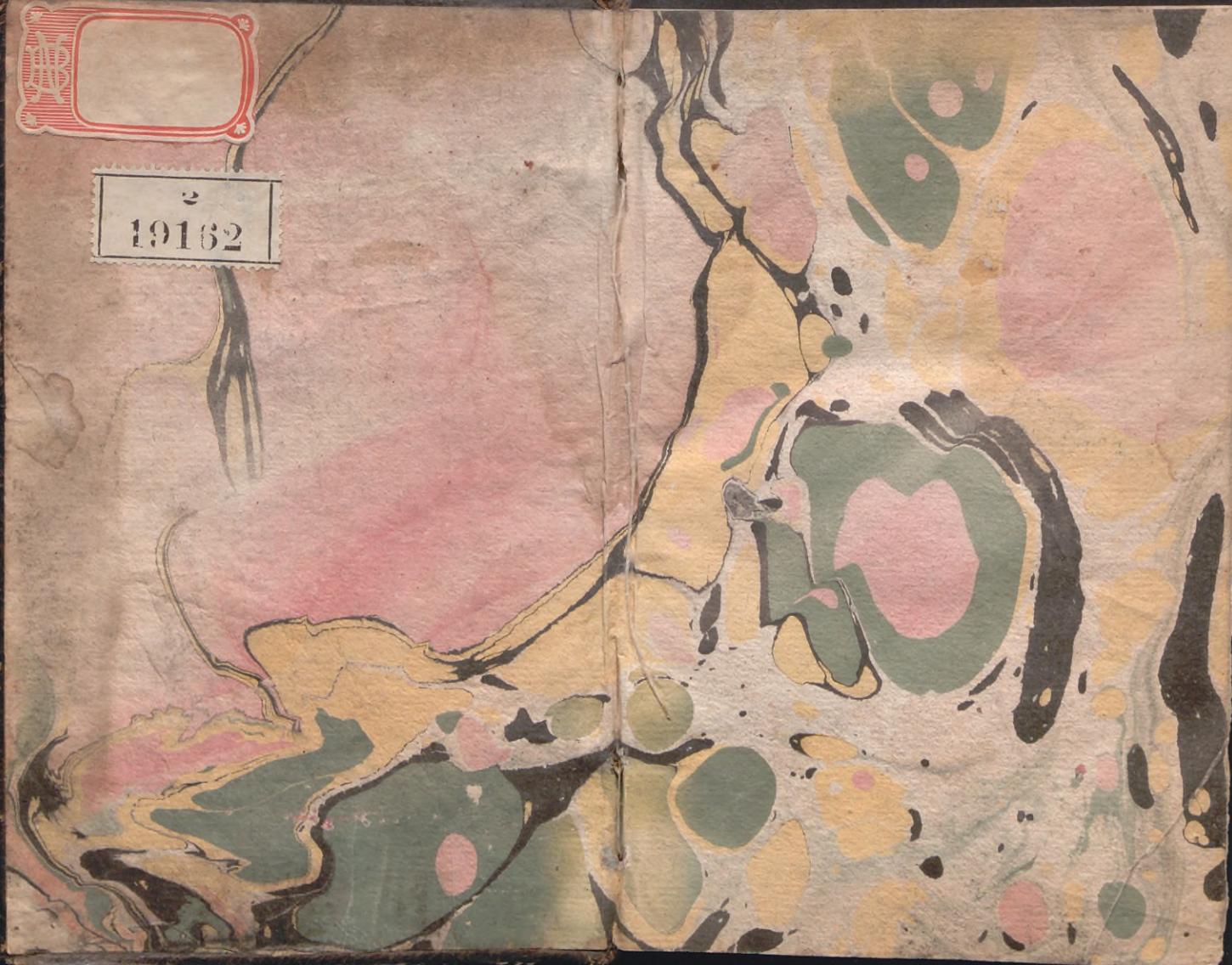
2

2
19162





2
19162



Inm. 88-5-13

ALBERTO,

6

EL DESIERTO DE STRATHNAVERN.

TOMO II.

ALBERTO,

ó

EL DESIERTO DE STRATHNABERN

DE MISTRIS HELME:

HISTORIA INGLESA TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

D. E. A. P.



TOMO II.

MADRID

En la imprenta de la calle de la Greda,

1807.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULO^S CONTENIDOS EN ESTE
SEGUNDO TOMO.

C APÍTULO I. <i>Las gentes curiosas oyen á veces lo que no quisieran saber</i>	I
CAP. II. <i>Ida á la campiña. Viejo celibato que recomienda el matrimonio</i>	24
CAP. III. <i>Qual es la sensibilidad de un libertino</i>	32
CAP. IV. <i>Como se vive en el campo</i>	43
CAP. V. <i>Consejo de la prudencia</i>	54
CAP. VI. <i>Viage á Londres</i>	63
CAP. VII. <i>Tormentos de los zelos</i>	80
CAP. VIII. <i>Indagaciones</i>	87
CAP. IX. <i>Resolucion repentina. Perseverancia</i>	94
CAP. X. <i>Nuevas disposiciones</i>	99
CAP. XI. <i>Extraño encuentro. Dudas aclaradas</i>	III
CAP. XII. <i>De enemigos que eran se hicieron buenos amigos</i>	123
CAP. XIII. <i>Remordimientos. Conocimiento antiguo</i>	136
CAP. XIV. <i>Las hazañas de los hombres á la moda acarrcan á veces los frutos bien amargos</i>	146
CAP. XV. <i>Lo que es el honor á la moda</i> ...	159
CAP. XVI. <i>Promesas obtenidas</i>	178
CAP. XVII. <i>Explicacion. Carta. Contestacion</i>	200
CAP. XVIII. <i>Conjeturas. Disculpas amistosas. Cartas</i>	211
CAP. XIX. <i>Explicacion. Delirio</i>	222
CAP. XX. <i>Restablecimiento. Golpe desgraciado</i>	233
CAP. XXI. <i>Menudencias precisas. Esperanza</i>	

<i>desmanecida. Partida.....</i>	245
CAP. XXII. <i>Confianzas, sospechas, dudas y desconfianza.....</i>	251
CAP. XXIII. <i>Secreto descubierto. Muger enamorada presto se descubre.....</i>	262
CAP. XXIV. <i>Historia de Madama Stanhope. Carácter original.....</i>	274
CAP. XXV. <i>Continuacion de la relacion. Un grande opuesto á un pobre aldeano.....</i>	286
CAP. XXVI. <i>Prosigue la Historia de Madama Stanhope.....</i>	301
CAP. XXVII. <i>Continuacion de la historia de Madama Stanhope. Obstinacion de una muger. Firmeza de un aldeano.....</i>	313
CAP. XXVIII. <i>Historia acabada. Union de caracteres iguales.....</i>	325
CAP. XXIX. <i>Carta interesante.....</i>	350

ALBERTO,

EL DESIERTO DE STRATHNAVERN.

CAPÍTULO PRIMERO.

Las gentes curiosas oyen á veces lo que no quisieran saber.

Alberto pasó tambien la tarde del siguiente dia en casa de Madama Stanhope, con cuyo motivo le hicieron mil preguntas relativas á la muger de la víspera. Tan bien restablecida se halla, respondió, que la he conducido á casa de Mistris Mosely, quien no dudo la tratará como merece una infeliz desamparada. Si ella se porta como conviene en adelante, creo que mi tio proporcionará á Ma-

riana los medios de serla util. Tambien contribuiré yo con mucho gusto, dixo Madama Stanhope, preguntandole al mismo tiempo si sabia la causa de haber intentado aquella pobre quitarse la vida. Yo no lo sé, respondió Alberto, sino imperfectamente; parece que fue seducida, y abandonada; pero yo la creo nacida con inclinaciones virtuosas..... Pobre criatura! Tentada estoy de ir á verla con Gertrudis, dixo Madama Stanhope, porque nuestros buenos oficios puede que no la sean inútiles. Como os agrade, Madama, dixo Alberto con algun embarazo; pero como ya se halla fuera de peligro, y en una casa honrada, ¿no es mejor conocerla mas, antes de manifestarla un interes particular? Su cabeza está todavía debil, y las preguntas parece que la incomodan mucho.

Madama Stanhope estaba tan persuadida de la prudencia de Alberto, que al instante mudó de parecer. No sucedió así á Gertrudis, porque trayendo á la memoria la historia de los mentidos heroes enamorados de sus damas, á las quales habian libertado de un gran peligro, atribuyó á la misma causa la respuesta de Montgomery, le supuso la intencion de substraer la bella incógnita á las miradas de su tia y suyas, y por aquel instinto de contradiccion tan natural á las mugeres, se aumentó en ella mas y mas el deseo de verla.

Alberto habia concluido los negocios que le habian traído á Londres, y esperaba á que Madama Stanhope despachase los suyos, lo que dependia menos de ella, que de los letrados que los tenian en su poder. En fin ella consiguió re-

unirlos para concluir una composicion definitiva. Durante esta conferencia, Gertrudis, sin mas acuerdo que el suyo, fue á casa de Mistris Mosely á comprar varias frioleras, y mucho mas por contentar su curiosidad tocante á la joven desconocida.

Mistris Mosely no estaba en casa; pero habiendola dicho que no tardaria, la esperó. Suplicáronla pasase á una pieza inmediata á la tienda, en donde estaba una joven ocupada en coser, la qual quiso retirarse luego que vió á Gertrudis, y esta la reconoció al instante por la que Alberto habia socorrido. Despues de haberla detenido y hecho sentar, la examinó atentamente. Su fisonomía era hermosa; pero, á pesar de sus pocos años, mucha palidez, ojos abatidos y ciertas señales de indisposicion, anunciaban su desgracia.

Gertrudis, que queria aprovecharse de esta coyuntura para aclarar sus dudas, no sabia sin embargo cómo entablar la conversacion.

Por qué trabajais? la dixo por fin algo cortada, pero con mucho afecto: es menester para eso que recuperéis mas vuestra salud. No tengais inquietud alguna, porque vuestros amigos cuidarán de que nada os falte. Ah! Mis, dixo la desconocida, levantandose turbada, vos me conocéis!.. Mr. Montgomery me ha dicho que yo debo la vida á una dama joven; seriais vos, acaso? Sosegaos, dixo Gertrudis, obligandola á sentarse; yo soy, á la verdad, la primera que os vió; pero solo Mr. Montgomery os socorrió. Procurad el recobro de vuestra salud, y tened ánimo, pues vuestros amigos no os abandonarán. Yo soy indigna, respondió, de tantas bondades: aquí teneis á la vista una

erriatura bien culpable, y no menos desgraciada; mas no me faltará valor para soportar mi vergüenza. Puede ser, la dixo Gertrudis, que os hayais extraviado; pero me persuado á que vuestro corazon es puro. Ah! repuso, yo no merezco que tengais tan buena opinion de mi persona! Vos sois joven y bella, Mis, y en una situacion sin duda, que no os expone á la perfidia de los hombres.

Gertrudis se turbó al oir esto, como si aquella infeliz hubiera descubierta su secreto; pero no siendo verisimil esta idea, la dixo: si pudierais sin grande repugnancia contarme vuestros infortunios, yo tendria mayores motivos para interesar á mi tia en favor vuestro. Dispuesta estoy, la respondió, á satisfaceros, Mis; no callaré sino una sola circunstancia, que en el fondo es de poca importancia para vos.

Se trata de una dama que yo no debo nombrar. Mr. Montgomery, recomendandome el secreto, me ha asegurado que esta dama habia sido calumniada indignamente, y que era falso el hecho que suponian para perderme.

Este discurso aseguró mas á Gertrudis en las sospechas que habia concebido relativamente á Montgomery: y así la suplicó la considerase como una amiga, y la contase de su historia lo que creyese podia divulgar sin indiscrecion.

Mi nombre es Betsey Southern, dixo entónces. Ha dos meses... yo tenia madre... ya no existe!... Viuda desde muchos años vivia honradamente alquilando algunos quartos para huéspedes. El año pasado me envió al campo á casa de una tia mia que estaba mala, y estuve acompañandola hasta que recobró su salud. Durante mi ausencia cedió

mi madre una parte de su casa á un Mr. San Austyn y á un amigo suyo llamado Berners: y como paraban poco en casa les veíamos muy rara vez.... Cielo! Mis, vos os hallais indispueta, voy á buscar quien os socorra!

Gertrudis la detuvo por la ropa, asegurandola que lo que sentia no era nada, pues era muy propensa á semejantes pequeñas indisposiciones; y la pidió que continuase.

Algunos dias despues, continuó, de mi vuelta del campo, mi madre fue acometida de una apoplegia. Á mis gritos acudió Mr. San-Austyn, el qual fue en persona á buscar un facultativo con tanta diligencia que jamas la olvidaré. Mi madre se restableció; dos ó tres dias despues Mr. San-Austyn marchó al campo. Su amigo no quiso acompañarle, porque segun me dixo luego no podia resolverse á dexarme. En fin, Mis,

él aprovechó todas las ocasiones de hallarme sola, procuró inspirarme confianza, no manifestandome sino miras honradas, y me suplicó no dixese nada á mi madre hasta que hubiese dispuesto y concluido un negocio que le inquietaba mucho, y que nada menos era que una promesa de casamiento que tenia hecha á una señorita rica y de gerarquía, cuya familia podia perderle si la hacia la afrenta de abandonarla. Como yo no podia resolverme á creerle, me manifestó un escrito firmado de la misma señorita..... Que sentis, Mis? Os habeis puesto descolorida: voy á llamar á alguno. No, no, dixo Gertrudis, tomandola la mano. Un vaso de agua es lo que quiero, y dentro de poco estaré mejor.

Mas sosegada con el agua, preguntó Mis San-Austyn á Betsey, cómo se llamaba aquella señorita?

Esto es precisamente, la respondió, lo que yo debo callar. Mr. Montgomery, que lo sabe, me ha hecho prometer no confiarlo á nadie: y yo sería muy ingrata si faltase á mi palabra. Me ha asegurado por otra parte que el tal escrito es falso; y Mr. Berners un ente de poca importancia para que ni la señorita ni su familia hiciesen caso de él. Por lo que á mí hace, estaba yo muy lejos de sospecharle un mal hombre. Sin guia para ilustrarme di ciegamente crédito á quanto me decia. Su conducta conmigo no me inspiraba temor alguno; nuestras citas eran freqüentes, ya en el parque, y ya en otros parages públicos. Mr. San-Austyn volvió del campo, y llegó, no sé cómo, á descubrir nuestra secreta intimidad, porque despidió el quarto, y se fue á colocar á otra parte. Lo que me dixo al despedirse jamas lo olvidaré.

Despues de haberme abrazado en presencia de mi madre, me puso en el dedo una sortija, suplicandome la aceptase como una memoria, y añadiendo que luego que yo hubiese elegido un esposo de la aprobacion de mi madre, exígiria el honor de conducirme al altar... Tan sabia advertencia no ha servido de nada. El ascendiente de Berners superó, y continué viendole secretamente. Una noche que estabamos juntos me dixo de repente que se sentia malo, y me pidió entrásemos en una casa inmediata. Allí me hizo tomar un vaso de limonada, y luego... Perdonad, Mis.... No puedo decir mas.... Pluguiese al cielo que me hubiera envenenado!

Durante algunos minutos Mis Southern no pudo continuar su relacion, ni Gertrudis instarla.

En fin, volvió á decir, Berners tomó un coche, y me acompañó has-

ta una cierta distancia de mi casa. Llamé varias veces á la puerta, pero nadie me respondia. Como no habia mas en ella que mi madre y una criada, empezé á asustarme sobre todo quando oi gritar al sereno, *las once*. Hasta entónces ni habia pensado siquiera que hora sería. Á fuerza de llamar desperté á la criada, que baxó medio dormida á abrirme la puerta. O Dios mio! Mis, quien os ha hecho tardar tanto? me dixo: yo estoy admirada de que mi ama no os haya abierto la puerta, porque me dixo que me acostase, que ella queria esperaros, y estaba muy inquieta. Sin duda se dormiria. Sin responderla entré en la alcoba de mi madre.... Vila tendida en el suelo.... sin movimiento.... sin vida. Ah! Mis, vos llorais, y yo tambien podia llorar antes de haberme hecho tan criminal!... Mis ojos no se humedecen ahora.... Si vertiera al-

gunas lágrimas me consolaria.

Despues de algunos instantes de silencio, continuó diciendo: mi madre sobresaltada con mi ausencia, suponiendo sin duda que me habia sucedido alguna desgracia, fue atacada por segunda vez de apoplegía. Y aunque el médico aseguró que ningun socorro la hubiera servido, yo creeré siempre que el gran cuidado que la causó mi ausencia, la ocasionó la muerte, y que Dios la llamó á sí, para que no fuese testigo de mi deshonra.

El espanto que se manifestaba en los ojos de la desgraciada Betsey asustó á Gertrudis, y asi la dixo: en otra ocasion me contareis lo demas, porque ahora estais demasiado alterada. No, no, Mis, la respondió, esta será la última vez que en toda mi vida cuente tan horrible historia. Lo que me falta que añadir es poco. Mi madre habia de-

xado deudas, prosiguió diciendo, y nuestros efectos se vendieron para pagarlas. Yo tomé un quarto en Knightsbridge, y no volví á oír hablar mas de Berners hasta el dia en que cedi á mi desesperacion. Ese mismo dia le vi entrar en mi casa con un ayre risueño, y acercandose á mí para cogerme en sus brazos, me dixo, que ya no habia obstáculo alguno que se opusiese á nuestra felicidad. Yo lo repeli con horror, sali precipitadamente de la casa, y llegué al Parque.... Basta, basta, dixo Gertrudis, con la mas viva agitacion. ¿Porque he tenido yo la debilidad de ceder á mi curiosidad, quando debiera ser la primera en derramar un bálsamo saludable sobre vuestras heridas? Vos sois un ángel, exclamó Betsey. Vos habeis hecho lo que yo no he podido hacer por mí misma: mis desgracias os han arrancado lágrimas.

No podré yo saber como os llamais, Mis? Yo pediré al cielo que os haga dichosa mientras me quede un aliento de vida.... ¿Tendreis la bondad de concederme la satisfaccion de que os vuelva á ver? Sin duda me vereis, la respondió Gertrudis, y contad con mi amistad hasta la muerte. Mr. Montgomery, dixo Betsey, me ha dicho que teneis una alma generosa y sensible, y que algun dia sabria vuestro nombre. Cosa inútil y cruel es el ocultárosle mas tiempo. Yo me llamo.....

La voz de Montgomery que oyeron en aquel momento, cerró la boca á Gertrudis. ¿Quan diferente era la opinion que acababa de formar de él, de la en que le tenia á su llegada á casa de Mistris Mosely! Bien evidente era, que por consideracion á ella solamente la habia empeñado, asi como á Madama Stanhope, á diferir su visita á Mis

Southern. La atencion que habia tenido de obligar á esta á guardar el secreto, penetraba á Gertrudis de reconocimiento, al propio tiempo que la conviccion de su imprudencia la cubria de vergüenza.

Y Sola aqui! Mis, dixo Montgomery, que entró sin hacerse anunciar; me permitireis os diga que esta visita me parece imprudente. Mis Southern necesita mucha tranquilidad, las preguntas la acuerdan circunstancias penosas; y yo estoy cierto que no querreis aumentar sus desgracias. Yo me habia lisonjeado de que una promesa que me ha hecho... No he faltado á ella, dixo Mis Southern: yo no olvido ni mis obligaciones, ni mi deshonor, ni la muerte de mi madre... Esta generosa señorita se ha enternecido al oír mis desgracias, é iba á decirme su nombre, el qual creisteis deberme ocultar. Permitidme Mis, di-

xo Alberto á Gertrudis tomandola la mano, os conduzca á vuestra casa. Por qué no se le ha de satisfacer? dixo Gertrudis al mismo tiempo que se esforzaba á desprender su mano. Tened á bien que insista, Mis, la repuso Alberto. Yo no dudo, continuó este, dirigiendose á Mis Southern, que esta dama no os sea una amiga util; y os hago la misma promesa en nombre de mi hermana; pero tened á bien no indagar ahora lo que conviene que ignoreis. Montgomery no dexó tiempo á mis San Austyn para replicarle, y la sacó del quarto.

Perdonad, Mis, la dixo entonces, si llegué á temer que vuestra sensibilidad os expusiera á ciertas explicaciones que me parecian poco convenientes. Las desgracias de esta pobre muchacha han ofuscado su espíritu. Luego que el tiempo haya suavizado su amargura se la

podrá nombrar la persona á quien debe tantas obligaciones. Ella no me es deudora de ninguna, dixo Gertrudis, que no osaba levantar los ojos por no encontrarse con los de Montgomery. Mistris Mosely llegó á propósito para sacarla de aquel embarazo. Despues que, no sin trabajo, se acordó de lo que tenia que comprar para sí, y para su tia, Montgomery la dió la mano hasta el coche, diciendola que á la noche tendria el gusto de verla en casa de Madama Stanhope. Ella respondió baxando la cabeza sin atreverse á hablar ni á levantar los ojos.

Dios mío! qué es lo que yo he hecho, dixo luego que se vió sola en el coche? Bien he pagado mi curiosidad! Á que monstruo he prometido confiar el cuidado de mi felicidad! Ah! jamas, jamas! antes morir que darle mi mano. Quanta razon tenia mi tia para aborre-

cerle!....pero que pensará está tia de mí, quando sepa mi fatal imprudencia!.... No importa, yo me arrojaré á sus pies, y se lo confesaré todo. Si me desecha, á lo menos tendré la satisfaccion de haber hecho mi deber; y esta idea modificará un poco la amargura de mis justos remordimientos.

Estas penosas reflexiones la agitaban todavía quando paró el coche, y á pesar de los esfuerzos que hacia para disimular su turbacion, Madama Stanhope lo advirtió, y la preguntó, inquieta ya, si habia tenido algun encuentro desagradable.

Ah! Madama, la dixo Gertrudis, lo que acabo de saber me ha penetrado de dolor. Una indiscreta curiosidad me ha conducido á casa de Mistris Mosely con el deseo de ver allí la joven desgraciada que Mr. Montgomery ha libertado.

Yo la he visto; me ha contado su historia, y me he convencido de que yo he sido imprudente y culpable.

Madama Stanhope la miró como sorprendida, y exclamó: qué decís, Gertrudis? vuestra curiosidad es vituperable sin duda; pero bien castigada os hallais según lo turbada que os advierto. Vos ignorais, Madama, la respondió entónces, qual es la verdadera causa; pero aunque supiera que me habiais de despreciar, mi partido está tomado, y vais á leer en el fondo de mi corazón.

Madama Stanhope, al oír unas proposiciones semejantes, llegó á creer que algun exceso de turbación habia desarreglado la razón de su sobrina. Vos me afligís, mi buena amiga. Lo que os ha dicho esa pobre muchacha os ha hecho demasiada impresión. Ah! Madama, ex-

clamó Gertrudis deshecha en lágrimas, no seais tan buena para mí, porque soy indigna de ello. Vos no sabeis hasta que punto me ha arrastrado mi imprudencia. Mas bien á la casualidad, que á mi misma, debo la dicha de no hallarme perdida para siempre. Gertrudis, dixo entónces Madama Stanhope, seriamente inquieta, vos sabeis que yo os amo: abridme vuestro corazón, no me mireis sino como una tierna madre, ó mejor diré, como una amiga íntima.

Mis San-Austyn se arrojó á sus pies: ¿que direis, Madama, exclamó cubriéndose el rostro, quando sepais que he dado una palabra de casamiento al mayor monstruo que jamas ha existido! Nada añadiré, dixo Madama Stanhope, á las convenciones de vuestra propia conciencia. ¿Quien ha sido el miserable que ha podido abusar de vuestra

inexperiencia? No me atrevo á nombrarlo, dixo Gertrudis. Berners es, repuso la tia: dos ó tres veces me ha parecido su conducta con vos un poco extraña; pero como soy naturalmente enemiga de sospechar de nadie, no he formado conjetura alguna. Lo he adivinado?

El silencio de Gertrudis era una respuesta suficiente.

Hombre miserable! continuó Madama Stanhope; siempre desconfié de él... ¿Pero en que consiste que hayais mudado de parecer tan presto con respecto á su persona? porque yo me acuerdo que habré unos dias me hablabais todavía de él como de un hombre estimable.

Entónces Gertrudis contó á su tia todo lo que habia sabido por Mis Southern.

No os arrepintais de vuestra curiosidad, la dixo Madama Stanhope, luego que acabó aquella su relacion;

esta es una inspiracion del cielo mismo, que se ha servido de este medio para libertaros del abismo que teniais abierto baxo vuestros pies. Berners pensó que por muerte de vuestra madre quedariais dueña absoluta de vuestros bienes: porque una promesa arrancada durante su vida, y siendo vos menor, no podia ser obligatoria. Sin duda lo sabia bien; pero vuestra ninguna experiencia le daba la esperanza de llegar al cabo de sus deseos. Consolaos, hija mia; vuestra misma confianza me asegura que sereis mas prudente en lo sucesivo.

Gertrudis estaba demasiado enternecida, y penetrada de las bondades de su tia para poderla explicar su reconocimiento; pero luego que se tranquilizó un poco, la instruyó de todo lo que habia pasado entre ella y Berners despues de haberle visto la primera vez.

Es imposible, dixo Madama Stanhope, que vuestro hermano sea cómplice de semejante baxeza. Yo me propongo escribirle á este efecto; y no le veria mas en mi vida, si le creyese capaz de tan vergonzosa connivencia.

Gertrudis disculpó á Federico, contandola la conversacion que ella habia tenido con él algun tiempo antes de la muerte de su madre.

Montgomery vino aquella noche; pero Gertrudis, no atreviendose todavía á ponerse delante de él, se retiró á su quarto.

CAPÍTULO II.

Ida á la campiña. Viejo celibato que recomienda el matrimonio.

Luego que Gertrudis se retiró, Madama Stanhope no se detuvo en

instruir á Montgomery de lo que su sobrina la habia declarado, y acabó por preguntarle qual era la causa de haberla ocultado lo que la tocaba en la historia de Betsey Southern.

Yo os confesaré, Madama, respondió Alberto, que desde luego habia mirado esta circunstancia como un artificio de Berners para atraer á sus redes una niña crédula. Sin embargo, la confusion de Mis San-Austyn quando la encontré esta mañana en casa de Mistris Mosely, me ha inspirado algunas dudas: comunicáros las, aun quando hubiera tenido ocasion, me parecia poco conveniente. Yo determiné decirselo á Mariana, que se habria encargado de insinuárselo á Mis San Austyn de manera que no ofendiese su delicadeza. Mis Southern está persuadida de que el escrito es falso, y Mistris Mosely

lo cree tambien, y temi que vuestra sobrina no las desengañase. Si hubiera tenido estrechez con su hermano, no hubiera vacilado un punto en instruirle de un hecho que le hubiera ilustrado, y puesto en el caso de apreciar como debe al vil sobornador de quien se preciaba ser amigo. Pero mejor es todavía que él lo sepa todo de vos que no de mí.

Al otro día bien temprano Madama Stanhope y su sobrina dexaron á Londres, y Alberto las acompañó á caballo. Gertrudis humillada á sus propios ojos casi no habló palabra en el discurso del viage, que duró dos dias, á pesar de la conducta afectuosa de su tia, y de las finas atenciones de Montgomery.

El Coronel y Mariana les salieron al encuentro; y el primero no bien supo que Madama Stanhope traia consigo una sobrina, (persuadiendose desde luego que debia ser her-

mosa) quando al instante la supuso *in pectore* muger de su sobrino; porque como ya se ha dicho, tenia un gran deseo de verle casado. La belleza de Gertrudis, su dulzura y su amabilidad lo trasportaron de gozo. No atribuyendo su melancolía sino á la pérdida que acababa de hacer, desde aquella misma hora resolvió comunicar á Alberto su proyecto.

Despues de haber cenado uno y otro en casa de Madama Stanhope, se volvieron á Blackwood, dexando á Mariana con su amiga, como era de costumbre.

Á su llegada, el Coronel hizo traer una botella del mejor vino de Burdeos de su bodega, bebió á la salud de Gertrudis San-Austyn, y requirió á su sobrino hiciese lo mismo. De muy buena gana lo executaré, dixo este, porque es una muchacha preciosa. Precisamente como

yo la deseaba , respondió el Coronel. Bien seguro estaba que te agradaría. Todo lo que tiene relacion con Madama Stanhope exíge mi estimacion. El diablo se lleve tu estimacion!... dixo el tio. No parece sino que ahora se trata de eso. En tu edad una muchacha como ella me habria sacado de mis casillas. Gracias al cielo , yo no soy tan inflamable , respondió Alberto. Peor para ti , le repuso el Coronel. Un corazon que se dexa aprisionar vale mas que el que por nada se mueve. Muy bien , replicó Alberto , pero convendreis en que todos los extremos son viciosos. Yo admiro , dixo el tio , la moderacion de un Caton de veinte y dos años!... Cascaras! yo habia juzgado de ti por mí mismo: pero en esa edad no me divertia ciertamente en hacer tan bellas reflexiones. Con un corazon tan afectuoso , me admiro , dixo

Alberto , de que no os hayais casado. Meteos , señor mio , en vuestros negocios. Me ha gustado ser soltero ; y qué teneis que decir á eso?... Aparte de esto , á fin de que cese vuestra admiracion , os diré , que si no me he casado , ha sido tal vez porque me hallaba desnudo de las qualidades necesarias para hacer feliz á una muger estimable. Perdonad , tio , mi imprudente pregunta , le dixo Alberto. El motivo que alegais no puede dexar de hacereros honor. Yo no necesito , señorito , le dixo el tio , de vuestros remilgados cumplimientos : vamos al grano , y respondedme claramente. Os casariais de buena gana con Mis San-Austyn? Vaya: me entendeis? Perfectamente , le respondió Alberto ; pero á la verdad , es una pregunta que todavía no me he atrevido yo á hacérmela á mí mismo. Pues qué enemigos pen-

sais? le repuso el Coronel. No es tan linda como Mariana? No es la sobrina de Madama Stanhope, muger á quien todos queremos? En fin dexa de ser rica? Vaya veamos qué respondes? Yo encuentro, dixo Alberto, á Mis San-Austyn mucho mejor que Mariana: merece toda mi atencion, asi como Madama Stanhope; y en quanto á sus bienes.... En quanto á sus bienes..... dixo el Coronel, vais á decir sin duda, que sois muy superior á los intereses.... Mira, Alberto, cuidado no me enfade, pues no seré el primer viejo loco que se haya casado por hacer rabiar á un sobrino. Si vos tubierais, replicó Alberto, una buena muger y un heredero de vuestro nombre, que os hiciera dichoso, yo os felicitaria de todo mi corazon. Oh! dixo el Coronel, con una muger joven no podria faltarme un heredero de mi humor,

ó del de otro.... Pero no me hagas disparatar, respóndeme francamente, Alberto. Piensas quedarte soltero?

Yo no tengo repugnancia al matrimonio, respondió Alberto. Después de haber sido testigo de la felicidad de mi padre y mi madre, sería bien extraño prescindiese del deseo de imitar su exemplo. Pero, suponiendo que mi corazon se inclinase á Mis San-Austyn, me debó lisonjear de que lo aceptaria? Ponte en el caso, le dixo el tio, y tú veras si te distingue. Entre mil mugeres no hay una que nó tenga á mucha dicha el atraparte, por poco que quieras usar de tus ventajas y mañitas. Quanto tiempo has gastado en desmontar mis baterías? Creeme, una muger se gana mas fácilmente que un tio. El caso, replicó Alberto, es un poco diferente. Yo tenia en vuestro corazon un ami-

go que litigaba por mí, aun antes que me hubierais conocido. Es verdad, dixo el tio: en vano resistia á la naturaleza que es la mas fuerte, y te abri los brazos desesperado de no haberlo hecho antes. Ah! exclamó Alberto, yo seré el mas miserable de los hombres si alguna vez me hago indigno de vuestro afecto!

El Coronel enternecido le alargó la mano sin replicarle una palabra, acabó su botella, y se retiró dándole las buenas noches.

CAPÍTULO III.

Qual es la sensibilidad de un libertino.

Entregado Federico á una profunda melancolía, habia pasado cerca de un mes en el campo, sin que las instancias de Berners hu-

biesen podido traerle á la capital; pero habiendole escrito el Judío que le habia adelantado las seis mil libras esterlinas acerca de su reintegro, pidió á su amigo volviese á Londres para arreglar este asunto con aquel usurero. Berners llegó allí el mismo dia que Montgomery salvó la vida á Mis Southern.

Despues de haber tratado del encargo de Federico, y no sabiendo en que ocupar el tiempo, se acordó de esta muchacha: porque despues que abusó de su inocencia habia salido de Londres sin volver á verla, y sin acordarse de que la dexaba entregada á las angustias de un arrepentimiento tardío.

Supo en su antiguo alojamiento que su madre habia muerto, y que ella habia mudado de domicilio. Luego que supo qual era, fue allá persuadido de que habiendo triun-

fado una vez no hallaria resistencia : pero la desgraciada Betsey tenia debil el corazon , mas no depravado. La muerte de su madre , la ausencia de su amante , y la soledad á que se habia reducido , produxeron en su espíritu reflexiones terribles que la desesperaban , y arrojaban freqüentemente en una especie de frenesí. La conducta de Berners , quando volvió á parecer , no fue muy á propósito para sosegarla. Creyendo que ya era inútil el contenerse , se arrimó á ella con un ayre tranquilo , la cogió entre sus brazos , y la felicitó manifestandola que la hacia dueña de sus acciones. Este insulto lo sintió Betsey vivamente : la desgraciada huye de sus brazos , sale precipitada de la casa , y atravesando una parte de Hyde-Park , sin saber adonde la guiaba su desesperacion , se arrojó al canal

donde iba á perecer , si no hubiese sido socorrida prontamente. Berners quedó desde luego sorprehendido de esta huida precipitada : esperó un poco , pero viendo que no volvia , dexó un billete , y se fue á divertir á otra parte.

Atravesando á Hyde Park , y llegando á una de sus entradas llamada la puerta de Lyosvenor , vió un monton de gentes , á cuya cabeza marchaba el hombre que mas aborrecia con los cabellos y los vestidos chorreando agua. Preguntando á uno de los que alli estaban , supo que Alberto acababa de sacar del agua á una muger joven que se habia ahogado.

Es muerta ? preguntó Berners , con un ayre indiferente. Y bien muerta ? le respondieron. Si queris verla no teneis mas que acercaros. Es una joven bien pulida.

Berners se acercó , y vió.... la

víctima de sus criminales deseos pálida, sin movimiento y sin ninguna esperanza de vida, llevada por quatro hombres á una casa inmediata. Cielo! exclamó retrocediendo de asombro, y huyendo precipitadamente, es posible que haya hecho esta locura!.... Y aquel Montgomery que se dedica á salvarla!..... Para consolarme de la muerte de Betsey, por que no ha perecido él con ella! Este hombre es mi mala sombra.... en todas partes le encuentro.

Ya se hallaba en Piccadily emborrachado todo en el espectáculo que acababa de presenciar, quando mas despejado de su agitacion, sintió no haber seguido el cuerpo. Pero presto se aseguró de que su víctima estaba muerta, y se consoló reflexionando que asi no le descubriría. Sin embargo sus proyectos de diversion para aquella noche se des-

vanecieron con este incidente, y se retiró á su casa temprano, se bebió dos botellas de clarete para ahogar las reflexiones que le importunaban, y se acostó.

Al dia siguiente volvió á casa del Judío que habia anticipado el dinero á Federico; pero no habiendo podido quedar de acuerdo con él sobre las condiciones del reintegro, no quiso determinar cosa alguna sin Federico, y aquel mismo dia le escribió instándole para que viniese á Londres. Federico que se hallaba solo y melancólico vino al instante. Como el tiempo que habia pasado habia templado mucho lo triste de sus pensamientos, luego que llegó á la capital, volvió á seguir sus costumbres, y se sumergió en todos los excesos, á los quales los libertinos bautizan con el nombre de placeres.

No obstante se hallaba á menudo

combatido de penosas reflexiones; y Berners por su lado no dexaba de vivir sin inquietud; porque aunque contaba con el ascendiente que tenia sobre Federico, temia que su conducta artificiosa con respecto á Mis San-Austyn no fuese descubierta tarde ó temprano. El no habia escrito á Gertrudis despues de la muerte de su madre, porque conociendo que Madama Stanhope jamas asentiria al casamiento de su sobrina con él, en nada menos pensaba que en cargar con una muger sin bienes; y esto sin sospechar todavia lo que la casualidad hizo descubrir á Gertrudis.

En este estado de cosas, no se disgustaba Berners de la poca armonía que reynaba entre Madama Stanhope y su sobrino: este poco cuerdo preparaba explicaciones que él debia temer: mas por otra parte se creia seguro de la

discrecion de Mis San-Austyn, porque no era presumible, ni natural que ella pensase revelar su propia imprudencia.

Un dia que Federico habia salido, traxo su criado varias cartas, y las dexó sobre una mesa viendolo Berners; el sobrescrito de una de ellas era de Gertrudis; y aunque nada era mas natural que un hermano escribiese á otro, concibió sospechas, que no veia la hora de aclarar. Repasando todas las cartas vió otra de mano de Madama Stanhope; y no pudiendo resistir á su impaciente curiosidad, las cogió todas, y se retiró á su quarto.

La de Madama Stanhope contenia la promesa de casamiento que habia entregado á Gertrudis. Esta dama, al mismo tiempo que hacia ver á su sobrino el doblez de Berners, lo estrechaba instantáneamente á que rompiese con él. Si lo reusais,

añadia al concluir la carta, desde el mismo momento seremos extraños el uno al otro: la obligacion, el honor y la probidad lo exígen. Espero no hallareis ya un amigo en el hombre vil que ha abusado de la inexperiencia de vuestra hermana con la sórdida codicia de sus bienes. Gracias al cielo, yo no necesito usar de los derechos que vuestra madre me ha dexado. Un suceso inesperado me ha abierto los ojos sobre el riesgo que corria Gertrudis: la confesion de su debilidad, que voluntariamente me ha hecho, si es posible quererla mas, ha cimentado la confianza que desde ahora va á reynar entre nosotras. No dudo que enterado de lo que os comunico, os apresureis á venir aquí, pues Gertrudis está impaciente por abrazar á su hermano, y yo á un sobrino que sea digno de mi estimacion.

Si esta carta hubiera caido entre las manos de Federico infaliblemente habria abjurado una intimidad peligrosa y degradante por ceder á unos ruegos tan urgentes, y obedecer á unos consejos que tan perfectamente se acordaban con sus propios principios.

Bernes tenia apenas tiempo para acabar la carta de Madama Stanhope, y leer la de Gertrudis. Pero no halló en ella cosa que pudiese reanimar sus esperanzas: esta carta de Mis San-Austyn, llena de expresiones afectuosas á Federico, no contenia por otra parte sino reflexiones generales sobre la imprudencia que ella habia cometido, y de que se acusaba de manera que convencia á Berners de que habia perdido toda especie de ascendiente sobre su estimacion.

Esta conviccion hirió su amor propio. Vease lo que son las muge-

res! exclamó arrojando la carta sobre la mesa, y añadiendo, todo esto es obra de Montgomery!..... Ese maldito hombre ha descubierto sin duda algo de mi intriga con Betsey.... Puede ser que una carta, mia que habrá encontrado en su casa, le haya instruido.... No ha sido menester mas que esto para causar esta revolucion; y el miserable sabrá sacar partido! Dos aldabazos en la puerta de la calle le anunciaron la vuelta de Federico: al punto recogió las cartas precipitadamente, las ocultó en su bolsillo, y le salió al encuentro. Federico no sospechó nada: y aunque admirado del silencio de su hermana, lo atribuyó no obstante al resentimiento de Madama Stanhope, que suponía inexorable. Que no hubiera dado por tener noticias de Mariana y de Montgomery! Pero su orgullo irritado no le per-

mitia escribir otra vez á su hermana, porque la creía decidida á no contestarle.

CAPÍTULO IV.

Como se vive en el campo.

Gertrudis, á quien la memoria de lo pasado cubría de confusión, animada no obstante de las bondades de Madama Stanhope, y de las demostraciones afectuosas de Mariana, volvió á recobrar poco á poco su serenidad ordinaria, y los atractivos de una vida tranquila é inocente borraron bien presto hasta las señales de sus pesadumbres.

Que diferencia no había entre este tiempo que ella disponía de él, y el género de vida que tenía antes de la muerte de su madre! Ahora todos los instantes del

dia estaban ocupados: y lo que la llenaba á un tiempo de admiracion y respeto era ver á Madama Stanhope y á Mariana casi todos los dias ocupadas en acciones buenas ó útiles, sin hacer ostentacion de ellas, como sucedia en las novelas. Gertrudis naturalmente inclinada á imitarlas, á pesar de los errores de su educacion, se acostumbró prontamente á ellas; y si experimentaba todavía una especie de embarazo, ya no era sino delante de Alberto que conocia su pasada imprudencia. El silencio de su hermano la afligia tambien, tanto mas quanto Madama Stanhope creía encontrar en él la prueba de su complicidad con Berners. Lo que yo me temia, decia esta dama, se verifica. Si vuestro hermano no se hubiera mezclado en los proyectos de ese miserable, ellos hubieran excitado su indignacion. El ca-

lla, porque es culpable: me alegro de haberle escrito para no dexarle disculpa alguna; en quanto á vos, Gertrudis, prometedme cortar con él toda correspondencia, hasta que veamos si merece que se le trate diferentemente.

Gertrudis, aunque afecta á su hermano, nada tenia que oponer á las advertencias de su tia, y la prometió, no sin sentimiento, hacer lo que la proponia.

El Coronel era, entre todas las personas que componian esta amable sociedad, el mas inquieto y disgustado. Una boda entre Gertrudis y su sobrino le parecia la cosa mas conveniente y mas sencilla del mundo. La mesurada conducta de este, y la timidez de la otra, no se avenian bien con sus miras: pero como no era hombre que cedia fácilmente á las dificultades, Alberto tenia que aguantar todos los dias

muy vivos ataques que repelia alegremente. Su tío insistía, se enfadaba, juraba no volver á hablar palabra en el asunto, y al otro día empezaba de nuevo y con mas calor la misma letanía sin sacar partido.

Gracias á los cuidados de Madama Stanhope, y á la amistad ingeniosa de Mariana, Gertrudis reparó prontamente el tiempo precioso que una educacion frívola la habia hecho perder: porque estudios útiles ó agradables no la dexaban ni lugar ni gusto para lo que en otro tiempo la ocupaba exclusivamente. La lectura de novelas no la abandonó tan presto: pero se la veia frecuentemente cerrar el libro en la situacion mas interesante para volver á sus lapiceros, ó al piano; y quando su tia se chanceaba con ella sobre esto, respondia: Oh! la suerte de mi heroe no me inquieta,

á pesar del peligro en que lo he dexado, yo veo de lejos un suceso extraordinario que le hará triunfar de él.

Las noches que Madama Stanhope estaba sin concurrentes, hacia que su sobrina ó Mariana leyese en voz alta algunos libros excogidos que formasen su buen gusto, y las instruyesen.

Las obras y mejoras que el Coronel habia mandado hacer en Blackwood estaban acabadas, y se trataba de su adorno interior, cuyo cuidado é inspeccion queria dexar á las damas; pero la imposibilidad de encontrar en la provincia lo que se necesitaba para este objeto, lo determinó á hacer un viage á Londres, y llevar consigo á su sobrina.

Antes de su partida fue Gertrudis á buscar á Madama Stanhope para decirla, llena de cor-

tedad, que tenia una gracia que pedirla. Una gracia, mi buena amiga, la repitió su tia: habladme con franqueza; si se trata de alguna cosa que os agrade no teneis mas que abrir la boca, sin temor de que se os niegue. Es, respondió Gertrudis, con los ojos baxos, cosa tocante á Mis Southern. Ah! Madama! qué no la debo! ella quitó el velo á mis ojos, y destruyó una ilusion culpable! No puedo soportar la idea de que tal vez su situacion la expone á una gran miseria. Mis Montgomery me ha enseñado una carta de Mistris Mosely que habla de ella en los términos mas ventajosos. Sus desgracias, añadió Gertrudis con doble confusion, son casi involuntarias. No he sido yo mucho mas culpable? Ella miraba á Berners como un hombre que la amaba, y cuya alianza no podia dexar de ser agradable á su ma-

dre; pero yo tenia por ventura la misma excusa? ¿Hija mia, la dixo Madama Stanhope sonriendose, no me habiais dicho que teniais que pedirme una gracia concerniente á esa pobre muchacha? pues hasta ahora, amiga, solo habeis hablado de vos. Y bien, mi amada tia, la dixo Gertrudis, Mis Montgomery debe traer aqui á Mistris Mosely, y la pobre Betsey va á perder una buena amiga. Aunque estoy cierta que Mariana y su hermano no la abandonarán, yo quisiera traerla junto á mí. ¿Habeis reflexionado, le dixo la tia, que sabiendo vuestro nombre, crea que Berners ha forjado la promesa de casamiento que ella ha tenido en sus manos? Vuestra conducta la hará sospechar tal vez la verdad. Ella me parece, instó Gertrudis, tiene un corazon tan susceptible de reconocimiento, que no creo correr ries-

go alguno desengañandola. Si esa confesion debiera tener un fin util, yo no me opondria; pero como no puede hacer mas que satisfacer la curiosidad, me persuado que será mejor el callarla. Mistris Mosely parece adicta á esa chica: su empleo de doncella, ó ama de gobierno en casa del Coronel la precisará á tener alguna que la ayude, y Mis Betsey pudiera muy bien quedar con ella. Asi tendríamos ocasion de verla á menudo: creed, Gertrudis, que no seré yo la última en hacer á su favor lo que las circunstancias pidieren.

Mis San-Austyn y Mariana daban gracias á Madama Stanhope por esta disposicion, quando el Coronel y su sobrino entraron, y les dieron parte de lo que se habia decidido. Alberto manifestó su satisfaccion, viendo, sobre todo, que Betsey permaneceria baxo la

vista de Mistris Mosely, á quien miraba como una muger muy respetable.

Bravo! dixo el Coronel con su aspereza acostumbrada, porque aunque fuera tan bella como Venus, yo respondo que estará tan segura en Blackwood, aun sin Mistris Mosely, como en un convento de monjas. Mi sobrino es tan prudente!... El mismo Josef le habria tomado por modelo. Santa Ursula, y las once mil vírgenes no habrian tenido necesidad de cortarse las narices, si hubieran tenido, ó hubieran dependido de él.

Querido amigo, dixo Madama Stanhope, interrumpiendo al Coronel: yo creo que vuestro sobrino es muy acreedor á ese elogio; pero dad gracias á su modestia. Yo os juro, Madama, dixo el Coronel, que en lo que menos pienso es en hacer su panegírico; no por-

que yo guste de los libertinos, pues los miro como azotes de la sociedad; pero tampoco quiero que un joven sea frio como la nieve, y que una buena moza le haga la misma impresion que una vieja de ochenta años. Tio, dixo Alberto riendose, yo soy mas sensible que vos pensais. Algun dia os sorprenderá, añadió Mariana, y me atrevo á apostar algo bueno. Por lo que hace á vos, Mis, la respondió el tio, creo teneis el corazon mas tierno: cuidado no se os escape sin que lo conozcais. Ah! mi querido tio, le repuso Mariana, merezco yo esa salida por haber tomado el partido de mi hermano? No, no, la dixo el Coronel afectuosamente; tú eres una buena muchacha, y no pretendo enfadarte: pero tu hermano es capaz de aburrir á un santo. El sabe que yo quisiera verle casado; y por mas que le su-

plico, y le amenazo no hace caso. Un dia le dixe, que me iba á casar, si no se adelantaba él á hacerlo, y de nada me ha servido. Al otro dia, tomando un rumbo enteramente opuesto, le ofreci los dos tercios de mis bienes, y me ha sucedido lo mismo. Dígase de una vez; yo le reitero esta oferta en presencia de Madama Stanhope, y añadido, que decidido á vivir y morir á su lado, declaro que el dia de su boda le hago dueño de todo lo que poseo. Y yo, tio, respondió Alberto con fuego, pues que esa es vuestra intencion, declaro, que jamas me casaré. Depender absolutamente de vos es á un tiempo una obligacion y una dicha para mí. La muger que no participe de esta opinion, no será jamas mi esposa. En verdad, dixo el Coronel enternecido, el bellaco me quita la fuerza de responderle. Por favor,

Madama, añadió, dirigiendose á Madama Stanhope, os suplico le digais que se marche de aqui. Yo necesito hablar con vos, y no quiero que oyga nuestra conversacion.

Alberto al escuchar esto se levantó para irse. Su hermana y Mis San-Austyn se fueron con él al gabinete de la música, á súplicas de Madama Stanhope, que las prometió iria á encontrarlas dentro de un corto rato.

CAPÍTULO V.

Consejo de la prudencia.

Luego que Madama Stanhope estuvo sola con el coronel O'Bryen, empezó ella misma la conversacion, y le dixo:

Me permitireis, Mr., usar de los derechos de la amistad, y censurar vuestra conducta. ¿Por que estre-

chais á vuestro sobrino á entrar en un estado que exige las mayores reflexiones? Vos no podeis creer seriamente su aversion á casarse, porque él quiere evitar el arrepentimiento de haberse empeñado temerariamente. Su modo de pensar prueba su desinterés, y esto debe aumentar vuestra estimacion á su persona. Mr. Montgomery es muy joven, y sin duda no ha encontrado todavía la muger con quien desea pasar su vida. Creedme Coronel, todos vuestros bienes no podrian compensar jamas la desgracia de una mala eleccion. Dexad al tiempo el cuidado de atraer á vuestro sobrino al partido que deseais, sin exponeros al sentimiento de hacerle contraer una union mal acoplada por deferir á vuestra voluntad. Yo moriria de pesadumbre, dixo Mr. O'Bryen, si tal sucediese; pero nada tendré que temer en es-

te asunto, porque la persona que yo habia elegido.... Elegido! Coronel, repitió Madama Stanhope.... En verdad, no pensaba yo que hubieseis ido tan allá. Pues es una verdad, Madama, dixo este, y supuesto que solté la palabra, mejor será que os lo diga todo. Vos me guardareis el secreto, y sea lo que Dios quiera. Desde que vi á Mis San Austyn, deseé que Alberto se casase con ella, y me adelanté á proponerselo: ha sido de mi opinion en quanto á su mérito; pero en quanto á casamiento no ha querido responder á mis deseos, alegando mil razones, que aunque no me opongo á su delicadeza, me ponen de muy mal humor. Yo imitaré vuestra franqueza, Coronel, le dixo Madama Stanhope, diciendos que Mr. Montgomery ha manifestado en esta ocasion mas prudencia que vos. Gertrudis y él se

conocen poco tiempo hace para que ambos puedan juzgar de la simpatía de sus caractéres. Mi sobrina, muy joven todavía, no sería de mi gusto el que se casase tan presto. Yo me persuado, dixo el Coronel con calor, á que muger ninguna dexaria de ser dichosa con Alberto. Tambien lo creo yo, repuso Madama Stanhope; y no temo declararos asimismo que si tuviera una hija tendría el mayor gusto en darsela á vuestro sobrino; pero mi situacion con respecto á Gertrudis es mucho mas delicada, supuesto que toda su fortuna pende de mí. Si hiciera una mala eleccion, podria reconvenirla; pero yo no la indicaré ni recomendaré ninguna. Por otro lado, tengo visto que esta especie de recomendaciones son las mas veces infructuosas: y asi, Coronel mio, lo mejor es no estrechar mas á vuestro sobrino sobre el asunto.

to. Dexad que él mismo se decida, y sobre todo jamas le digais lo que hemos hablado. Os lo prometo, Madama, dixo el Coronel, pues la razon me hace fuerza. Seguro está que yo vuelva á hablarle de matrimonio. Si se casa, lo celebraré mucho, y si no lo hace, procuraré consolarme. No puede hablarse mas racionalmente, le respondió Madama Stanhope. Vos amais mucho á vuestro sobrino para quererle mal por una resistencia que hace honor á sus excelentes principios.

Madama Estanhope dió la mano al Coronel, y pasaron al gabinete de música.

El tio estaba de buen humor. Mariana estaba al piano, y rogaba á Gertrudis cantase su romance favorito; pero la presencia de Montgomery la daba sujecion. Mariana reía, se burlaba de su cortedad, y le decia: yo pienso, amiguita, que

no haceis caso de Alberto; pero si os incomoda le diremos que se vaya. No es muy seguro que yo obedeciese, dixo este. Vamos, Mis, añadió dirigiendose á Gertrudis, y valiendose de las expresiones de su hermana: yo pienso, amiguita, que no haceis caso de Alberto. Gertrudis cantó, no pudiendo ya excusarse; pero faltó al compas, y Mariana la regañó. Alberto cantó despues. No se nos perdonaria tal vez citar dos romances seguidos; y asi dexaremos el de Montgomery. Venanse las coplas que cantó Mis San-Austyn:

Hirió de la amable Laura
Selicúr el corazon:
Y ella, si le ve, al instante
Declara que lo venció.

El es discreto, es amable,
Dice; y dice con razon:
Ah! qué dichosa seria
Si consiguiera su amor!

Bien quisiera que la oyese
 Pintar así su pasión,
 Pues deseando un amigo,
 No encuentra amigo mejor.

Laura está inquieta no obstante,
 Suspira, y con expresión
 Repite tímida y triste,
 ¡Que dulce es mi inclinación!
 ¿Mas qual es la voz secreta
 Que la dice: á tu verdor,
 Joven amable, hechicera,
 La amistad guía otro dios?
 Dudandolo todavía,
 Recela su corazón,
 Que aquel amigo de Laura
 No sea su amigo mejor.

Alberto tocaba la flauta cuando Madama Stanhope entró con el Coronel, y este la dixo: ya veis, Madama, que mi sobrino no hace mucho caso de mis enfados. Ah! ríe, le respondió Alberto, mi mayor desgracia sería incurrir en la vuestra. En quanto á las ligeras contestaciones que la diferencia de pareceres puede ocasionar entre nosotros, yo no hago mas alto que

creo haceis vos mismo. Muy bien, dixo el Coronel. Madama Stanhope ha tenido la bondad de hablarme á favor vuestro, y así olvidemos lo pasado. Muere soltero, si esto te divierte, que yo me resigno. Si llego á la edad de mi padre, prevéo que formaremos un par de viejos majaderos sumamente divertidos. Mi intención no es vivir célibato, replicó Montgomery: luego que yo encuentre una muger que pueda disponer de su corazón, y quiera unir su suerte á la mía, al instante me caso, con tal que consintais en ello. Confieso que tengo la manía de querer ser amado, como yo me siento en estado de amar. Puede que encuentren esta pretension poco razonable; pero yo estoy aferrado en ella, y no la dexaré. ¿Será menester, dixo entónces Mariana como burlandose, que le salgan al encuentro á este

caballero, y que la muger que le interese le haga ella misma una declaracion en toda forma? No por cierto, la respondió Alberto, porque yo puedo estar al cabo con media palabra que me digan. ¿Pero por que razon una muger sensible ha de ocultar un afecto honesto al hombre que se lo haya inspirado? He observado siempre, dixo el Coronel, que estos Catones de veinte y cinco años son tan impertinentes, que no hay quien los aguante. Confieso que mi juventud no ha sido precisamente irreprehensible; pero el cielo me confunda, si hubiera tenido la audacia de exigir de una muger una declaracion de amor por preliminar.

Madama Stanhope que veia al Coronel dispuesto á acalorarse de nuevo, cortó la conversacion, proponiendo tomar el té.

CAPÍTULO IV.

Viage á Londres.

Algunos dias despues el Coronel y su sobrina marcharon á Londres. Á su arribo tenia *Mistris Mosely* un quarto desocupado, y le tomaron. Su proyecto de llevar esta buena muger á *Blackwood*, que la manifestaron al instante, la llenó de alegría. Ya estaba entrada en edad, y un retiro honrado y tranquilo era lo que mas podia apetecer.

Mariana y su tio vieron á *Mis Soutern*, cuyo corazon y espíritu, gracias á los cuidados de *Mistris Mosely*, estaban mas sosegados. El restablecimiento de su salud habia vuelto la frescura á su rostro, y á toda su persona un atractivo tan poco comun, que lla-

mó la atención del Coronel.

Diablo! no creia yo que fuese tan bonita, dixo. Sin duda podemos fiarnos de la moderacion de Alberto; sin embargo sería una imprudencia exponerla á pruebas peligrosas. Jamas lo perdonaria si tratase de hacer una locura; aunque á la verdad yo no sé si á su edad hubiera sido muy cuerdo. Ah! tío, dixo Mariana, yo pienso que tenéis mejor opinion de Alberto. Conozco su corazon, y puedo aseguraros.... Qué podeis asegurar? la dixo el Coronel: qué entendeis vos de eso?... Su corazon! mucho tiene que ver el corazon con una intriga!.... Me parece que yo sé un poco mejor que vos lo que hay en esto. Esta respuesta hecha con bastante aspereza hizo callar á Mariana.

Vamos, vamos, añadió el Coronel, viendo que su sobrina se

habia puesto seria, dexa esa gravedad. Yo gusto mucho de que tú pienses así de tu hermano; pero si no quieres engañarte, abstente de pensar lo mismo de los demás hombres. Todos nosotros somos grandes bellacos quando se trata de una buena muchacha. Mira, si el que conquistó tu corazon no te merece, juro por todos los diablos, que viejo como soy lo perseguiré hasta el cabo del mundo como una bestia feroz. Si me sucediera esa desgracia, le dixo Mariana, tanta generosidad no haria mas que agravar mi situacion; pero me lisonjeo de que no llegará ese caso.

Mariana comunicó á Betsey Southern las disposiciones que se habian tomado para llevarlas á Blackwood, de lo que quedó muy contenta y satisfecha. Al mismo tiempo la dixeron que la señorita á quien habia contado su historia

era Mis San-Austyn, sin desengañarla, no obstante, de que la promesa consabida de casamiento que habia visto, no era fingida. Mariana la encontró dulce, afable y sin vanidad alguna. Como el Coronel, que habia encontrado en Londres un amigo suyo, la dexaba muchas veces sola, Mariana tuvo tiempo de estudiar el carácter de Betsey, el qual conocido ganaba mucho.

Una mañana á la hora del desayuno leyendo en los papeles públicos el artículo de teatros, encontró el anuncio de una pieza que deseaba mucho ver representar. El Coronel que tenia gusto de darselo en todo, la convidó inmediatamente aquel dia. Mi criado irá por los boletines, la dixo, y Mistris Mosely os acompañará, que yo iré á buscaros al fin de la pieza.

Segun este proyecto, Mariana

y Mistris Mosely se fueron á *Drury-Lane*. Las entradas y los corredores del coliseo estaban llenos de gente, de manera que las costaba mucho trabajo poder entrar. Confusa y disgustada Mariana prometió no volver jamas al teatro sino acompañada de algun hombre. Viendola pasar los jóvenes la miraban con anteojos, y con descaro que hoy se llama buen tono, ponderaban á gritos sus atractivos, y juraban con mucha gracia que jamas habian visto mejor muchacha. Mariana con los ojos baxos casi habia llegado al extremo del corredor, quando oyó gritar á su lado: que haces ahí, San-Austyn? ven por acá...

Mariana al oir esto levantó los ojos, y vió en medio de un tropel de pisaverdes á Federico hablando con una muger preciosamente vestida. Como estaba vuelto de es-

paldas, pasó Mariana sin ser vista, y le oyó responder al que le habia dirigido la palabra: os dexo el placer de esta descubierta: yo no rengo tiempo de envidiárosla. Un momento despues le dixo la dama en tono perceptible: no faltareis? oh! no seguramente, respondió San-Austyn, el convite es muy agradable para que yo no lo acepte.

Aumentandose el concurso, Mistris Mosely y su compañera fueron á parar sin querer al lado de Federico, que entónces descubrió á Mariana. De alegre y divertido que estaba, se volvió de repente serio, cortado y casi temblando: y olvidandose de la que estaba junto á él, la soltó la mano, atravesó el concurso, y siguió á Mariana hasta el palco en que entró, y un momento despues se presentó en él.

Perdonad Mis Montgomery, la

dixo, si no he podido dexar de aprovechar la ocasion que mi buena ventura me ha proporcionado. Mariana le saludó con frialdad, y prosiguió hablando con Mistris Mosely.

No os dignareis de dirigirme la palabra? dixo San-Austyn. Vos no rehusareis decirme cómo está Madama Stanhope. Lo pasa bien, respondió Mariana, si no mienten sus cartas. Vos me admirais, Mis, la dixo San-Austyn: me atreveré á preguntaros si habeis dexado á mi tia? Por algun tiempo, volvió á responderle.

Estas cortas respuestas no satisfacian la curiosidad de Federico; pero el ayre frio de Mariana le impedia el continuar sus preguntas. Sin embargo, despues de algunos minutos de silencio volvió á tomar la palabra, y la dixo:

Yo tuve la honra, Mis, de di-

rigiros una carta hace algun tiempo: ¡que dichoso hubiera sido si mis ofertas hubieran logrado agradaros! Os repito muchas gracias, le dixo Mariana; mi situacion es la que anhelaba, y no tengo deseo alguno de cambiarla. Yo no debo quejarme de vuestra felicidad, la dixo Federico con agitacion; pero me hubiera sido de gran satisfaccion haber contribuido á ella. Un momento de error, que me echaré en cara toda mi vida, me ha hecho despreciable á vuestros ojos para poder esperar que el tiempo borraré jamas su impresion. Lo mismo que vos, le dixo Mariana aplacada un poco al ver el ayre de humillacion de Federico, siento yo que hayais obrado de un modo tan opuesto á vuestras inclinaciones naturales. Pero ese sentimiento es solamente relativo á vos; porque aunque jamas hubiera sucedido lo que

estais hablando, Mr. San-Austyn y yo no hubieramos podido tener otras relaciones que las de la amistad. Quánto me afligis! Mis, dixo Federico. Si el arrepentimiento mas verdadero unido á la admiracion de vuestras virtudes, y á un sentimiento mas vivo todavia, pueden hacer olvidar mis agravios, ¿por que continuais tratandome con este rigor? Yo soy joven, y á mi edad no hay error que no pueda enmendarse. Un desgraciado encadenamiento de circunstancias me ha arrastrado á pesar mio. Confieso que no tengo sobre mis pasiones tanto imperio como vuestro hermano, y jamas me consolaré de haber provocado el fatal encuentro.... Un encuentro! repitió Mariana asustada, y que la traxo á la memoria de golpe la reserva del Coronel y de Alberto, quando llegaron á casa de Madama Stanhope.

Cómo! vos habeis tenido la crueldad de desafiar á mi hermano! Esta es una circunstancia que él ha tenido cuidado de ocultarme. Dexadme, dexadme, os lo suplico. Yo puedo olvidar mis propias ofensas; pero conspirar contra la vida de mi hermano!.... jamas os lo perdonaré.

Federico estaba desesperado por su imprudencia. En nombre del cielo os suplico, dixo este, que os os seguéis, y digneis escucharme. Aunque mi conducta os parezca la mas culpable, tal vez merece excusa. Yo no escucho nada, le respondió Mariana, que se esforzaba para contener su agitacion: esta session, demasiado larga ya, va á llamar la atencion de las gentes, y si al instante no os vais, yo misma me retiraré.

No esperando San-Austyn poderla calmar; se levantó diciendo-

la: ya obedezco vuestras órdenes, aunque rigurosas. Ah! Mis Montgomery, que no podais leer en mi corazon! Mis agravios son irreparables sino los borran los tormentos que me despedazan!

Diciendo esto, la saludó, y se fue al palco inmediato para no perderla de vista. Mariana contó á Mistris Mosely la historia que la hacia obrar asi: añadiendo que si no esperase á su tio dexaria el teatro, pues que ya se habia agaudado todo el placer que esperaba tener en él.

Levantaron el telon: pero menos ocupada de lo que pasaba en el teatro, que de los peligros á que se habia visto expuesto su hermano, y de los á que aun estaba expuesto, Mis Montgomery estaba inquieta y desasosegada; y si por casualidad se encontraba con la vista de Federico, ella apartaba la su-

ya con una especie de horror.

Mistris Mosely habia tenido cuidado de guardar un asiento al Coronel, el qual llegó al fin del acto quarto, y se sentó junto á Mariana. Hija, la dixo bastante alto, yo creo que os habrá costado mucho trabajo el entrar aqui, y he sentido no poco haberos dexado venir sola.

San-Austyn no perdió una palabra de esta conversacion. Mariana le respondió á su tio en voz baxa, mas sin embargo la oyó llamar al Coronel *mi amado Señor*. Estas expresiones excitaron en su corazon un tropel de zelos, que casi lo sacaron de juicio. Sin embargo, vista la edad del Coronel, esta impresion habria sido pasagera, si no le hubiera reconocido por el padrino de Alberto en el desafio que habia tenido, y por el mismo hombre que la víspera de este lance se habia declarado tan abiertamente

contra la conducta de Berners. Tambien se acordó que este incógnito habia dicho entónces que aunque aquella era la primera vez que veia á Alberto, tendria mucho gusto en apadrinar su querella. ¿Era verísimil que estuviera tan de acuerdo con Mariana, y que esta no supiera nada de aquel desgraciado desafio?

Atormentado horriblemente Federico con estas reflexiones, salió precipitadamente del palco con la intencion de volver á su casa, y hacer los mayores esfuerzos para olvidar á Mariana; pero apenas estuvo en la puerta quedó enfadado de su precipitacion, volvió á subir, y se metió en un palco mas retirado, donde no creia pudiesen verle. En este instante mirando Mariana al Coronel atentamente parecia escucharle con gusto; situacion bien poco á propósito para tranquilizar

á San-Austyn , el qual resuelto á saber donde vivia la siguió entre la bulla. Luego que la vió salir del palco, observó, no sin mucha pena, que apoyada familiarmente en el brazo del Coronel, la decia este con mucha bondad , pero con un cierto tono de autoridad : cubrios bien, no sea que os resfriéis. Aquí no puedo cuidaros como en Londres. Ella obedeció, y arrojandose bien con el chal, volvió á tomar el brazo del Coronel. La admiracion de San-Austyn llegó á su colmo, quando oyó á este último llamar en voz alta al lacayo de Mis Montgomery, y arrimar un coche sencillo, pero de buen gusto, en el qual entró ella con su tio y Mistris Mosely.

Ves ese coche, dixo Federico á un mozo que estaba junto á él? pues síguete; toma bien las señas de la casa en que pare, y se apeen

los que van dentro, y ven al instante á decirmelo al café de Shakespear, donde te espero, y te pagaré bien la diligencia. Mi nombre es San-Austyn: despachate.

El mozo no aguardó á que se lo volviera á decir, siguió el coche hasta casa de Mistris Mosely, y volvió á galope á dar cuenta de su comision.

Señor, dixo á Federico, el coche ha parado en la calle del Duque, núm. 12, en casa de una modista. Para no hacerme notable apagué mi hacha de viento, y la volvi á encender en una linterna de un vendedor de hostras en el momento que vi parar el coche. Llegué tan á tiempo como que alumbré á las personas que baxaron de él. Un viejo caballero fue el primero, y dió la mano á una muger de cierta edad, y luego á una joven bien bonita.... Ah! señor, que lás-

tima de dexar un bocado tan goloroso entre las manos de aquel viejo pecador!

Federico iba á recompensar esta reflexion familiar con un bastonazo; pero se contuvo, y solo le preguntó, si los tres habian entrado en la misma casa? Sí señor. El viejo gentil hombre me mandó arrimar mi hacha para que la señorita baxase sin riesgo del coche; y luego la dixo: no traigo dinero, hija, y asi dadle un chelin á ese pobre mozo, lo que al instante hizo, y despues entraron todos tres en la casa, cuya puerta cerraron; y vedme pues aqui de vuelta. Basta, dixo Federico, dandole una media-corona, y despidiendole.

Hallandose solo San Austyn dió libre curso á los sentimientos tumultuosos que le agitaban. Elló era evidente que Mariana permanecia soltera, pues que la habian llamado

señorita; ¿pero como se hallaba con gente de librea á sus órdenes, la que pocos meses antes se habia visto reducida á buscar un acomodo de doncella, y cuyo hermano habia estado preso por una pequeña deuda?... Aquel viejo que la trataba con tanta familiaridad, y á quien manifestaba tanta diferencia... quién era? qué papel hacia Mistris Mosely?... Por mas equívocas que eran todas estas apariencias, sin embargo atormentaban á San-Austyn, quien no podia comprenderlas.

No, exclamó, es imposible que ella se envilezca!... ¿No la he ofrecido mi mano y mi fortuna? ¿Pues como habia de preferir un sexâgenario á un hombre de mi edad?... Por qué! Ah! que sé yo? Berners que piensa tan mal de las mugeres, las conoce tal vez mejor que yo. Si ese vil amante es mas rico que yo,

y la ofrece la mano, puede ser que la acepte!..... Un marido de esa edad es mas cómodo que otro, porque mas pronto se le despacha!..... ¿Pero que piensa el hermano de una conducta semejante? ¿como puede avenirse á ella su delicadeza? Yo me pierdo en este mar de dudas!

Tales eran las ideas y conjeturas de Federico; y no discuriendo cosa que pudiese calmar su inquietud, pidió un coche para volverse á su casa.

CAPÍTULO VII.

Tormentos de los zelos

Como Berners no habia ido todavía, San-Austyn se metió en la cama sin hallar en ella el reposo que buscaba. Se creía curado de su pasion por Mariana, y un instante

bastó para destruir la ilusion en que estaba. Huyendo con disgusto de las bellezas fáciles á quienes se habia entregado por despique y ociosidad, volvía embriagado de amor y de zelos á los pies de una muger, cuya conducta le parecia sospechosa: tanta era la impresion que habian hecho en él los principios de su fatal mentór.

En vano buscaba motivos para tranquilizarse de lo que le habia sucedido en el teatro. La dulce sonrisa de Mariana á la llegada del Coronel, su diligencia en hacerle lugar á su lado, aquella cariñosa expresion *mi amado señor* que aun resonaba en sus oidos, y el tono afectuoso del viejo, todo aumentaba sus incertidumbres, y redoblaba el zeloso frenesí del enamorado San-Austyn..... y despues aquella satisfaccion que brillaba en los ojos de Mis Montgomery, quando se apo-

yaba en el brazo de su conductor, aquel coche, aquellos lacayos que parecian ser suyos!.... Ah! Mariana, exclamaba Federico, ¡quanto mas interesante os he visto quando adornada con vuestras solas virtudes, fuisteis á ofrecer vuestros servicios á mi madre! Entónces estaba en vuestra mano atraerme á la razon y á la felicidad sin arriesgar vuestra inocencia.... Ya es tarde: vuestro destino y el mio se fixaron irrevocablemente.

No, no, dixo, despues de un largo silencio, yo la acuso sin razon; es imposible que ella sea su dama. Su hermano es hombre de honor, y sin él no puede haber conocido á ese viejo. Puede ser que vaya á casarse con ella.... pero juro que no la tendrá, si antes no me arranca la vida!....

A tan violento estado siguió, no obstante, un poco de tranquilidad.

Federico se arrepintió de no haber vuelto á escribir á su hermana, y prometió hacerlo al dia siguiente.

No fue difícil á Berners el hacerle confesar el encuentro de la vispera: y la relacion de San-Austyn le causó menos admiracion que gusto, porque era en apoyo de su opinion sobre las mugeres: y así apenas hubo acabado de hablar quando le dixo:

Yo imagino que habeis visto bastante para no tener mas remordimientos. Oh! bien seguro estaba yo de que la conducta de esa beldad no era mas que un artificio para alzar el precio de su conquista.

Los zelos hacian desear á Federico que Berners tuviese razon: pero este anhelo era pasajero, y así lo repelia con un deseo contrario.

Si ella no hubiera perdido los derechos que tenia á la estimacion de un hombre de honor, dixo á su

amigo, nada habria, ni aun ahora, que no intentase por atraerla á mi cariño. Pero en el estado que estan las cosas mantendré la palabra que dí á su hermano. La renuncio para siempre. Heroyca resolucion! respondió Berners. No, eso no será. Yo quisiera que el diablo se hubiera llevado á esa muger ántes de su venida á Londres, porque veo que os tiene sin sosiego: esa maldita pasion envenena todos vuestros placeres: pero una vez hecho el mal es menester obrar, y no dexar á un viejo loco el honor de una presa que os pertenece. Quando yo me conformase con ese parecer, dixo Federico, como lo habia de lograr? Ofrecerme á su vista no hay que pensarlo: mi presencia le es odiosa. Que locura! replicó Berners. Jamas me harán creer que ella pueda preferir un hombre de sesenta años á un joven bien parecido. Vos me

habeis dicho que está en casa de Mistris Mosely, y esta misma mañana voy allá á informarme de todo. No hagais tal, querido, le dixo Federico: yo sé muy bien hasta donde se extienden vuestros deseos de complacerme; pero despues de lo que pasó entre Montgomery y yo, creo mi honor empeñado, y no quisiera volver á comprometerle. Yo escribo á Gertrudis, y la hablo de Mis Montgomery; si me responde, como lo espero, sabremos todo lo que deseamos por su conducto.

Esta resolucion de escribir á Gertrudis, ó á Madama Stanhope era lo que mas temia Berners: y sin exponerse á ella, resolvió no salir, y tomar todas sus medidas para apoderarse de la carta que Federico escribia. En efecto, este despues de haberla entregado á su criado para que la echase en el cor-

reo, montó á caballo, y fue á pasearse. Berners, viendole fuera de casa, tomó la carta, diciendo al criado que él se encargaba de llevarla al correo.

CAPÍTULO VIII.

Indagaciones.

El interés que tomaba Berners en la pasión de San-Austyn á Mariana, tenía ahora una causa mucho mas activa que la amistad, y era que queria vengarse á un tiempo de Montgomery y de su hermana; su implacable resentimiento no se satisfacía sino deshonrando á esta apreciable criatura.

Esperó la noche, y el momento en que Federico estaba en el teatro, para comenzar la execucion de su proyecto. Despues de haber pasado muchas veces por delante de la

casa de Mistris Mosely sin ver salir á nadie, vió al otro lado de la calle un papel que anunciaba quartos desocupados. Al momento se llegó á la puerta, llama y pregunta á la criada que le abrió, si se podían ver las habitaciones que se alquilaban? pero ántes que está le respondiese se presentó una muger gruesa, pequeña, vieja, y de una figura animada, hizo á Berners media docena de cortesías, marchó delante de él, y lo conduxo á un lindo quarto situado en el primer piso. Convino en el precio, y en señal dió dos guineas á la muger, la qual á primera vista le pareció muy á propósito para sus ideas.

Ahora que estamos ya de acuerdo, la dixo, debo informaros que yo tomo este quarto para una señora joven que tal vez no vendrá hasta dentro de un mes; pero esto ni alza ni baxa á nuestro convenio.

Lo que esencialmente me interesa es alojarla en casa de una persona que inspira tanta confianza como vos.

Berners la miraba al decir esto, y advirtió con gusto que no rehusaba admitir en su casa á una muger sin mas recomendacion que la de un joven.

La dama de que se trata, continuó aquel, es respetable por todos títulos. Vos teneis sin duda buenos vecinos? Qué tienda es esa que está enfrente? La vieja, que segun la explicacion de Berners, no tenia duda de que se trataba de una intriga con una dama de alto coturno, le respondió:

Esa tienda es de una modista. Á decir verdad, yo no gusto mucho de esa muger, porque algun tiempo ha se empeñó en desacreditar á ciertas señoritas que vivian aqui. Desde entónces hice poner celosías en todas las ventanas,

porque cada uno es dueño de su casa. Mientras que una en lo exterior se porté con decencia, nadie debe meterse en lo que se haga por dentro. Superiormente hablado, dixo Berners. ¡Que lástima que todo el mundo no piense como vos! Y esa modista no tiene huéspedes? Sí señor; pero no recibe en su casa sino hermanos y hermanas, tios y sobrinos. La buena muger parece prudente, dixo Berners, preguntando: y no tiene ahora á nadie? Sí señor, respondió la vieja; oh! esta historia es muy curiosa... Mi criada y la suya son parientas: se encuentran en el mercado, y charlan todo quanto pasa en casa de sus amas. Esta Mistris Mosely hace la circumspecta sin saber por qué, pues es tan pobre como Job. Madama, la dixo Berners interrumpiendola: vos ibais á contarme una historia muy curiosa to-

canté á vuestra vecina. Está bien, allá voy, le dixo la vieja. Pues bien, sabed que esa señorita que la Mosely tiene ahora en casa, es tan sobrina como yo... Pero perdonad, como decia mi pobre marido; Dios haya recogido su alma!..... A veces, señor, me sucede empezar una historia por la cola; pero vamos adelante, que ya estoy en ello. Un dia que yo estaba á la ventana vi llegar en un *coche simon* á Mistris Mosely con una muchacha muy bonita vestida de luto. Preciso es que estuviera muy apesadumbrada, porque yo la veia á menudo en el quarto principal trabajando y llorando. Me olvidé de deciros, que entónces la parienta de mi criada no servia á la Mosely, y por eso no supe mucho mas. Despues de algun tiempo llegó un mozo que decian ser su hermano, y desde entónces no ha vuelto á acon-

gojarse, y está alegre como unas castañuelas. Ya no los veo, y los habia olvidado enteramente quando el otro dia paró á la puerta un coche magnifico, me asomé, y vi bajar de él á la misma señorita con un hombre de alguna edad, que aseguran es tio suyo. El pretexto de parientes es á veces cómodo, dixo Berners; pero la sobrina de vuestra criada debe saber lo que hay en eso. Ah! replicó la vieja, es una muchacha simple que cree quanto la dicen. El caballero anciano no sale ni entra sin abrazar á su pretendida sobrina, y decirla que se cuide mucho. Quando se han visto tios tan tiernos? En quanto á mí yo tenia uno que bien lejos de abrazarme me llenaba de bofetones tarde y mañana. Ese tio, dixo Berners, no merecia una sobrina como vos: pero volviendo al nuestro, tiene quarto separado? Se-

guramente, le respondió la vieja; ellos tienen sin duda muchas maullas para olvidar esa precaución. La criada cree que son parientes, ó á lo menos que se casan presto.

Berners preguntó cómo se llamaba, y fingiendo conocerles, suplicó á su vieja procurara informarse de todo circunstanciadamente. Luego se retiró dando una media guinea á la criada, que le alumbró hasta la puerta.

Berners volvió á su casa para esperar á Federico, á quien contó todo lo que habia descubierto.

Su tío! dixo este: eso es imposible; porque Montgomery y él no se conocían quando ocurrió el maldito lance del café. Es su tío, dixo Berners, así como Montgomery es su hermano. Ah! exclamó Federico, es realmente su hermano. Quien os lo asegura, le preguntó Berners. Tengo pruebas incontestables,

le respondió Federico. Yo las ignoro, replicó Berners: pero no soy solo el que piensa que este parentezco es imaginario. Se engañan, repuso Federico, estoy íntimamente convencido de que son hermanos y muy hermanos. En quanto al tío no tengo la misma certidumbre. Qué no daría yo por aclarar mis dudas! Inútil sería escribir, porque me devolverían la carta...; En verdad, le dixo Berners, esta muchacha os hace perder el juicio, y no teneis espíritu para ponerla fuera de estado de rehusaros nada!

Esta conversacion duró hasta muy entrada la noche, y se separaron al fin: Berners enfadado de no poder arrastrar á su amigo á usar de medios violentos; y Federico disgustado de todo el mundo y mucho mas de sí mismo.

CAPÍTULO IX.

Resolucion repentina. Perseverancia.

Federico pasó la noche en una grande agitacion. Al levantarse se sintió bastante malo, y no salió de su quarto, pero sin querer llamar al médico como Berners se lo proponia. Durante tres dias que estuvo entregado á sí mismo, las serias reflexiones descartadas por la disipacion, vinieron de golpe, é hicieron en su espiritu una impresion que jamas habian hecho. Berners no quedó poco sorprehendido oyendole dar órden á su criado de presentarle sus cuentas dentro de tres dias á lo mas.

Qué vais á hacer? le dixo: todavía no estais solvente. ¿Por que no esperais á que se cumplan varios ar-

rendamientos que pueden renovarse muy luego? La mayor parte de estos puede aumentarse, y es propriamente la ocasion de hacer dinero. Yo no haré nada, respondió Federico. No quiero que mis arrendatarios paguen mis extravagancias: si alguno debe hacerlo soy yo mismo.

Atribuyendo Berners lo serio de estas respuestas á un exceso de melancolía, no le dixo nada; pero un momento despues le preguntó con un ayre risueño si se sentia con ánimo para dar una vuelta á su casa de campo; añadiendole que un ayre puro le sería favorable, que alli tendrian buena compañía, y que todo esto era lo que necesitaba para disipar los vapores que le tenian oprimido y triste. No me es posible acompañaros hoy, le dixo San-Austyn; pero cuento hacerlo dentro de dos ó tres dias. Viendo Berners que no podia conseguir lo

que se habia propuesto , se separó de él , y le dexó sumergido en su melancolia.

Hay de mí! dixo San-Austyn luego que se halló solo , ¡yo he abjurado mis errores despues que me han arrebatado todos mis amigos , excepto el cómplice de mis extravíos! Pobre Berners! nuestro mutuo interes exíge que nos separemos: siempre seré tu amigo; ¡y quiera el cielo que seas dichoso , ya que yo no espero serlo! Yo necesito sosiego , y veo que jamas lo tendré en la disipacion. Si he perdido la estimacion de todo lo que mas queria , consiga á lo menos rehabilitarme á mis propios ojos.

Federico salió de su casa despues de haber permanecido en ella quatro dias : fué á la de su apoderado á encargarle que buscasse algun sujeto que le adelantase cierta cantidad de dinero , hipotecando

sus bienes para la seguridad del pago. El apoderado le hizo , aunque inútilmente , varias objeciones contra una idea tan fuera de propósito ; pero no pudiendo disuadirle de ella , lo conduxo á casa de un amigo suyo que juzgaba ser muy á propósito para verificar su intencion. En efecto , este amigo adelantó á Federico seis mil guineas ; y San-Austyn para el reembolso y el interes de esta suma le cedió el usufruto de sus haciendas por tres años , sin reservarse para sí mas que quinientas libras esterlinas cada año.

Concluido este negocio volvió á su casa , y comió solo porque Berners estaba apalabrado en otra parte. Esta soledad , á que no estaba acostumbrado , le pareció insoportable , y por poco no manda poner el coche para ir al teatro con la esperanza de hallar en él á Maria-

na. No, dixo: yo sabré vencerme. Por qué he de ir á buscar un nuevo suplicio? Mas vale no volverla á ver jamas, pues que la perdí para siempre.

El quiso arreglar sus cuentas aquella tarde; pero su espíritu inquieto no se lo permitia. Todo lo que pudo hacer fue escribir dos renglones á su dama, porque estaba muy en uso tener una: esta carta era una despedida, cuya amargura iba suavizada con un billete de banco de cien libras esterlinas. Berners entró casi borracho, y se acostó sin ver á Federico. Al otro dia y al siguiente diversas partidas de recreo no le permitieron acompañar á su amigo, cuyo humor sombrío, por otra parte, le parecia inaguantable. Lo que mas aumentaba la inquietud de San-Austyn era el silencio de Gertrudis, porque no podia dudar que habia recibido su carta;

y si no le respondia, sin duda obedecia en esto las órdenes de Madama Stanhope: conjetura que agravaba sus penas, trayendole á la memoria y á la consideracion las conseqüencias funestas de sus extravíos.

CAPÍTULO X.

Nuevas disposiciones.

Al levantarse Berners un dia quedó admirado de que Federico hubiese salido á las seis de la mañana. Al propio tiempo le entregaron un pliego dirigido á él, y su sorpresa fue mayor quando vió que la letra era de su amigo: al punto lo abrió, y leyó lo siguiente.

“Mi querido amigo: Vos disimulareis seguramente mi marcha precipitada, quando os haya confesado que no tuve valor para

anunciaros nuestra separacion. Mis recuerdos halagüenos se habrian opuesto á una resolucion, á la qual he jurado ser fiel aunque me sea costoso. Bien me conoceis para inferir que mi corazon no puede hallar su tranquilidad en los excesos de la disipacion. Quiero experimentar si el sosiego del retiro me la procurará; pero como vuestro carácter os hace preferir un género de vida enteramente opuesto, y que mas de una vez me habeis manifestado el deseo de entrar en la carrera militar, he tenido la fortuna de poderos conseguir la patente adjunta, persuadido á que desempeñareis como conviene la plaza que os asegure, y que no me afligireis reusando esta pequeña prueba de amistad. Ahora, mi querido Berners, me resta la súplica que os hago de no tratar de que yo altere en nada mi resolucion.

Vuestros esfuerzos serian inútiles, y solo servirian para afloxar los lazos de una amistad que, como lo espero, tendrá por término el de nuestra vida. Juzgareis que mi determinacion es invariable, pues veis que me he resuelto á dexar á Londres en el momento que Mis Montgomery la habita, sin permitirme otro paso que tenga relacion con ella, en la persuasion de que nada pienso conseguir en este particular que pueda proporcionarme ni satisfaccion ni reposo alguno. Su hermano tiene mi palabra, y el honor me obliga á mantenerla. Cuento quedarme algunos dias en Kew para ordenar mis negocios. Si os dexais ver un momento abrazaré con gusto al solo amigo que mi funesta estrella me ha dexado; pero acordaos que he tomado un partido irrevocable: oponeros á él sería afligirme sin fruto. = F. San-Austyn."



P. D. Si llegan cartas para mí remitírmelas al instante. Yo no sé como Gertrudis no me ha respondido, y esto me aflige y me tiene inquieto.

Fácilmente puede imaginarse la impresion que esta carta haria en el espíritu de Berners. El era el mayor amigo de Federico: hasta entónces él habia dirigido, por decirlo así, sus acciones, considerandose el agente de sus placeres; pero manifestando el partido que acababa de tomar una energía de carácter que Berners no sospechaba, anunciaba á este que ya no debia contar con la amistad de Federico, y que su conducta artificiosa con relacion á Gertrudis sería descubierta muy luego. Al mismo tiempo no podia dexar de reflexionar que San-Austyn en el desorden en que tenia sus negocios, habria debido empeñarse mas con

la compra de la patente que le habia procurado; y tuvo la intencion de devolvérsela, lo que no hizo, sin embargo, porque la profesion militar tenia para él mil encantos. Lo que se propuso fue emplear toda su maña para atraer á San-Austyn á los placeres de que iba huyendo.

Berners marchó á Kew, y encontró á Federico ocupado en arreglar sus papeles. Amigo mio, le dixo con su acostumbrada alegría, puesto que vais á reformaros, yo voy á meterme frayle. Vos tenéis, le dixo Federico, un fondo de buen humor inagotable, que estoy tentado de envidiárosle. Yo quisiera, le respondió Berners, poder comunicaros una buena dosis de él para sacaros de esos accesos de misantropía que envenenan vuestros dias. Pero otro es el objeto que aqui me trae. Vuestra generosidad me enternece, San-Austyn; sin



embargo si debe costarme vuestra amistad, dispensadme que me aproveche de ella. No, no, le respondió Federico, nuestra amistad es inalterable; pero la diferencia de nuestros caracteres exige nuestra separacion. Vos sois vivo y alegre: el mundo y sus bulliciosos placeres os encantan. Yo soy triste, y estoy disgustado de todo: nuestra alianza empezó desde nuestra infancia, y el tiempo no la ha debilitado: me habeis visto pronto á adoptar vuestros principios, y á conformar mis inclinaciones con las vuestras; pero mis disposiciones naturales jamas han estado de acuerdo con ese género de vida. Yo me arrojé á la carrera de los placeres sin gozar de nada, y he prodigado mi fortuna entristeciendome. La razon y la necesidad me obligan á seguir un plan enteramente opuesto. Si no consigo mi

fin, facil es volver á lo que he dexado. Si sucede lo contrario quedarán satisfechos mis deseos.

Berners iba á replicar á San-Austyn, pero este no le dió tiempo, y continuó diciendole: no me echeis en cara que falto á la amistad, permitidme tenga una voluntad independiente. Os será imposible adoptar la reforma á que estoy decidido; y á mí continuar conduciendome como lo he hecho hasta hoy. Todo se opone á ello, mi constitucion, mi fortuna y mi gusto: procuremos pues ser felices cada uno á su modo, que por eso no será menos inviolable nuestra amistad. Por lo demas, ya os he dicho que mi resolucion está tomada, y que vuestras objeciones lograrían afligirme mas no hacerme mudar de parecer. No os haré ninguna, dixo Berners, visiblemente picado. Yo os debo grandes obligaciones, y

siento no poder desquitarme de ellas. No esperaba yo, le replicó Federico, semejante injusticia. No os he mirado siempre como un hermano? Y debe tratarse entre nosotros de intereses? Esta es una raza maldita, dijo Berners, que produce estas variaciones!.... Sed dócil á mis instancias, San-Austyn, y yo os juro que antes de quince días tendreis á vuestra disposicion esa muchacha. Yo puedo saber todo lo que pasa en casa de la Mosely por la conducta de una vecina que me servirá perfectamente. Prometedme solamente aprovecharos del fruto de mis tentativas. Ya os he dicho, replicó San-Austyn, que primero me moriria que consentir en algun acto de violencia: mas os diré: si la casualidad pusiese á Mariana á mi disposicion, no sería tan baxo que abusase de ella; y aunque Mariana fuese tan complaciente como

vos lo imaginais, mi corazon estaria muy distante de quedar satisfecho. Tal es la pureza de mi amor á Mis Montgomery, que aparto con horror toda idea que no me la representa como la muger mas casta. Este tio misterioso, tan atento, tan continuo junto á ella, me ayudará á triunfar de mi pasion mucho mas que diez años de una porfiada resistencia. Un amor de esta especie es para mí una paradoxa que no entiendo. Yo lo creo, le respondió Berners; eso solo indica la diferencia de nuestros caracteres. Yo no dudo halleis en el género de vida que os proponéis entablar todos los gustos y ventajas que apeteceis; en quanto á mí, yo no aspiro sino á la independencia y al reposo. No creo sea oponerme á vuestro plan preguntaros cómo y en qué parage os habeis propuesto ponerlo en exe-

cucion? No es facil responder á esa pregunta, dixo Federico; pero promettedme admitir lo que os dexé esta mañana como una pequeña prueba de mi amistad, y procuraré satisfaceros. Berners le alargó la mano, y Federico se la apretó con cariño.

Mi proyecto hasta ahora, continuó este, es el pasar al continente. Si allí encuentro un asilo agradable, pasaré en él los tres años por los quales he empeñado mis rentas para pago de mis deudas. La mayor parte de quinientas libras esterlinas que me he reservado, servirá para la manutencion de los criados ancianos que han quedado en mis posesiones; porque no sufriré que mis extravíos reduzcan á los desgraciados que han sacrificado sus fuerzas y su juventud en servicio de mis padres á buscar nuevos amos. Lo que yo hago es un

acto de justicia debido á su edad y á sus enfermedades. Acostumbrado, como lo estais, le dixo Berners, á todas las comodidades de la vida, ¿creéis poder vivir y sobre todo viajar con tan corta renta? Sin duda, le respondió Federico; yo soy joven, con salud y fuerzas. ¿No tenemos á la vista mil exemplos de gentes que subsisten con mucho menos? Mis caballos y mis coches se venderán despues de mi partida, y despediré los criados que tomé despues de mi llegada á Londres. Esto aparta toda idea de profusion, y agrego un nuevo peso á los motivos que me hacen renunciar á Mis Montgomery. Jamas querria asociar una muger á mi indigencia; y no hay dama que quiera participar de ella.

Berners vió claramente que no podia hacerle mudar una resolucion tan maduramente reflexionada. Por

otra parte, privandose Federico del goce de sus rentas, perdía los medios de sumergirse en las diversiones á las quales pretendia atraerle: despues de haberle prometido que iria á verle, lo dexó, desaprobando interiormente su debilidad: nombre que daba á las privaciones que se imponia para pagar á sus acreedores; pero tambien presentia, no sin inquietud, que esta separacion era el preludio de un rompimiento muy próximo entre ellos, supuesto que no podria ya interceptar la correspondencia de San-Austyn con su familia: sin embargo trató de alucinarsen, lisonjeandose de que su ausencia de Inglaterra seria demasiado precipitada para atrasar la época de su comunicacion y explicaciones relativas al asunto.

CAPÍTULO XI.

Extraño encuentro. Dudas aclaradas.

Mariana estuvo algun tiempo cabilosa con el encuentro que habia tenido en el teatro. La conducta de San-Austyn, su ayre humilde y respetuoso, y mucho mas lo que la habia dicho, la habian causado grande impresion; pero doblemente irritada contra él por razon del desafio con su hermano, y de su complicidad pretendida con Berners, desechó toda idea de serle favorable. Temiendo dar motivo á una nueva desgracia, resolvió no hablar de este encuentro hasta consultarle con Madama Stanhope, y suplicó á Mistris Mosely guardase tambien por su parte el secreto.

El asunto que la habia traído á

Londres estaba concluido, y se le hacia tarde el volver al campo, pero sin atreverse á manifestarlo en presencia de su tio; porque sabia muy bien que sus menores deseos eran órdenes para él, y que el sacrificio de quanto era para ella de satisfaccion, no le costaba nada quando se trataba de complacer á su sobrina.

El Coronel habia encontrado en Londres un antiguo compañero á quien habia mucho tiempo no veia. Este encuentro imprevisto fue para el uno y para el otro muy agradable. El capitán Vansittart (que así se llamaba) prometió á Mr. O'Brien ir á comer con él durante su mansion en Londres, quando sus negocios se lo permitiesen; lo que no dexaba de tener sus inconvenientes, visto que el capitán vivia en Richmond, donde la gota le tenia sedentario, y que solo un

asunto del mayor interes habia podido traerle á Londres el dia que encontró al Coronel: ¿pero que dificultad era esta para dos militares viejos, encantados de haberse reunido, dandose priesa á acordarse, sobre todo con el vaso en la mano, de las batallas y sitios en que se habian señalado, y reanimando el fuego de su primera juventud con la memoria de sus hazañas?

Era lunes, y la partida del Coronel estaba determinada para el miércoles siguiente: con este motivo resolvió ir á comer, por última vez, con el capitán Vansittart. En consecuencia montó á caballo temprano acompañado de su criado, y fue á Richmond. Á la hora de comer se acordó de que tenia que despachar un asunto en Londres, y envió á su criado, diciendole que no volviese á buscarle, que él se iría solo.

Los dos amigos estuvieron mucho tiempo en la mesa, esforzándose á templar con el vino la pesadumbre de su separacion; de suerte que era ya de noche quando Mr. O'Bryen montó á caballo para volverse á Londres. Luego que llegó al camino que guia á Turnham-Green, su caballo hizo una corbetta; y dexandole caer en medio del camino, se marchó á galope.

Aturdido de la caída, aunque sin haberse hecho gran mal, el Coronel se vió desde luego imposibilitado de levantarse. Un coche, que pasaba en aquel momento, iba á reventarle, si un caballero, que por fortuna lo vió con la claridad de la luna, no hubiese acudido prontamente á detener los caballos delanteros gritando al cochero, que se habia quedado atras, viniese al instante. Habiéndose baxado al mismo tiempo de su caballo levantó al

Coronel, el qual se vino á él luego que se vió en pie.

Diablo! exclamó este, tocándose la cabeza, yo he perdido mi sombrero y mi peluca. Si ese hablador de Vansittart no me hubiera regalado con la batalla de Minden, no me hubiera sucedido esto, y dos horas ha que estaria en Londres. Á fe mia que acabo de dar una linda caída, y tal vez habria sido la última, sino me hubiesen socorrido tan oportunamente.

Las disculpas del cochero le hicieron conocer á su libertador, y le suplicó le diese el brazo hasta la posada que estaba cerca de allí. El cochero fue á buscar el sombrero, la peluca y el caballo del Coronel.

Llegado Mr. O'Bryen á la posada, y despues de haberse limpiado la cara, se disponia á dar gracias al hombre oficioso que le habia salvado la vida; pero apenas

le hubo mirado quando exclamó: Debo yo creer lo que veo? Si ciertamente, San-Austyn es! Si señor, respondió Federico, con frialdad afectada, San-Austyn es, y es incapaz de reusar un servicio de humanidad al tío de Mis Montgomery. ¿Y por que diablos habrá una excepcion para el tío de Mis Montgomery? le replicó el Coronel. No es un hombre como los demás? Yo creo que no debeis estar arrepentido de haberme sacado de un mal paso; porque tengo una sobrina de quien os habeis enamorado medianamente. De vuestra sobrina? repitió Federico, con una sonrisa irónica. Vamos dixo el Coronel á qué viene eso? vos lo sabeis, y nadie lo ignora. Estoy tan hueco con Alberto y su hermana que á todo el mundo hablo de ellos. Basta una noche para formar un parentesco tan íntimo? le repuso Fe-

derico. Si señor, algunas veces, le respondió el Coronel, los tios se manifiestan de repente en un café, como setas en los cercados calientes, y allí les llegan pulidas sobrinas transformadas en doncellas. Que decis á esto, San Austyn? Convid en que ellas roban un corazon con habilidad. Yo no tengo humor de chancearme, le dixo Federico, me alegro que la caída no haya sido cosa de cuidado. Buenas noches Mr. No, no, le replicó el Coronel, hacedme, si gustais, el favor de deteneros: nosotros no nos separaremos tan presto: yo pienso servirlos en despecho de vos mismo; porque me habeis juzgado dos pasadas que no olvidaré en mi vida. No adivino lo que quereis decir, replicó Federico. Si se trata de lo que ha ocurrido esta noche, yo os suplico lo olvideis. Lo que yo he hecho, he creído deberlo hacer

hasta por el tío de Mis Montgomery.

Otra te pego con el tío de Mis Montgomery, respondió el Coronel: pues bien, sí señor, yo soy su tío, y no creo que esa sea una razón para quererme mal. Vamos, San-Austyn, afuera rencores. Madama Stanhope no sabe nada de vuestro desafío con mi sobrino. Ese perillan no quiso presentarme á ella sino despues de haberme exigido la palabra de que no la diria nada de semejante asunto. Esa discrecion me humilla mas, dixo Federico, que una confesion completa del hecho. Jamas me acuerdo de este lance sin despreciarme á mí mismo. Y yo, dixo el Coronel, me acuerdo de ese dia, como que fue el mas feliz de mi vida, pues que me hizo conocer á mi sobrino. Este paso actual no lo es menos, porque sin vos yo era un hombre muerto.

Como que no he firmado mi testamento. Alberto perdía una renta de seiscientas guineas, que pasaban á otra rama de la familia. Caspita! si tal hubiera sucedido, me parece que jamas habria estado tranquilo en el otro mundo.

San-Austyn aturdido miraba al Coronel, y poco le faltó para creer que deliraba, como lo habia creído tambien Montgomery en la conversacion que tuvo con él antes de haberse reconocido.

Gracias á Dios, continuó el Coronel, que me encuentro fuera de peligro. Pero á mi vuelta á Londres arreglaré mis asuntos, y viviré sin inquietud. Yo hice volver esta mañana á mi criado para que todo estuviese pronto esta noche para firmarlo. San-Austyn, yo gusto tanto de deberos dos obligaciones como una sola; y así vendreis conmigo, y firmareis como testigo.

Vos me admirais, Mr., le dixo Federico: como es posible que vos seais tio de Mis Montgomery? Oh! le repuso el Coronel, vos deliriais, amigo mio: ¿pues quien os parece que soy yo, el emperador de Marruecos, ó el gran Kan de Tartaria? Es bien extraño que no se os pueda hacer entender que la hija de mi hermana es mi sobrina. Perdonad, le dixo Federico; pero... Dexemonos de peros, repuso el Coronel: vamos, y no se hable mas de esto. Vamos juntos tomaremos un coche, y os diré mas. El tiempo empieza á parecerme largo, porque la noche se adelanta: Mariana, inquieta al ver que tardo, va á enviar todos los mandaderos de Londres á buscarme: y sobre todo se me hace tarde el llevar buenas noticias á Dorsetshire. Mañana marchamos. Yo estoy bien cierto que vuestra tia no ha dexado

de amaros; Gertrudis tan linda como buena, llora cada vez que oye nombraros. Cielo! exclamó Federico, en que laberinto me he perdido yo! Pero vos os engañais en decir que Madama Stanhope me conserva en su amor, quando ella mantiene su resentimiento contra mí, hasta el punto de no permitir que Gertrudis responda á mis cartas. Quien es el insigne bribon que tal os ha dicho? le preguntó el Coronel. Aunque fuera el primer Lord de los tres reynos le diria en su cara que mentia, y lo sostendria... No os enfadeis; y moderaos amigo, porque sobre este punto hay precisamente alguna mala inteligencia, pues Madama Stanhope es la misma franqueza, y mas de diez veces la he oido quejarse de vuestro silencio con motivo de ciertas cartas que ella y Mis Señ-Austyn os han escrito no sé con que objeto. Yo no

he recibido ninguna, dixo Federico, y eso me hace creer que jamas me han escrito. Una carta sola, pudiera extraviarse, ó ser interceptada; pero que esto suceda á muchas, no lo encuentro verisimil. Yo me acuerdo que á vuestra edad, dixo el Coronel, tenia una sultana favorita que me andaba en los papeles. La vuestra tal vez no será menos aplicada. Sabeis lo que hice? Pues un dia la puse en la calle con mucho garbo. El exemplo no es malo para imitado; yo os lo propongo.

Yo no he dado lugar á mis sultanas á que me juegen una pasada semejante, dixo Federico. Sea enhorabuena, le respondió el Coronel.... A propósito, que se ha hecho el famoso Berners? Se lo han llevado los diablos? Si es asi, yo os felicito. Nada os falta, como dice Alberto, sino entregaros á vos mismo para que seais lo que desean

todos vuestros amigos. Mr. Montgomery, dixo San-Austyn, con altivez, me haria mucho favor si no se mezclase en nada de lo que á mí me toca. Al contrario, le repuso el Coronel, vos debiais darle gracias por lo que se mezcla. Yo le he oido hablar de vos á Madama Stanhope de un modo que quedé sorprendido despues de lo que habia pasado. El echó toda la culpa al mentecato de Berners. Yo os suplico, le dixo Federico, trateis con mas miramiento á mis amigos. Eso está bien quando lo merezcan, le respondió el Coronel. Vuestra tia, por exemplo, es un angel. Vuestra hermana es una muchacha preciosa; yo no la comparo sino con Mariana, y no sabria qual de las dos preferir.

En este momento traxeron al Coronel su peluca y su sombrero. El coche que habia mandado pedir es-

taba pronto, y quiso que San-Austyn le acompañase; y viendo este que su resistencia sería inútil, y gustoso por otro lado de oír hablar también de Mariana, envió su caballo con un mozo, y entró en el coche con el Coronel.

CAPITULO XI.

De enemigos que eran se hicieron buenos amigos.

Apenas entraron en el coche quando Federico se dió prisa á traer á Mr. O'Bryen á un hecho que casi no dudaba ya, supuesto que lo autorizaba Madama Stanhope.

Mr. le dixo, yo os suplico me disimuleis lo que pude ofenderos en la desconfianza que os he manifestado. Si os acordais que la primera vez que nos encontramos di-

xisteis que jamas habiais visto á Mr. Montgomery hasta entónces, mis dudas no os sorprehenderán. Yo no mentia, dixo el Coronel, porque no habia sino veinte y quatro horas que me hallaba en Londres: y enfadado de no haber hallado ni á él, ni á su hermana en la habitacion que me indicaba una carta de su madre, entré en el café con ánimo de discurrir allí de qué medios me valdria al dia siguiente para saber su paradero. El amigo Berners se presentó á poco rato, y sin mas ni mas, luego que vió á Alberto, le tiró á la cara un vaso de ponche, pronunciando su nombre. Yo lo escuché con mucho cuidado; y cierto, por las cortas preguntas que le hice de que mis presentimientos eran bien fundados, le ofreci servirle de padrino en su querella.

¿Era posible, le dixo Federico, que al otro dia ignorase todavía

que erais su tio? Ni lo pensaba si-
quiera, le respondió el Coronel;
pero nada hay tan gracioso como la
escena ocurrida entre nosotros du-
rante nuestra vuelta á Londres. El
empezó á tratarme como un hom-
bre que tiene ida la cabeza. Pa-
ra picarle comencé á proferir algu-
nas reflexiones y especies equívocas
acerca de su padre y madre, lo
que le hizo montar en cólera; y yo
por mi parte me enfadaba tambien:
de manera que en el calor de la
pendencia descubrí mi secreto. Bien
me estuvo, porque creí que iba á
tirarse á mí; pero apenas me hu-
be declarado quando le vi tan hu-
milde, como le habia visto ayrado.
Desde aquel momento somos bue-
nos amigos, y seguramente lo se-
remos hasta la muerte. Yo le hice
dexar al banquero en cuya casa le
habia proporcionado un destino
vuestra tia, y al dia siguiente to-

mamos la posta para ir á ver á Ma-
riana; pero no pude hacerle par-
tir sin darle antes la palabra de
que no diria nada de lo que pasó
entre vosotros.

Al oír esto se puso colorado Fe-
derico, pero tuvo buen cuidado de
no interrumpir al Coronel que con-
tinuó asi.

Quando llegamos á casa de Ma-
dama Stanhope hubo otra escena no
menos graciosa que la primera. Ma-
riana habia salido, y á su vuelta
vuestra tia, á súplicas mias, me
presentó á ella como un extrangero.
Sea que mi figura la desagradó, ó
que mis modales no la parecieron
bien, lo cierto es que yo fui tan
mal acogido como un viejo chocho
que pretende enamorar á una mu-
chacha. En fin yo me di á cono-
cer; y despues compré la posesion
de Blackwood para mi sobrino. Ma-
riana ha permanecido con Madama

Stanhope y vuestra hermana; pero no formamos sino una sola familia, y apenas dexamos pasar un dia sin reunirnos.

Un suspiro involuntario se le escapó á San-Austyn. Por qué suspirais, le dixo el Coronel? Yo celebro infinito nuestro encuentro á pesar del pequeño contratiempo que le ha ocasionado. Olvidemos lo pasado. Lo que Madama Stanhope ha hecho por nosotros compensa todos los agravios de su sobrino: por otra parte, no os debo yo la vida? Bien seguro estoy que Alberto tendrá la mayor complacencia en deberos esta obligacion. Yo os suplico, le dixo Federico, no deis tanto valor á un servicio que por humanidad estoy obligado á hacer á todo el mundo. Toda mi vida lloraré el insulto que Mis Montgomery ha experimentado; pero (añadió suspirando) bien lo he pagado. En quan-

to á su hermano, no es posible olvidar el modo con que se ha vengado. Error, dixo el Coronel. Todo eso debe ya olvidarse. El me ha confesado que jamas pasó una noche tan cruel como la anterior al desafio, y que no sosegó un poco hasta que formó el plan de conducta que le visteis seguir. Si yo hubiera tenido la desgracia de herir al sobrino de Madama Stanhope, me dixo al dia siguiente, no habria tenido consuelo, y me habria mirado como un monstruo: mi justificacion fundada sobre una fantasma de honor jamas habria calmado mis remordimientos. Madama Stanhope le quiere como á un hijo. ¡Podria yo exponerme á reducirla á la desesperacion, yo á quien sacó de la carcel, yo á quien protege como á mi hermana, honrandonos con su estimacion! Por favor os pido, exclamó Federico vertiendo lágrimas,

que no atormentéis mi sensibilidad con esa aflictiva memoria. Vamos, dixo el Coronel, ya he acabado; hablemos de vos. Decidme desde luego y sin rodeos qué se ha hecho aquel bribon? Yo no puedo responder á vuestras preguntas si no tratais de otro modo á un hombre que es amigo mio. Pues bien, dixo el Coronel: qué hace Berners?... Por mas que digais, jamas miraré á ese hombre como amigo vuestro. Federico le respondió: Mr. Berners ha entrado en el servicio del rey; y yo cuento expatriarme por algun tiempo. Pues qué, viajareis sin él? le preguntó el Coronel. Sí señor, le respondió, porque las funciones de su nuevo estado le detendrán en Londres.

Mr. O'Bryen arrojó un grito de alegría, y apretando fuertemente la mano á Federico, le dixo con mas calor que el que habia manifestado

hasta entónces, mi mayor deseo es dar á vuestra tia pruebas evidentes de mi reconocimiento. Ella ha tomado baxo su proteccion á los hijos de mi pobre hermana en un momento que no tenian un amigo siquiera en el mundo, en un momento que Alberto estaba en la carcel, y Mariana reducida á entrar á servir de doncella. Pues bien! dexadme la satisfaccion de presentarle un sobrino vuelto á sí mismo, y hecho de un golpe digno de ella. San-Austyn apretó la mano al Coronel, y se mantuvo callado.

Vamos, continuó este, la primera entrada será tal vez un poco embarazosa, pero al otro dia todo irá grandemente. Madama Stanhope os ama: yo he advertido varias veces su inquietud por vuestra persona, no obstante sus esfuerzos por ocultárnosla. Hecha una vez la reconciliacion todos seremos felices.

Yo no debo esperar tanta dicha, dixo Federico. Y por qué, le replicó el Coronel? Es porque no habeis sido siempre hombre de razon? Y se sigue de aqui por ventura que ya no lo podais ser? Vedme: hoy me encuentran medianamente razonable; y sobre todo yo me hallo contento y satisfecho de mí mismo, despues que he cumplido con mis obligaciones respecto á los hijos de mi hermana. Y bien! á vuestra edad era yo un señorito que no valia dos quartos.

Esta conversacion duró hasta su llegada á Londres. El Coronel, despues de haber enviado á decir á su sobrina que un negocio indispensable que tenia que concluir, no le permitiria recogerse temprano, conduxo á Federico á casa de su notario, al qual lo presentó como uno de los testigos elegidos por él para firmar la escritura de donacion de

todos sus bienes: y habiendose leído en su presencia, San-Austyn no se sorprendió poco con la cláusula siguiente.

A mi querido sobrino Alberto Montomery, hijo de mi hermana Mariana esposa de Alberto Montgomery, le légo la totalidad de todos mis bienes, así como todo mi dinero efectivo colocado en los fondos públicos, importante todo ello la suma de quarenta mil libras esterlinas, sin otra obligacion que la de pagar doce mil libras de la misma especie á Mariana Montgomery mi sobrina en el mismo acto de su casamiento, ó luego que cumpla veinte y un años.

Ahora, dixo el Coronel luego que esta diligencia quedó evacuada, puedo dormir tranquilamente.

Entónces quiso retirarse San-Austyn, pero Mr. O'Bryen le detuvo, diciendole: vos me habeis he-

cho mas de un favor, y es menester que acabeis como habeis comenzado. El movimiento del coche me ofende la cabeza, y me hareis mucho bien si me dais el brazo hasta mi casa. Es muy regular que yo no parta mañana, y asi cuento con que vengais á verme. Me entregareis vuestras cartas, y yo os daré prontamente buenas noticias.

Como el Coronel se sentia incomodado de la cabeza, Federico hizo que le visitase un cirujano, el qual aseguró que no tenia cosa de cuidado, y que un buen sueño lo remediaría todo.

Luego que entraron en casa de Mistris Mosely, San-Austyn, sin pasar adelante y dexando el brazo del Coronel, le dixo: pues que ya no me necesitais, me retiro deseandoos una buena noche: mañana me tomaré la libertad de enviaros una carta para Gertrudis. Traedla vos

mismo, le dixo el Coronel. Vuestras cartas parecen expuestas á tantos accidentes que no respondo de ellas á menos que vos mismo no me las entregueis en mi propia mano. Lo haré con mucho gusto, dixo Federico; pero.... Dexémonos de peros.... yo quiero ser vuestro amigo, y quiero tambien que como á tal me trateis. Yo acepto vuestra amistad con reconocimiento, le respondió Federico: y para daros una prueba de mi franqueza, os confieso que obligandome las circunstancias á no pensar en Mis Montgomery, no quisiera exponerme á volver á verla. Quiera el cielo que sea dichosa, mientras yo....

Bueno, bueno! dixo el Coronel, interrumpiendo á Federico; ella no sabrá nada de nuestro encuentro hasta que hayamos salido de Londres. Yo discurriré un pretexto para tenerla mañana fuera de casa des-

de las once hasta las dos. Mistris Mosely saldrá con ella, y en este intervalo podeis venir. San-Austyn prometió hacerlo asi, y se retiró.

CAPÍTULO XIII.

Remordimientos. Conocimiento antiguo.

Luego que San-Austyn entró en su casa se arrojó sobre una silla lleno de agitacion. Berners! exclamó, en qué laberinto, en qué abismo me has precipitado!.... Pero por qué le acuso? ¿No tenia yo bastante razon para obrar por mí mismo?... Berners no ha hecho mas que seguir sus inclinaciones; pues por qué he obrado yo contra las mias? Yo padezco, yo sufro.... y yo lo he merecido!...

Un largo silencio siguió á esta exclamacion; mas luego la imagen

de Mariana se presentó á su memoria. Ah! dixo, ¿como he podido yo suponerla culpable, quando sus acciones, sus miradas, sus palabras, quando todo en ella justifica la inocencia de su corazon? Y su hermano!.. El tiene honor mientras que yo!...

Varios golpes á la puerta de la calle interrumpieron las reflexiones de Federico, y un momento despues pareció Berners, que no extrañó poco el verle alli.

San-Austyn quiso contener sus preguntas, y se apresuró á decirle que habia tenido la fortuna de socorrer á un anciano que habia caido del caballo en que iba, y que á ruego suyo le habia acompañado hasta Londres.

Ved ahí un beneficio por el qual los herederos de ese buen hombre probablemente no os darán gracias, dixo Berners. Yo esperaba que

vuestra misantropía habria desaparecido, y que continuaríamos vi-
viendo juntos como antes.

Federico se ciñó á decirle que sus intenciones eran siempre las mismas: y despues de haberle hecho algunas preguntas acerca de su nuevo estado, pretextando un gran dolor de cabeza, se retiró á su quarto.

Qué contradiciones en el co-
razon humano! El de San-Austyn se veia aliviado con el mismo suce-
so que lo sumergia en la mas vio-
lenta agitacion. Este desgraciado
joven no dudaba ya que su tia y su
hermana siempre le habian querido.
Por otro lado las sospechas que ha-
bia concebido contra Mariana se
hallaban desvanecidas, y esta ado-
rable criatura jamas habia dexado
de ser tan inocente como bella. To-
das estas ideas difundian una dulce
satisfaccion en el alma de San-

Austyn; pero quando reflexionaba
que se hallaba privado de sus bie-
nes por un largo espacio de tiempo,
y que habia despreciado los medios
de aprovecharse de la amistad del
Coronel, y de las bondades de su
tia, la desesperacion se apoderaba
de todas sus potencias. Un momento
estuvo tentado de ir y arrojarle á
los pies de Madama Stanhope, para
exponerla las funestas consequen-
cias de sus extravíos, confiando á
su generosidad el reparo de ellas;
pero desechó presto este proyecto,
como si fuera un acto de baxeza.

No, no, exclamó, yo no me
envileceré; y pues he prodigado
mis bienes, sepa á lo menos sopor-
tar mis trabajos como hombre de
constancia.

Estas varias reflexiones le acom-
pañaron á la cama: y pensando no
obstante en el sacrificio que habia
hecho para extinguir sus deudas,

sentia aquella satisfaccion interior que es el premio de un acto de justicia, y que indemniza de muchas penas.

Al otro dia, despues de haber escrito á Gertrudis, fué él mismo á casa del Coronel á llevarle la carta, como se lo habia prometido. Este no se habia levantado todavía, porque la fatiga del dia ántes le habia hecho quedarse en cama hasta mas tarde de lo que acostumbraba. Su criado dixo á San-Austyn que tenia órden de suplicarle se aguardase, y asi lo hizo. Apenas habia cinco minutos que estaba en la sala quando Mis Southern entró en ella sin saber que hubiese alguien. Por una y otra parte fue igual la sorpresa; pero San-Austyn tomó la palabra el primero, y la dixo:

Me alegro mucho de veros, Mis: bastantes veces me he acordado de

vos; pero jamas he podido saber á donde os habiais retirado despues que vuestra madre murió; cuyo accidente no supe hasta Knightsbridge á donde iba con la intencion de hacerla una visita. Os babeis casado? le preguntó Federico; y habeis olvidado la promesa que os hice quando me mudé de vuestra casa? Ah! señor, respondió Betsey llorando, yo no la olvidaré jamas aunque haya perdido el derecho de reclamarla. Las obligaciones que os debo jamas se borrarán de mi memoria: vos quisisteis separarme de los peligros que me amenazaban, y no he sabido, ni tenido la dicha de evitar el abismo abierto baxo de mis pies: en él me he precipitado, y tengo que echarme en cara toda mi vida el haber sido causa de la muerte de mi buena madre.

Sorprehendido San-Austyn de lo

que oia sospechó al instante que Berners habia seducido su inexperiencia. Mi querida Southern, la dixo, yo espero que mi amigo Berners.....

Ah! señor, le interrumpió Betsey, no llameis amigo vuestro á ese monstruo. La amistad no puede existir entre dos personas de caractéres tan opuestos. Yo os he conocido generoso, sensible, y me hubierais libertado si yo hubiera podido serlo. Ahora me hallo convencida de que no dexasteis la casa de mi madre sino por alejar de ella y de mí á ese Berners. Vana precaucion! El desalmado queria perderme, y lo consiguió. Veo, le dixo Federico, que los agravios que os ha hecho son enormes; pero si hay algun medio de repararlos, yo os aseguro que él no lo reusará. Repararlos! dixo Betsey, mas quiero morir que volver á ver un mons-

truo semejante! Yo no quiero nada para mí: pero á lo menos que haga justicia á vuestra hermana, que desmienta lo que de ella se ha atrevido á decirme, y que haga ver la falsedad del escrito que me ha manifestado.... Jesus! qué decis, Mis? Bien conozco, dixo Federico, la grande amargura que vuestras desgracias habrán dexado en vuestra alma, pero respetad la verdad. Ah! sin duda, yo merezco ser creida, dixo Betsey. Pero no habeis visto á Mis San-Austyn? No os ha dicho.... Qué? preguntó sobresaltado Federico. Lo que yo misma la he contado, sin conocerla, dixo Betsey: y á su generosa compasion debo la vida.

Federico á fuerza de preguntas supo presto todo lo que Mis Southern estaba en estado de contarle sin reparo, imaginandose que el hermano de Mis San-Austyn no de-

bia ignorar el secreto que Montgomery le habia encargado á ella.

La admiracion de Federico se adivina mejor que se explica. Sin embargo procuró ocultar á Mis Southern la impresion que le habia hecho lo que le habia contado. Yo os felicito, la dixo, por vuestra situacion actual, porque os pone al abrigo de nuevos peligros. Vuestro tropiezo, mi estimada Betsey, se olvidará si sirve para haceros mas mirada en lo sucesivo. Siempre me hallareis dispuesto á servirlos si me proporcionais ocasiones para ello; pero os suplico no digais á nadie lo que hemos hablado. Como Berners ha sido mucho tiempo amigo mio, debo desear que nos expliquemos sin publicidad. Yo no he visto ni á mi tia, ni á mi hermana, ni tampoco he tenido noticias suyas desde los sucesos que me habeis contado, y presumo que á

Mr. O'Bryen le suceda lo mismo. El sabe solamente que yo quise quitarme la vida, y Mr. Montgomery le ha ocultado la causa, le dixo Mis Southern. ¿Me prometeis, la preguntó Federico, tener callado lo que ha pasado entre nosotros? Sí señor, le respondió Betsey, con tal que Mis Montgomery no me lo pregunte; porque jamas me resolveré á engañarla. Tampoco lo exijo yo, la dixo Federico. Pero fuera de ese caso cuento con vuestra discrecion. El Coronel no debe hablar de mi visita á su sobrina antes de su vuelta al campo. Entónces queda desempeñada ya vuestra palabra.

Apenas Mis Southern salió de la sala, quando el criado del Coronel vino á decir á Federico que su amo le esperaba.

Quando Mis Southern se halló sola reflexionó sobre la conversa-

cion que acababa de tener con el hermano de Mis San-Austyn: y poco avisada para poder sospechar quales podian ser las resultas de lo que habia revelado, se ciñó, y resolvió ser mas cauta en lo sucesivo, pues que Federico, y Montgomery se lo habian encargado, y asi lo querian.

CAPÍTULO XIV.

Las hazañas de los hombres á la moda acarrear á veces frutos bien amargos.

Federico tenia gran cuidado de ocultar al Coronel lo que pasaba en su alma; pero en vano intentaba aparentar tranquilidad. Todos sus esfuerzos no conspiraban á otra cosa sino á darle un cierto ayre de sujecion; y Berners era quien le tenia fuera de juicio, no pudiendo

creer lo que acababa de saber acerca de su conducta. Posible era sin duda que los ultrajes de que tenia que quejarse mis Southern, la hubiesen indispuerto hasta el punto de exágerar los agravios de su seductor; pero la promesa de casamiento era un hecho positivo que ella no podia haber imaginado: si esta promesa exístia, Federico no podia menos de creerla verdadera. Estas reflexiones le traxeron á la memoria diversas circunstancias, en especial la de la conducta de Berners quando supo que Gertrudis, por cláusula del testamento de su madre, quedaba dependiente de su tia.

El Coronel advirtió las distracciones de Federico: pero ignorando su verdadera causa, se esforzó á animarlo con la esperanza de una reconciliacion muy pronta con su familia.

A propósito, le dixo el Coronel,

¿por que casualidad nuestro tunante ha tomado la profesion de las armas? Gentes como él deshonoran siempre la casaca militar. Yo no creo, dixo Federico, que sea cobarde, sin defenderle mas como otras veces. Sí, dixo el Coronel, yo creo que tiene la cabeza caliente; pero entre esto y el verdadero valor hay una diferencia infinita. En lo demas, como no es mal parecido hará muy bien el servicio cerca de las damas. Lo que no me gusta es el ver á semejantes maricas mandar á hombres guapos que han gastado su juventud y sus fuerzas en servicio de su patria.

Federico entregó al Coronel su carta para Gertrudis, y este le dixo yo mismo se la daré; pero todavía no marcharemos mañana. Un dia mas me es necesario para restablecerme enteramente. Mariana no sabe mas, sino que tengo una fuer-

te jaqueca. Yo la dexaré en su ignorancia hasta que estemos en el campo. Supuesto que no partis mañana, le dixo Federico, podré traer otra carta. Yo os esperaré, dixo el Coronel, y tendré cuidado de que no esten aquí las mugeres, como hoy. Yo no quisiera sin embargo, añadió Federico, privaros de la compañía de vuestra amable sobrina. No os inquieteis por eso, le respondió el Coronel. Yo deseo ardientemente veros en buena inteligencia con vuestra tia, y nada me quedará que hacer por contribuir á tan feliz reconciliacion. En separandoos del bribon de Berners habeis tomado el partido mas seguro para volver á su amistad y confianza.

San-Austyn dexó al Coronel lo mas pronto que le fue posible, despues de haberle dicho que volveria al dia siguiente. Quando entró en

su casa no halló en ella á Berners, y se alegró tanto mas de ello, quanto las explicaciones que debia pedirle exígian mas sangre fria que la con que se hallaba entónces. El sabia que su mentor, tan afecto al juego como al sexó femenino, era un hombre disipado en toda la extension del término. Pero que hubiese ido á abusar de la inexperiencia de su hermana, era una perfidia imperdonable. Desde entónces la indignacion y el desprecio no permitieron ya que la voz de la amistad se hiciese oír, ó mas bien Federico la desterró de su corazon como una vergonzosa debilidad. Previendo que no vendria tan presto envió su criado á varias partes que solia ir, pero no le hallaron. San-Austyn tomó el partido entónces de pasar á casa de su apoderado, y no volvió hasta bien tarde. Berners, que al fin supo que Fe-

derico le hacia buscar por todas partes, se dió prisa á venirse á casa, no imaginando el recibimiento que le preparaban. San-Austyn habia llegado un momento antes, y no dexandole tiempo de hablar, le dixo: me alegro de que hayais vuelto, Berners. Os esperaba con impaciencia, é impaciencia muy grande. Una de dos, ó bien os han calumniado atrocmente, ó yo soy ultrajado como jamas lo he sido. Berners no estaba preparado para este ataque; y así á pesar de su audacia acostumbrada, no pudo menos de hallarse cortado.

Calumniado! dixo sin embargo despues de algun silencio. Nombradme, os suplico, la persona officiosa que me hace tanto favor, que yo sabré darla las gracias. Lo que sé, dixo Federico, lo sé por una muger..... por Betsey Southern.... Federico miraba atentamente á Ber-

ners, que al oír este nombre se turbó.

Betsey Southern! exclamó Berners..... La cosa es imposible: sé de cierto que murió. Esa certeza, le replicó Federico, debe ser muy reciente, porque siempre que os he preguntado por ella me habeis dicho, que ignorabais su suerte. Me parecia poco necesario responder á preguntas que no os interesaban inmediatamente, le repuso Berners ya picado. Si he querido á esa muchacha, y ella me ha querido, eso no os importa ni á nadie de este mundo. En este asunto, le dixo Federico, es cierto que no tengo otro interés que el que debe tener el hombre menos sensible hácia la desgraciada víctima de un vil seductor. Pero hay otro que me toca mas de cerca: si sois hombre de honor vais á responderme sin rodeos. Observad Berners que estoy

tranquilo; y procurad estarlo tambien vos. Apenas puedo creer lo que se me ha dicho; y me atengo á vuestra confesion. ¿Es verdad que habeis recibido una promesa de casamiento de Gertrudis? Si fuera asi, en qué quedabais ofendido? le dixo Berners. Cómo! le replicó Federico, empeñar una niña sin experiencia á hacer una cosa semejante á escondidas de su familia! ocultarmelo, ocultarmelo quando me llamais vuestro amigo! ¿Se aviene bien vuestro honor con tanto doblez? Gertrudis es inexcusable sin duda; pero un seductor de veinte y nueve años tiene demasiada ventaja sobre una niña de diez y siete. Gracias á la prevision de mi madre, esta promesa no os sirve de nada; y asi me hareis el favor de entregármela. En la vida saldrá de mi poder, dixo Berners. Madama Stanhope puede obligar á vuestra hermana

á violar sus juramentos; pero yo conservaré á lo menos esta prenda de su afecto. Sí, sin duda, le respondió Federico, para manifestársela á la primera víctima que seducireis, como una obligacion que os es imposible romper! En fin cayó la máscara, y yo veo ahora el que sois. ¿Habeis podido creer, á pesar de mi ceguedad, que dexaria yo pasar á mi hermana á los brazos de un hombre que es el desecho de los prostituidos de Londres? Yo he sido un loco en prodigar mis bienes, en destruir mi salud, entregandome á toda clase de desarreglos, que en el fondo me causaban horror; pero jamas será tan vil que consienta el sacrificio de mi hermana. No Berners, todavía no me habeis hecho tan familiares vuestros perversos principios, que yo sea capaz de olvidarme hasta ese punto de quien

soy; para eso era necesario que muy de antemano me hubierais amasado á vuestro baxo modo de pensar. Á mí, dixo Berners, no se me trata asi impunemente! Llamarme loco, simple, aturdido, convendré en ello; pero convenid vos, ó Berners, le repuso Federico, en que si el uno de los dos es un infame, un cobarde, y un hipócrita, lo sois vos. Tregua, dixo Berners: pronto estoy á daros satisfaccion. Y podeis acaso darme? le respondió Federico. ¿Os justificareis jamas de haber abusado de la ninguna experiencia de mi hermana, y de haber mirado esta accion como un gran trofeo? ¿Os justificareis conmigo de no haber tenido reparo en ultrajar de este modo y con tanta perfidia una familia que con tanta generosidad os buscó, os trató, y os estimó? Hubo un tiempo en que no cono-

ciendonos todavía , hubiera tenido vanidad de llamaros hermano. Ah! quantas gracias doy á la feliz casualidad que os ha quitado la máscara! De qué sirven esas quejas? dixo Berners. Indicadme la hora y el parage donde debemos vernos, que allí me hallareis. Mañana á las seis de la mañana , dixo Federico , sobre la altura de Primrose. Aquel lugar que fue testigo de mi vergüenza , espero lo será de mi justa venganza.

Federico salió del quarto, dexando en él á Berners , que un momento despues se fue de la casa.

Aunque la noche estaba ya bien entrada, San-Austyn fue á buscar al capitan Watson , que le habia servido ya de padrino quando su desafio con Montgomery , y le suplicó le hiciese el mismo favor al dia siguiente ; lo que este le pro-

metió, no sin haberle manifestado la mayor sorpresa sabiendo que era Berners con quien debia reñir. Watson era un militar alegre , pero muy honrado. Servia en el cuerpo donde Berners habia entrado por la interposicion de San-Austyn, cuyo proceder generoso en esta ocasion no se habia podido tener tan oculto como él deseaba ; y asi, luego que Watson se hubo separado de Federico , fue á buscar á Berners y al fin le encontró en una casa de juego donde pasaba ordinariamente gran parte de la noche. Habiendole llamado aparte le contó la visita que le habia hecho San-Austyn, y el empeño en que con él se hallaba ; pero añadió que no lo cumpliria sino con sentimiento, despues de haber hecho los mayores esfuerzos para componer aquel asunto sin llegar á las manos.

Yo creo , continuó el Capitan,

que vos le debéis vuestra actual colocacion. Esta es una prueba de afecto y de generosidad poco comun, con respecto, sobre todo, al menoscabo y desarreglo actual de sus negocios: porque aseguran que se halla medio arruinado; y yo sé con mucha certeza que está próximo á vender sus coches y sus caballos. Sin instruirme á fondo del motivo de vuestra querella, me ha dicho lo bastante para conocer que vos habeis obrado muy mal con él. Creedme, amigo, este negocio no os puede hacer jamas honor. Las obligaciones que yo pueda deber á San-Austyn, dixo Berners, son despreciables y nulas desde el momento que las saca á pública palestra; pero de todos modos es una deuda que he contraido, y por lo mismo me daré priesa á satisfacerla. San-Austyn, dixo el capitan Watson, jamas ha mentado tal co-

sa. Lo que yo sé en el particular me lo ha dicho mi hermano, con quien tuvo que tratar para obtener la plaza que disfrutais. Yo pienso como vos acerca de le necesidad en que os hallais de satisfacerle lo que le debéis, y esta restitucion debia preceder, segun mi parecer, á vuestro desafio. La cosa es imposible, dixo Berners; porque estamos empeñados para las seis de la mañana siguiente; asi, camarada, es inútil que hablemos mas sobre el asunto. El capitan Watson no insistió en ello, y se separaron.

CAPÍTULO XV

Lo que es el honor á la moda.

San-Austyn y el capitan Watson llegaron al sitio señalado un poco antes de la hora indicada.

Berners fue algunos momentos despues acompañado de un joven con quien habia hecho amistad recientemente. El Capitan volvió á querer cortar el asunto, pero fue en vano. Federico y su adversario hicieron fuego casi á un tiempo sin haberse tocado. Al segundo tiro la bala de Berners raspó un poco el brazo de San-Austyn, el qual mas feliz hirió gravemente á Berners en la cadera, y cayó á tierra sin conocimiento. El capitan Watson que acudió á socorrerle, asi como Federico, estrechó á este á que se pudiese en salvo.

Retiraos al instante, le dixo, y enviadnos las primeras gentes que encontréis para llevar este miserable á donde puedan curarle. Dentro de dos horas iré yo á buscaros, y pensaremos en el partido que debeis tomar.

San-Austyn siguió el consejo del

Capitan; y al cabo de algunos minutos de marcha vió á dos labradores que iban á su trabajo, y les dixo: detras de los árboles que cierran esta pradera encontrareis un hombre que necesita le socorrais, con dos amigos suyos que os indicarán lo que conviene hacer. Tomad dos guineas en recompensa del trabajo que tengais.

Guiados por un efecto de humanidad, ó si se quiere por el oro que se les habia dado, los labradores corrieron al parage que Federico les habia indicado, mientras este marchaba precipitadamente á Londres, turbado su corazon, y agitado su espíritu. Tan justa y natural como la vispera le parecia la venganza, tan espantosos y sangrientos le parecian ahora sus efectos.

Llegado á Londres dió orden á su criado de quitar de enmedio to-

dos sus efectos, y conducirlos á una posada que le indicó, y seguidamente fue á casa de su apoderado, á quien dexó dinero y varios convenios para acabar de satisfacer sus deudas.

El capitan Watson volvió á buscarle, como se lo habia prometido. Berners vive, le dixo; pero el cirujano no se atreve á responder de su cura, porque la herida que ha recibido le parece muy peligrosa. Despues que le trasladamos á un parage seguro, le hemos suministrado todos los socorros que exígia su estado. La opinion del cirujano, que se empeñó en saber, le ha hecho mas impresion que yo creía, atendiendo á su carácter. Se ha desmayado segunda vez; y quando volvió en sí, me dixo: Capitan, conozco que es preciso morir, y que yo he merecido lo que me pasa. San-Austyn es excelente

hombre. ¿No podriais componer con él que viniera á verme un momento?

Yo le hice presente que no podiais darle esta satisfaccion sin comprometer vuestra seguridad, y que os habia aconsejado pasaseis á Hamburgo hasta que él estuviese fuera de peligro. No insto mas, dixo Berners. Yo he querido ver á San-Austyn para entregarle un papel que solo puedo poner en sus manos. Desdichado! dixo Federico con emocion. Yo me decido á verle, cuésteme lo que me cueste. Eso no es necesario, le dixo Watson, dexadme acabar. Yo le he dado mi palabra de honor de que me encargaria del depósito que quisiera confiarme. Entónces me suplicó sacase de su cartera un escrito, le pusiese una cubierta, y os lo entregase. Aqui le teneis: y si en alguna otra cosa puedo serviros, no ten-

gais reparo en valeros de mí.

San-Austyn dió muchas gracias al capitán Watson, que apremiándole á que no difriese su marcha, le ofreció darle noticias de Berners.

Es absolutamente necesario, le dixo Federico, que yo vaya á Yorkshire antes de salir de Inglaterra; y así os suplico me dirijais allí las cartas hasta nueva orden. ¡Quiera mi fortuna que yo pueda pagaros las obligaciones que os debo en este desgraciado asunto!

Luego que el capitán Watson marchó, San-Austyn abrió la carta que le habia traído de parte de Berners, y halló ser la promesa de casamiento escrita de la mano de su hermana. Hija imprudente! exclamó; permitirse un paso tan inconsiderado á escondidas de su familia!.... Y sin embargo, añadió despues de un momento de silencio, ¿soy yo quien debo hacerla seme-

jantes reconvenciones? Ella no tenía hermano que la protegiese, ó cuya conducta pudiese servirla de modelo! Sin duda creía cosa muy natural que mi amigo fuese el suyo. ¿Tengo pues derecho para quejarme? Yo he intentado seducir la hermana de Montgomery: el agente de que me valí para conseguir mi intento, ha empleado su industria para perder á la mía. De qué peligro no se ha librado la imprudente! porque yo no imagino, despues de lo que ha sabido, que ella haya podido conservar la mas pequeña estimacion á un hombre semejante. Por otro lado, Montgomery está instruido de todo: él sabe hasta que punto fui el juguete de un ente vil, por cuyas instigaciones he dilapidado mi fortuna, expuesto mi vida, y conspirado contra la suya. ¡Quan horrible es la situacion del que obra contra sus prin-

cipios, y contra su conciencia!
 ¡Quándo todo me imponía la obligación de romper con Berners, afectaba estrechar mas los lazos que me unían á él! ¡Yo he ultrajado al hombre cuya justicia, amor y honor me obligaban á buscarle por amigo! Ah! Montgomery, quan vengado quedas!

Acordandose Federico de que habia quedado citado con el Coronel, se dió prisa á poner una cubierta á la promesa de casamiento, y dirigirla á Gertrudis con el siguiente billete.

“Desde mi última de ayer he hecho un descubrimiento que me ha llenado á un tiempo de indignacion y de vergüenza. Ahora mismo que tengo á la vista la firma de Gertrudis San-Austyn apenas puedo creer que ella haya podido entregarse á este exceso de imprudencia. Que yo haya sido el amigo de Berners, lo confieso avergonzado, es

cosa inaudita, porque sabia que era un jugador y un libertino; pero sin embargo, creyendo que me profesaba amistad, poco me importaban sus vicios. Mi indiferencia sobre esto me ha costado bien cara. Si vos hubierais sido mas dichosa lo hubierais debido á la prevision de mi madre. No os hago la injusticia de suponer que conservareis un solo instante la menor estimacion á un miserable que os ha arrancado una imprudente promesa, y que se ha servido de ella para consumir la ruina de otra muger. No os quejeis de mis reconvenciones: sé muy bien la indulgencia que merecen vuestra poca experiencia y vuestra corta edad; pero aqui se trata de vuestra felicidad, y me horrorizo de pensar que habeis estado en el borde del abismo, y que mi ceguedad ha ocasionado tal vez el vuestro. A Dios, mi querida ami-

ga: tened una entera confianza en Madama Stanhope, ese es el único medio de ser feliz." — San Austyn.

P. D. A pesar del gusto que tendria de veros ántes de dexar la Inglaterra, es preciso que me prive de esta satisfaccion. Si me amais tanto que tengais la bondad de escribirme á Yorkshire, donde permaneceré algun tiempo, os lo agradeceré infinito.

El Coronel se hallaba mucho mejor que la víspera; estaba solo quando San-Austyn llegó, y la turbacion demasiado visible de este no se le escapó. Qué teneis pues? le dixo: ayer advertí en vos una agitacion extraordinaria, y hoy aun es mayor. Si vuestras inquietudes dependen de vuestra familia, dexadme hacer que yo lo compondré todo. Si se trata de otra cosa confiadmelo: yo no soy de aquellos amigos del dia, que se dedican

á serviros quando sois afortunado, y huyen si sospechan que los necesitais. En mí teneis un hombre franco y leal, á quien no asustan las dificultades, que quiere tomar parte en vuestras penas, y que os estimará mas y mas mientras mas lo necesiteis. Ah! mi Coronel, exclamó Federico, yo no puedo explicaros hasta donde llega mi reconocimiento á vuestros reiterados favores. Vamos, vamos, le respondió Mr. O'Bryen, tratadme como amigo, y no como á un extraño. Quiero contaros lo que me sucedió á vuestra edad. Yo tenia la bella gracia de jugar, y una noche perdí una suma considerable. Pedir á mi padre dinero era cosa inútil, porque aunque hubiera querido darmelo no habria podido, mediante á que mi pérdida fue hecha antes de la muerte de un tio que le dexó todos los bienes de que yo go-

zo actualmente, y entónces vivia bien estrecho. Todo mi recurso fue empeñar mi paga: habladme con franqueza, San-Austyn; si la fortuna os ha jugado algun chasco de este género, lo mismo es pedirme á mí que á otro. Yo he reservado una suma considerable, con la intencion de ponerla á interes, ha-ceos cargo de ella, y me hareis, asi como á mi sobrino, gran favor, y nada atrasará ya vuestra reconciliacion con vuestra familia. Tanta bondad, le dixo Federico, me avergüenza, y me faltan las palabras para agradecerla; pero diciendos la verdad, no necesito dinero. Cómo! le replicó el Coronel, no hay deudas de honor? En ese caso perdonad, amigo, pues valeis mas de lo que habia pensado. No dexeis vuestra opinion, le dixo Federico, porque tambien he tenido mi buena parte de esta especie

de deudas, pero todas han sido satisfechas, y asi no cuento tener ninguna mas de esta especie. Hareis muy bien, le respondió el Coronel; pero si no teneis mas deudas de honor, ¿no os quedarán algunas obligaciones vulgares que casi es imposible dexar de contraer, como ciertas cuentas, cuyo pago es ejecutivo? Todas estan pagadas, respondió Federico, ó lo serán en breve, pues he dexado fondos para este objeto á mi apoderado; y asi no me resta mas que renovar mi agradecimiento, y deseáros toda la felicidad de que sois digno. Esta noche dexo á Londres, y dentro de poco la Inglaterra segun toda apariencia. Ved ahi, le dixo el Coronel, un bello plan á fe mia! ¿No os he dicho ya que vuestra tia celebrará mucho ver que os acercais á ella? Qué diablo de hombre! ¿Habeis formado el proyecto de

que ella vaya corriendo detras de vos? En el dia, dixo Federico, me sería imposible sostener su vista. Locura hecha y derecha amigo, le repuso el Coronel. Vamos, fuera caprichos; yo me estoy deshaciendo por veros reconciliado con Madama Stanhope, y ligado en amistad con Alberto. Este, bien seguro estoy, hará si es necesario para ello las tres partes del camino. Yo sé, dixo Federico, que Mr. Montgomery tiene un alma bella. Tened á bien decirle, que me hago honor en reconocer mis faltas con respecto á su persona; que le doy gracias por la correccion que dió justísimamente á un botarate, y la leccion que asimismo dió á un loco. ¡Que me cuelguen ahora mismo, dixo el Coronel, si yo entiendo una palabra de todo eso! Explicaos, si gustais, pues sino creeré habeis perdido la cabeza. Vos convendreis,

le dixo Federico, en que Berners es un botarate;... y en quanto á loco, quién lo ha sido mas que yo?

El Coronel abrió mucho los ojos, y lo miró sin decirle palabra; y Federico continuó: añadid á vuestras bondades conmigo la de representar á Mis Montgomery que gemiré toda mi vida haber cedido á las insinuaciones de Berners, y haberla hecho un insulto que mi razon y mi corazon desaprobaban. Quando la hablé de mi arrepentimiento este era sincero, y en su mano estaba sacarme del abismo; pero yo no tenía derecho alguno para contar con su generosidad, pues que conocia mi carácter, mis conexiones y mis vergonzosas costumbres. Ha desechado mis súplicas y mis votos, y debió hacerlo. ¡Permita el cielo que sea tan dichosa como merece, y yo lo deseo! y vos, Mr. O'Bryen, que os habeis dedicado á proporcionar-

me el camino de ser dichoso, habeis aumentado mis penas, sin pensarle, indicandome la ruta que podia guiarme á la felicidad, y que yo he despreciado para caer en un abismo, de donde jamas.....

San-Austyn no pudo acabar, porque la violencia de su conmocion le ahogaba la voz. Iba á retirarse; pero el Coronel enternecido le detuvo por la casaca.

No, San Austyn, le dixo, no me dexareis asi: pero qué teneis en los bolsillos? Pistolas!..... Hay amigo! qual es vuestra intencion? Meditariais acaso un suicidio! Por mas desgraciado que soy, dixo Federico, jamas pienso conspirar contra mis dias. ¿Pues á que vienen esas pistolas, le repuso el Coronel, mirandole con inquietud?

No estan cargadas, respondió Federico, poniendolas sobre una mesa; y el Coronel las examinó, á

ver si le engañaba. Oh! exclamó, en esta pistola hay sangre! Qué habeis hecho esta mañana? Si sois mi amigo respondedme francamente.

La tal pistola se le habia caido á Federico quando corrió á socorrer á Berners. El capitan Watson que la habia recogido, se la entregó, diciendole que se retirase. En esta turbacion, ni el uno ni el otro advirtieron que habiendo caido en la sangre que corria de la herida de Berners, estaba todo el cañon manchado de ella.

Viendo San-Austyn que no podia ocultar lo que le habia sucedido, dixo entónces: Ah! yo he castigado á un traydor, y estoy desesperado de que haya recibido de mi mano el premio de sus infamias! Quién? Berners? preguntó el Coronel. Berners, le respondió Federico. Parece que ese hombre, dixo el Coronel, no ha nacido sino para

desgracia vuestra. El mundo no perderá nada con su muerte, pero hubiera sido mejor que una bala de cañon nos hubiera libertado de él. Por lo demas, puede ser que no esté herido gravemente; y en ese caso le habeis hecho un favor, á menos que el perillan no sea un diablo encarnado. Pienso que su herida no sea mortal, dixo Federico. Y por qué pues no os quedais aqui? le preguntó el Coronel. Facil será echar tierra á este asunto; pero entretanto bueno es que esteis oculto. Por eso os dixe, repuso Federico, que esta noche salia de Londres. Escuchadme San Austyn, le dixo el Coronel; yo pienso que me creeis amigo vuestro: pues seguid mi consejo; marchad esta noche á Blackwood, que bien seguro estoy de que nadie irá allí á buscaros. Montgomery os recibirá con los brazos abiertos.

Mi criado estará á caballo dentro de un quarto de hora para ir á prevenirle que debeis llegar; Madama Stanhope no sabrá nada de lo que ha pasado hasta que todo se haya compuesto. ¡Generoso amigo! exclamó Federico, apretando afectuosamente la mano á Mr. O'Bryen, sea la que fuere la suerte que el cielo me prepare, jamas olvidaré tantas bondades; pero permitidme no acepte en esta ocasion vuestras ofertas. Yo me propongo partir esta noche para ir á Yorkshire: y quando haya concluido allí mis asuntos, pasaré á Newcastle, donde pienso embarcarme para pasar al continente.

El Coronel insistió en su idea, pero sin fruto, porque Federico estaba ya resuelto á seguir la suya, y le ofreció escribirle luego que llegase á Yorkshire, dexandole antes de separarse de él su

segunda carta para Gertrudis.

Mi carta de ayer, le dixo Federico, anterior al descubrimiento que ha ocasionado mi desafio con Berners, no contiene explicacion alguna que sea necesaria para la inteligencia y objeto de esta. Sin embargo me hareis gran favor en no hablar de este asunto hasta que sepamos sus resultas. Todo se hará como lo deseais, le dixo el Coronel, apretandole la mano. Federico despues de haberle dado las señas del alojamiento de Berners, y del capitán Watson, se despidió de él, y fue á casa de su apoderado, donde su criado le aguardaba.

CAPÍTULO XVI.

Promesas obtenidas.

Luego que el Coronel se halló solo se puso á discurrir qual sería

la causa de que Federico hubiese tomado tan pronta venganza de un hombre que la víspera miraba todavía como su mayor amigo; pero con toda su penetracion no pudo conseguirlo. Pobre mozo! decia, yo no he querido estrecharle demasiado; la llaga está reciente, y no conviene irritarla; pero visto el suceso, retardaré mi viage algunos dias para tomar alguna luz. Si muere Berners, yo podré ser útil á San-Austyn: este es el deseo de Madama Stanhope; aunque ha tratado á Mariana como sabemos, no quiero se diga que el coronel O'Bryen pudo sacarle á salvo, y no lo hizo.

Mis Montgomery, á su vuelta, no quedó menos sorprendida de saber que su salida de Londres se habia diferido. Bien hubiera querido saber la causa; pero viendo que su tío la reservaba, no se

atrevió á preguntársela.

Al otro dia salió temprano el Coronel, y fue á buscar al capitán Watson, por quien supo que el estado en que Berners se hallaba daba algunas esperanzas; que le habian extraido la bala, y que si habia algun riesgo, este provenia de la gran cantidad de sangre que habia perdido el herido. En quanto al motivo de la querella, el Capitan no se hallaba en estado de satisfacer su curiosidad; este sospechaba no obstante que se trataba de alguna afrenta que Mis San-Austyn habia recibido.

Apenas lo creo, dixo el Coronel. Mas bien presumo que la afrenta tocaba inmediatamente al mismo Federico, porque ni este, ni Berners no han visto á Gertrudis despues que murió su madre. Eso puede ser, dixo el Capitan; sin embargo yo me mantengo en mis

trece. San-Austyn puede haber cometido alguna imprudencia, pero es un excelente mozo.

El capitán Watson instruyó en pocas palabras á Mr. O'Bryen del proceder generoso de Federico, relativamente á la plaza que habia procurado á Berners. Dandole gracias el Coronel por sus informes, los quales le unian mas y mas al sobrino de Madama Stanhope; le anunció una visita para el dia siguiente, y se separaron muy satisfechos el uno del otro.

Al cabo de siete ú ocho dias Berners fue declarado fuera de peligro. El Coronel y Mariana salieron de Londres para volver á Dorsetshire; y Mistris Mosely y Betsey Southern debian seguirles muy en breve.

Madama Stanhope y su sobrina, bien léjos de sospechar lo que retenia en Londres al Coronel, em-

pleaban sus ratos desocupados en inocentes placeres. Montgomery estaba frecuentemente con ellas, y no contribuía poco á su diversion con su franqueza y buen humor. Insensiblemente Gertrudis se hallaba con menos sujecion en su presencia. Aunque la memoria de su imprudencia, de que les habia instruido, la hizo poner colorada varias veces, él tenia tanta finura y delicadeza en su conducta, que al momento se serenaba. El Coronel y su sobrina, á quienes esperaban con impaciencia, llegaron por fin. Despues de felicitarse mutuamente por esta reunion, les preguntaron, qué motivos los habian detenido tanto tiempo en Londres.

Si Mariana no hubiera tenido cuidado de escribir exáctamente, dixo Alberto, habria pensado que alguno de los dos estaba malo; y aun asi, mas de una vez estuve ya

con el pie en el estribo para ir á veros. Muy bien hubierais hecho en ceder á esa tentacion, dixo el Coronel: vuestra presencia tal vez no habria sido inútil. Y la razon, señor tio? Oidla, señor sobrino. Yo debo la vida á un joven, á quien vos tambien debeis algunas obligaciones, y hubiera querido veros á mano de darle pruebas de vuestro reconocimiento. Explicaos, tio, si gustais, dixo Alberto, porque nos teneis con cuidado á todos, y hasta la misma Madama Stanhope.... Yo sentiria causar la mas ligera inquietud á Madama Stanhope, dixo el Coronel. El hecho es que, sin la pronta asistencia de un joven, vuestro tio estaria muerto; y su testamento no estaba todavia firmado, y asi perdiais mucha parte de sus bienes. Tio, dixo Mariana, por qué me habeis ocultado el peligro en que os hallasteis? Qué fue lo que

os sucedió? Yo fui á comer, dixo, con el buen hombre de Vansittart; nuestros comentarios sobre la batalla de Minden nos secaban el gaznate hasta el punto, que para humedecerle, yo particularmente bebi algo mas de lo que debia beber un hombre que habia de volverse á caballo. La maldita bestia me arrojó á la mitad del camino; quedando yo tan aturdido de la caida, que me habria dexado despachurrar de un coche que pasaba en el mismo momento, si un joven no hubiera acudido á socorrerme, apartando los caballos con una celeridad y destreza que me han salvado la vida. Razon teneis, dixo Alberto, para decir que le debo grandes obligaciones; y se me hace tarde saber donde podré encontrarle para dexarle convencido de mi reconocimiento. Muy dificil me sería el decíroslo, respondió el Co-

ronel. El pobre mozo es desgraciado, y creo que en este momento haya salido de Inglaterra. Ahora me acuerdo, dixo Mariana á su tio, que os quejasteis de un gran dolor de cabeza la última vez que comisteis en casa de Mr. Vasingtart; pero nadie os acompañó quando volvisteis. El tal joven volvió conmigo de Kew, dixo el tio; fuimos juntos á casa de mi escribano, donde firmó mi testamento en calidad de testigo. Despues me conduxo, casi á pesar mio, á casa de un cirujano para que me reconociese, y solo advirtió este una ligera contusion: desde allí me acompañó hasta mi puerta, y se despidió, deseandole yo una buena noche. Buena noche! repitió Alberto: él debia esperar mucho mas de parte de Mariana, y de la mia sobre todo. No os he dicho que es desgraciado? repitió el Coronel. Parece que

sus infortunios son en algun modo efecto de su poca conducta, porque sus remordimientos son su mayor castigo. Joven, y sin experiencia lo han robado y engañado de todos modos. Su familia indignada ha roto con él; y aunque se porta en el día en términos de poderla apaciguar, él mismo se condena á un destierro. Querido tío, dixo entónçes Alberto, ese joven no pudo venir á residir á Blackwood? Generoso como lo sois, preciso] es que ciertos motivos, que yo no adivino, os hayan impedido el ofrecerle este asilo. Se lo ofrecí, dixo el Coronel, pero no lo aceptó. Pobre mozo! su tristeza me ha penetrado el alma; yo le habria traído, me parece, por fuerza, si no hubiera reflexionado que un hombre tan desgraciado, siempre ocupado en gemir sus errores, no sería un personage muy divertido

para la sociedad de Blackwood. Es posible que hayais tenido esta idea? dixo Alberto. Yo me detestaria á mí mismo si hubiera dado lugar á una cosa semejante. El hombre que ha salvado la vida, al que yo miro como un padre, tiene grandes derechos á mi estimacion y á mi afecto. Nosotros hubieramos reunido nuestros esfuerzos para disipar su melancolía. Nuestra atencion y nuestros cuidados explayandole el corazon le hubieran insensiblemente reconciliado consigo mismo. Soy de la misma opinion que vuestro sobrino, dixo Madama Stanhope; vos nos ocultais seguramente las razones que os han impedido el presentarnos ese joven, aunque no hubiera sido sino para darle gracias. ¡No quiera Dios que juzgemos rigurosamente la debilidad y la inexperiencia! Nuestra obligacion es alargar una mano pro-

tectora al culpable que manifiesta la firme intencion de volver á la virtud. Por mi parte habria tenido el mayor gusto en servir á un hombre que os ha sido tan útil, si es como lo pintais. Nos habriamos esforzado todos, dixo Gertrudis, á reanimar su valor. Yo le compadezco de todo corazon. Ser desgraciado y conocer que se ha merecido esta suerte es doble suplicio. En quanto á mí, dixo Mariana, mirando medio enternecida á su tio, yo lo habria olvidado todo por acordarme solamente de que os habia salvado la vida. Cómo era posible que yo no le hubiese amado? Muy bien, dixo entonces el Coronel; á todos os veo en la disposicion que deseaba; y os acordaré vuestras promesas en tiempo y oportunidad. El hombre por quien las haceis es....San Austyn mismo. Os lo señalo como ami-

go mio, y como mi libertador. Tambien debe ser el amigo de Alberto. En quanto á vos, Madama, sin duda quedareis muy satisfecha de perdonar á vuestro sobrino.

La sorpresa ocasionada por este descubrimiento produjo un largo silencio, y nadie se apresuraba á romperle. Madama Stanhope, cuya fisonomía estaba ordinariamente tranquila, estaba ahora alterada. Gertrudis se deshacia en lágrimas; Mariana estaba pálida, y casi temblando, al mismo tiempo que á su hermano le salian los colores á la cara.

Cómo! todos mudos! exclamó el Coronel. Lo dicho, dicho, yo espero que no os retractareis. San Austyn es un excelente mozo; y se hará digno de todo el interes que le habeis prometido. Si ha dado por aquí y por allí algunos tropezones; yo tambien los

dí quando tenia su edad. Me acuerdo haber leído en un libro, tan bueno como qualquiera otro, que causa en el cielo mas alegría la conversion de un pecador, que la penitencia que hacen noventa y nueve justos. Mi querido amigo, dixo Madama Stanhope, vuestros motivos justifican la sorpresa que nos habeis causado. Mucho me alegro, y no lo dudeis, de que Federico haya merecido vuestra estimacion. Pero para que crea su conversion es preciso me hagan ver que abandonó á Berners.

Eso es precisamente lo que ha hecho, dixo el Coronel: aunque ignoro la causa inmediata de su rompimiento. Pero, perdonad; traigo cartas para Mis San-Austyn, y me alegro de haberlas preparado tan buena acogida.

El Coronel presentó las dos cartas de Federico á Gertrudis. Su

emocion al recibirlas fue observada de su tia, que la dixo se retirase para leerlas mas á su gusto; y Mariana lo hizo asi.

Mr. O'Bryen instruyó entónces á Madama Stanhope y á Alberto de todo lo ocurrido entre él y San-Austyn, sin omitir el desafio y las noticias que habia podido adquirir del capitan Watson. Qual haya sido la causa de la querella, yo lo ignoro; pero estoy persuadido á que no fue sino al dia siguiente de nuestro encuentro, porque aunque estaba separado de Berners por entónces, me habia hablado de él como de un amigo suyo. Watson presume que ha propalado algunas especies ofensivas acerca de Mis San-Austyn. Yo le creo capaz de esta baxeza, dixo Alberto. Mr. San-Austyn ha obrado como hombre de honor; pero si hace mencion de este lance en

su carta, temo no se asuste demasiado su hermana. El me aseguró que no la decia nada, respondió el Coronel, Berners está verosimilmente fuera de peligro; y yo habria llegado al colmo de mis deseos si hubiera podido conseguir que Federico hubiese venido á pasar algun tiempo á Blackwood. Quiera Dios que ese mal hombre se restablezca! dixo Madama Stanhope, porque sería muy sensible que San-Austyn hubiese causado su muerte. En quanto á sus atrasos, yo proveeré sin demora, con tal, Coronel, que él merezca la buena opinion que vos teneis de sus disposiciones actuales. Yo respondo, Madama, dixo el Coronel; pero creo que ha arreglado sus asuntos, porque sospechando, como vos, que tendria algunas deudas pesadas, yo quise ser su único acreedor, y no quiso aceptarlo. Mas presto hubie-

ra logrado mover la torre de Londres que vencer su resistencia.

Despues de esta conversacion que duró todavía mucho tiempo, Alberto y su tio se volvieron á Blackwood. Madama Stanhope que habia ido á buscar á Mariana y Gertrudis, halló á esta hecha un mar de lágrimas. Ah! Madama, exclamó Mis San-Austyn al ver á su tia, preciso es que mi vergüenza y mis pesares resalten sobre quanto amo en esta vida! Ya es evidente que Federico no ha recibido ni vuestras cartas, ni las mias; pero su segunda me hace ver que no ignora mi imprudencia. Leedla, Madama, asi como la primera; y quemad ese fatal papel, añadió, arrojando léjos de ella la promesa de casamiento.

Madama Stanhope tomó las dos cartas de su sobrino, y las leyó para sí. La primera contenia la mas

solemne seguridad de que no había visto ni una letra siquiera despues de la muerte de su madre, ni de ella ni de su tia, aunque no dudaba por lo que Mr. O'Bryen le habia dicho, que la una y la otra le habian escrito. Seguidamente hablaba de la entrada de Berners en el servicio del Rey; de su intencion de dexar la Inglaterra; del encuentro de Mis Montgomery en el teatro, y despues del de su tio; terminando su carta con los deseos mas ardientes de que los unos y los otros fueran felices.

Ya no me queda duda, dixo Madama Stanhope, despues de haber leído la segunda, que quando Federico escribió esta, conocia la traicion y doblez de Berners: sin embargo, solo hay un dia de intervalo entre estas dos cartas. No es factible que haya visto á Mis Southern? Casi, casi estoy tentada de

creerlo. Teneis razon, la dixo Mariana, porque me acuerdo que mi tio dos dias seguidos tuvo el mayor cuidado de hacer que Mistris Mosely y yo saliesemos de casa, diciendonos que queria estar solo para recibir cierta persona con quien tenia que tratar un negocio de la mayor importancia. Inútil fue decirle que yo me estaria en mi quarto, pues esto no le bastó; y asi por obedecerle y complacerle fuí á dar un gran paseo estos dos dias. Si Mr. San-Austyn era el sujeto que mi tio esperaba, es mas que probable que habrá visto á Mis Southern. Sin duda ella se habrá hecho un mérito en no ocultarle nada, pues que confiesa altamente que él ha hecho quanto estaba en su mano para impedir su desgracia: por otra parte podia tambien presumir que estaria ya informado de su desgraciada aventura por

Mis San-Austyn. ; Al fin conoce mi sobrino, dixo Madama Stanhope, la serpiente que ha abrigado en su pecho tanto tiempo! pero temo que acostumbrado á una vida disipada y tumultuosa no tenga bastante constancia para abandonarla. ¿No dice en su primera carta, añadió Madama Stanhope, dirigiendose á Mariana, que os vió en el teatro?

Mis Montgomery contó entónces todo lo que habia pasado en aquella ocasion, y las razones que tuvo para no decir nada á su tio, temiendo no resultase alguna querrela entre ellos. En verdad, añadió Mariana, su tono sumiso me interesó desde luego; pero quando habló de su desafio con Alberto, le miré con cierto horror, y no le escuché mas. Eso era muy natural, dixo Madama Stanhope. Este desafio era sin duda el gran

secreto que el Coronel y Mr. Montgomery habian resuelto ocultarnos quando llegaron aqui. Cierta Madama, dixo Mariana, porque yo me acuerdo tambien que Mr. San-Austyn me habló de mi hermano en los términos mas honrosos, danome á entender quan sentido estaba de lo que habia pasado; pero mi alteracion era demasiado viva para que yo pudiese enterarme de lo que me decia. Ah! exclamó Gertrudis, el cielo proteja á mi hermano! Cómo ha podido sacar ese fatal escrito de las manos de Berners? Si yo he sido causa de un desafio, me tendré por un monstruo! Vuestro hermano, la dixo Madama Stanhope, ha ido á Yorkshire, y Berners se ha quedado en Londres. El Coronel lo asegura.

Oxalá que siempre estuvieran separados! exclamó Gertrudis; y Madama Stanhope la dixo, id á

reposar, y quemad desde luego ese escrito que os ha causado tantas pesadumbres, y olvidémosle todos para siempre. Ó amada tia! dixo Gertrudis, echandose á los pies de Madada Stanhope, y besandola la mano, quiero esforzarme para merecer tantas bondades; porque si algun dia llego á ser dichosa á vos os lo deberé sin duda. Su tia la levantó, la abrazó tiernamente, y la dixo:

Desde el momento que mi hermana me confió vuestra persona, os he mirado como hija. Mi mayor deseo es veros dichosa; esperemos que todo irá bien. A Dios hijas mias, añadió, apretando afectuosamente las manos á Gertrudis y á Mariana: á Dios, tranquilizaos: yo os deseo una buena noche.

Qué alma tan noble y generosa! dixo Gertrudis despues que su tia se hubo retirado. ¡Y vos, mi ama-

da amiga, que afecto y que delicadeza no habeis tenido conmigo! ¡Oxalá que mi pobre Federico os hubiera merecido! Pero compadeceidle á lo menos, sino podeis hacer mas.

En verdad, respondió Mariana suspirando, que segun me parece, no sería difícil á una muger, cuyo corazon estuviese libre, conceder á Mr. San-Austyn algo mas que compasion. Ahora no trato de mí; pero os aseguro que si el Coronel no ha exágerado en lo que nos ha dicho de vuestro hermano, estoy tan contenta de ello, como vos podeis estarlo, supuesto que esta mudanza contribuirá á la felicidad de nuestra muy querida Madama Stanhope.

CAPÍTULO XVII.

Explicacion. Carta. Contestacion.

Al otro dia el Coronel y Alberto fueron temprano á visitar á Madama Stanhope, y esta les repitió lo que por Mariana había sabido de Federico, y les suplicó se explicasen claramente acerca del desafío consabido.

Alberto, á pesar de su repugnancia, no pudo dexar de satisfacer la curiosidad de Madama Stanhope; pero lo hizo con tanta discrecion y delicadeza, que Federico quedaba casi justificado por su relacion. Aunque orgulloso de la conducta de su sobrino, Mr. O'Bryen no pensó en contradecirle temiendo perjudicar á San-Austyn en el espíritu de su tia.

Gracias doy al cielo, dixo esta luego que Alberto hubo acabado, del buen término que este negocio ha tenido. Yo no dudo que Mr. Montgomery haya dexado de paliar los agravios y defectos de mi sobrino. Ahora, Coronel, suplico me digais si Federico os visitó en casa de Mistris Mosely. Dos veces, Madama, la respondió: y me costó no poco trabajo el conseguirlo, porque temia encontrarse con Mariana: pero yo allané esta dificultad enviando dos dias seguidos á mi sobrina á dar un paseo con Mistris Mosely. Ya veo, dixo Madama Stanhope, que mis sospechas eran bien fundadas, y que Betsey, á quien veria, le habrá confiado la traicion de Berners. En ese caso ya no debemos fiarnos de la palabra de Mis Southern, dixo Alberto. No la juzgeis tan severamente, replicó Madama Stan-



hope , porque ella debió creer que Federico no ignoraba nada de lo que habia pasado , supuesto que fue la que instruyó tambien á su hermana de todo el hecho. Yo hubiera celebrado que estos informes los hubiera tenido por el Coronel; pero es culpa nuestra , porque no le hicimos entrar á él mismo en el secreto. Tomad á bien, Mr. Montgomery, el reparar quanto antes esta falta. Conviene sepais que la carta de Federico incluye el escrito que nos ha ocasionado tantas inquietudes, y que sin duda ha sido la causa de su desafio con Berners. Tambien lo creo yo, Madama, dixo Alberto. Mr. San-Austyn no puede dexar de ser lo que deseais. En quanto al escrito que os ha remitido , digo, que la circunstancia de haber sido arrancado á la misma inexperiencia , le hará disimulable á los ojos de todo hombre imparcial.

Luego que el Coronel volvió á Blackwood con su sobrino , este le contó quanto habia sabido de la seduccion de Mis Southern, y de los medios de que se habia valido Berners para asegurarse la mano de Gertrudis.

Bien reservado habeis andado conmigo, dixo Mr. O'Bryen. Yo no tenia derecho , le repuso Alberto , para revelar el secreto de mis amigos, y yo mismo hubiera querido olvidarle.

¿Pensais, le preguntó el Coronel, que Mis San-Austyn tenga inclinacion á ese miserable? Creo que no, le respondió Alberto. Madama Stanhope mira lo que ha hecho como una locura , en la qual no ha tenido parte el corazon; y Mariana piensa lo mismo. Por lo que á mí hace, no me tomo la libertad de juzgarla. La opinion de Madama Stanhope es la mia , dixo el Coronel, y añadió:



respondedme , Alberto francamente. Si no hubiera sucedido esta locura ¿habriais querido á Mis San-Austyn? ¿Puede haber hombre que no la encuentre amable? respondió Alberto; y pues que mi corazon está tranquilo..... Eso no es responder , le replicó el Coronel asperamente , interrumpiendole. Pero acordandose de golpe que habia prometido á Madama Stanhope no estrechar jamas á su sobrino sobre este punto de matrimonio , le volvió las espaldas , y á la hora de comer vino tan contento y de buen humor como siempre.

Cinco ó seis dias despues recibió una carta de San-Austyn , la qual entregó al instante á su sobrino diciendole que la leyese ; y su contenido era el siguiente.

“Mi querido amigo: Antes de dexar á Yorkshire , creí deber reiteraros la seguridad de los senti-

mientos de estimacion y respeto que vos me habeis inspirado. Tengo la satisfaccion de saber que Berners está absolutamente fuera de peligro , lo que no ha contribuido poco á calmar la agitacion de mi espíritu. Por el mismo correo escribo á mi hermana , sin hacer mencion de lo que pasó entre Berners y yo , dexando á vuestra discrecion el cuidado de decírselo oportunamente si lo juzgais conveniente. He tomado mis medidas , y hecho mis disposiciones para una ausencia larga: mañana marchó ; voy á buscar lo que jamas hallé en el seno de los placeres , que es la paz del alma , sin la esperanza no obstante de conseguirlo , á menos que lo pasado no se borre de mi memoria. Pero no imagineis por cierto que yo me separo con pesadumbre de un género de vida que el estado actual de mi fortuna hace impracticable;

o que arrojandome al extremo contrario, quiera hacerme un misantropo. Yo detesto mis locuras con mas placer que el que tuve entregandome á ellas, y vivo mas descontento de mí mismo que de nadie de este mundo, sin exceptuar á Berners, que me ha ultrajado tan indignamente. La resolucion que he tomado es ahora efecto de la reflexion, y de un espíritu de justicia que mis pasiones han comprimido, sin lograr ahogarle. Confieso francamente que debo la primera idea á un error espantoso, que habria emponzoñado el resto de mi vida. Gracias á vos, este error no existe ya. No vacilo en mi proyecto, porque lo miro como una expiacion de mis extravíos.

Pienso desterrarme por tres años, al cabo de los quales, si Dios me lo concede, iré á reclamar el títu-

lo de amigo con que me habeis honrado, si no me conozco indigno de él. Pero si llega el fatal caso de que mis esfuerzos por entrar en la carrera de la virtud sean inútiles, no me vereis mas.

Si en medio de la vida solitaria á que me dedico aun soy susceptible de algun placer, solo lo causará la memoria de vuestra persona. A Dios mi muy amado amigo; admitid mis sinceros deseos de vuestra felicidad, y de la de todas las personas que os son gratas, y no olvideis á vuestro apasionado y agradecido—San-Austyn.”

P. D. Si teneis la bondad de contestarme podreis hacerlo por medio de un criado viejo que dexo aquí, el qual me dirigirá vuestra carta al parage que le tendré indicado.

Y bien, dixo el Coronel, acabada la lectura de la carta, que pensais vos, Alberto? Es esto bastante para

olvidar lo pasado, y prestarse á la reconciliacion de este joven con su familia? Sin duda ninguna, tío, dixo Alberto; pero permitidme os diga, que tal vez sería peligroso para Mariana que él residiese tan cerca de nosotros. Grande desgracia por cierto! dixo el Coronel. Mira Alberto, que tú no te cases, ese es negocio tuyo; pero impedir que los otros lo hagan, vaya, vaya que es cosa graciosa. Dime hombre, si Mariana llegase á quererle, y él permaneciese en las buenas disposiciones que hoy manifiesta, podría tu hermana encontrar mejor partido? Ninguno sin duda, dixo Alberto; y en el caso de que estas mismas disposiciones sean inalterables, yo creeré desde luego que Mr. San Austyn no las desmienta; pero la felicidad de mi hermana me interesa mucho para no proponeros que esperemos del tiempo este

convencimiento.

Señor mio, le dixo el Coronel, la felicidad de vuestra hermana no me interesa á mí menos que á vos. Antes de dársela á Federico, yo haria pasar á este por grandes pruebas para que fuese como un segundo Jacob cerca de Raquel. Bien está, dixo Alberto, pero mientras aguardábamos su verdadera reforma, podría ella apasionarse de él, y suceder luego la desgracia de que no la mereciese.

Cómo! tú crees, dixo el Coronel, que catorce años de noviciado no mudarán lo de adentro afuera á San-Austyn? A treinta y seis años espero verle tan tranquilo y tan pausado como tú lo eres á veinte y tres.

Me gusta, señor tío, dixo Alberto, vuestro buen humor, y con-vengo en que catorce años de experiencias son suficientes: si los in-

teresados consienten en ello, me opondré tan poco que yo mismo me someteré por conseguir una muger como mi corazón la desea.

¡El diablo cargue contigo, sobrino de mis pecados! exclamó broncamente el Coronel perdiendo la paciencia. ¡Con que sería preciso que esa muger fuera de nieve y de yelo, para esperar que te diese la gana de casarte con ella! Si no fueras hijo de mi hermana creería, Dios me perdone, que pertenecías á algun grave español del tiempo de Isabel. Ah! pardiez: tu padre era otro hombre que tú; jamas se habria casado con tu madre si te hubiera parecido. Vamos, no hablemos mas, continuó el Coronel, viendo que Alberto se ponía serio, dexa ese gesto de senador veneciano, y montemos á caballo para ir á comunicar á las damas las noticias que hemos recibido.

CAPITULO XVIII.

Conjeturas. Disculpas amistosas.

Cartas.

Mis buenos amigos, dixo Madama Stanhope al Coronel y á su sobrino viendoles llegar, yo iba á enviaros á buscar. Gertrudis ha recibido otra carta de su hermano, y la envia las alhajas de su madre que la habia prometido.

Mr. O'Bryen presentó la carta que habia recibido por su parte, la qual causó un gran placer á Madama Stanhope. Vos habeis hecho, le dixo, por este mozo mucho mas de lo que podia creerse. Si presiste en sus resoluciones, vos lo habeis sacado del abismo. Con vuestro permiso os diré, Madama, la respondió el Coronel, que Mr. San-Austyn no me debe tantas obligaciones como

os imagináis. Quando le vi la primera vez, su plan estaba hecho, Berners acomodado, y sus trenes en venta. Yo no sé bastantemente lo que él entiende por el error espantoso que yo destruí. Lo cierto es, que su conducta conmigo fue desde luego fria y reservada: pero muy presto la mudó enteramente. No queria creer jamas que yo fuese tío de Mariana, aunque nos habia visto juntos en el teatro, segun me dixo despues. Eso me haria sospechar, dixo Madama Stanhope, que os creia otra cosa muy diversa de tío. Nada mas verisimil, añadió Montgomery, sonriendose, porque mi tío tiene mas condescendencia y atencion con su sobrina que ningun tío ha tenido jamas.

A estas palabras el Coronel empezó á reir á carcajadas, y tanto, que en mucho rato no se halló en estado de hablar.

Pardiez! dixo al fin, ved ahí un excelente desprecio!..... Si, tenéis razon, él estaba zeloso..... y zeloso de mi! Ya me acuerdo en efecto que afectaba el repetir como por burla..... Mis Montgomery..... El tío de Mis Montgomery; y esto tantas veces que me impacientó. Ah! ya tengo que reir á su costa: yo le aconsejo que se arme de paciencia. Yo queria, continuó el Coronel, convidarle á que viniese á pasar algun tiempo en Blackwood; pero el casto José que aquí teneis (dixo esto dando una palmadita en el hombro á su sobrino) temeria las resultas de la intermediacion por el reposo de su hermana: y asi aguardaremos á que sea entera y verdaderamente hombre de razon; bien que segun mi parecer esta es una precaucion totalmente inútil, pues miro su reforma y su enmienda muy sólida. Mi querido Coronel,

dixo Madama Stanhope, yo soy tan sensible á la bondad de vuestro corazon, que hago justicia á la prudencia de vuestro sobrino. Nada me afligiria tanto como ver expuesta la tranquilidad de Mis Montgomery al mas pequeño peligro. Federico es apropósito para agradar; pero por otro lado me hallo convencida de que Mariana no se dexará seducir jamas de recomendaciones y prendas exteriores. Su educacion y el exemplo que ha tenido á la vista, la hacen inaccesible á semejante debilidad. Ah! Madama, dixo Alberto enternecido, llevad á bien que yo os dé gracias en su nombre. Me es muy lisonjero tambien el oiros hacer justicia á la respetable madre que formó su corazon, y la puso en estado de merecer vuestra estimacion. Mi pobre Gertrudis, continuó Madama Stanhope, no ha logrado la misma ventaja; pero sin

embargo espero que corresponderá á mis esperanzas. La lectura de novelas habia exáltado su imaginacion, sin empañar la pureza de su alma. Tengo pruebas de ello en el candor de sus confesiones, quando arrojandose á mis brazos me reveló el paso imprudente que habia dado. Estas confianzas, y la súplica que me ha hecho de que tome baxo mi proteccion á Mis Southern, todo me ha dexado convencida de que su corazon jamas ha hablado á favor de Berners, y de que su cabeza era la que solamente se habia extrañado, gracias á sus locas lecturas, y á la negligencia de mi hermana. Veo que la carta de su hermano la ha hecho hacer sobre sí misma varias reflexiones que la humillan: pero la impresion no puede ser sino pasajera: si Federico responde á nuestros deseos, segun lo espero, presto formaremos una familia dichosa.

liz época de vuestro encuentro con mi tío. Este os espera con impaciencia; y vuestra visita no será menos agradable al que se creará muy honrado con el título de amigo vuestro—Alberto Montgomery.”

Las cartas de Gertrudis y de Madama Stanhope fueron enviadas por el mismo correo. Gertrudis haciendo ver su arrepentimiento se explicaba no obstante con mucha moderación, temiendo excitar una querrela entre su hermano y Berners. Madama Stanhope, instruida de lo que habia pasado, escribió con menos reserva: palió las faltas de su sobrina, y elogió su conducta actual. Por lo que hacia á Federico, le aconsejó mantuviese inalterable la resolución que habia tomado, asegurandole en ese caso toda su amistad.

No os convido todavía á venir á mi casa, porque la presencia de

Mis Montgomery podría seros embarazosa; pero no os hallareis menos agradablemente en Blackwood, porque Gertrudis y yo iremos á veros allí frecuentemente. Mucho debéis al Coronel, y no menos á su sobrino, cuya amistad os pido cultiveis.

No obstante el proyecto que Federico tenia de salir quanto antes de Inglaterra, habia retardado su execucion con la esperanza de que tendria alguna respuesta á sus cartas. Ninguna le hizo mas impresion que las pocas palabras que le dirigia Montgomery: leyólas, y releyólas varias veces con la mayor emocion. Cielo santo! exclamó, este es el hombre á quien estuve á pique de quitar la vida, y á cuya hermana quise deshonrar! ¡En el momento que quedo agoviado baxo el peso de mis remordimientos y de mi vergüenza él me ofrece su

amistad! Ah! sin mi funesta ceguera, hubiera sido amigo suyo, y puede ser tambien su cuñado. Cruelles é inútiles pesares! No, por lisonjero que me sea el convite que me hace, no le aceptaré..... Es menester que le resista hasta que me encuentre bien satisfecho de mí mismo para no avergonzarme en presencia de Montgomery y de Mariana..... de Mariana, ah! á quien yo debo renunciar!.....

Luego que San-Austyn se tranquilizó, escribió á Gertrudis, á Madama Stanhope, y al Coronel; pero quando fue necesario responder á Alberto se halló sumamente embarazado: mas de una vez tomó y soltó la pluma combatido de mil movimientos diferentes que confundian sus ideas.

Ah! decia, quanto mas fácil es á Montgomery ofrecerme un generoso perdon, que á mí el acep-

tarlo! Pero yo pude cometer la ofensa, y debo expiarla. Tenaz resistencia de un falso orgullo yo te domaré! Al decir esto cogió la pluma y escribió lo siguiente:

“Muy señor mio: vuestra conducta no necesita excusas: al que ofende, pertenece hacerlas. El ofendido tiene la preciosa ventaja de poder perdonar. Sin embargo me haceis justicia persuadiendos que jamas he debido ser enemigo vuestro, excepto en los momentos que yo no era dueño de mí mismo. Hablais de la impetuosidad de mi conducta; era mucho mas que todo eso, pues era un encaprichamiento y un frenesí sin exemplo. Yo debo deplorar sus consecuencias; mas no debo quejarme de ellas. Mi encuentro con el Coronel O'Bryen es para mí un suceso favorable que jamas olvidaré. Sin embargo rehusó su convite; pero mis motivos para

obrar así merecerían vuestra aprobación si los supieseis. Yo me condeno á un destierro de tres años. Tened la bondad de hacermelo soportable con vuestra buena memoria, y con una correspondencia que me reconciliará conmigo mismo, permitiendo la esperanza de merecer algún día el título de amigo vuestro.—F. San-Austyn.”

Federico dexó al día siguiente la casa de sus padres, después de haber dado sus órdenes para que todas las cartas que le fuesen dirigidas á Yorkshire se le remitiesen al viejo conserge Jonathan.

CAPÍTULO XIX.

Explicacion, Delirio.

La llegada de las cartas de San-Austyn acabó lo que felizmente habia comenzado el Coronel. Ma-

dama Stanhope hubiera querido que Federico hubiese aceptado el convite de Mr. O'Bryen: Montgomery casi habia olvidado los temores que habia manifestado por la tranquilidad de su hermana; y Mariana, fortificando las esperanzas de Gertrudis, las adoptaba ella misma con un interés, del qual tal vez no era la amistad la sola causa.

Poco tiempo después recibió el Coronel una carta del capitán Watson en la que le participaba quedar enteramente curado Berners. Madama Stanhope creyó entonces que no debia ocultarle ya á su sobrina lo que habia pasado; y á pesar de quantas precauciones tomó para darla estas noticias, Gertrudis no pudo menos de acongojarse al oirlas.

Dios mio! dixo á Mariana, si mi imprudencia hubiera costado la vida á ese hombre malvado, ó lo que

es mas terrible todavía , á mi hermano , ¿ á donde habria yo ido á arrastrar mi vergüenza ? ¿ Como habria sostenido el grito de mi culpable conciencia ? Vos y Madama Stanhope me tratais con bondad ; pero conozco que es imposible me estimeis . ¡ Quan despreciable no debo yo parecer tambien á los ojos del Coronel y de su sobrino ! Ah ! Mariana , jamas me atreveré á mirar á vuestro hermano ! En verdad , amiga , respondió Mariana , que eso es no hacer justicia á nadie . Cada uno de nosotros os estima y os ama ; y estoy muy contenta tanto por vuestro hermano , como por su enemigo , de que el desafio no haya tenido consecuencias mas desagradables .

Gracias doy al cielo , dixo Gertrudis , por haber preservado á mi querido Federico , y porque se ha dignado sanar á Berners : cosa

horrible me hubiera sido el haber causado su muerte . Yo no lo dudo , dixo Mariana ; pero despues de lo que ha pasado , toda emocion ajena de la humanidad no sería conveniente . Vuestra sospecha , la dixo Gertrudis , me humilla cruelmente , y me atrevo á decir que es injusta . ¿ Si tuvierais que echaros en cara la muerte de un hombre , no os afligiriais , aunque os fuera indiferente ? Confieso , continuó Gertrudis , que Berners no me lo ha sido siempre ; pero me horrorizo de mi debilidad , y procuro desechar hasta su memoria . Si yo conozco bien mi corazon , este ha tenido menos parte en mi conducta que la vanidad , y una imaginacion delirante ; porque el afecto que me une á vos y á Madama Stanhope , y el que tambien profeso á vuestro tio y á vuestro hermano , jamas lo he tenido á Berners . Su presencia me era agra-

dable sin duda; pero yo le veía retirarse sin pesadumbre. Su grande habilidad era sacar partido de mi inexperiencia, y extraviar mi imaginacion con un tropel de ideas caballerescas, á las quales me prebataba con un furor bien ridículo. Yo os confieso toda mi debilidad, y os suplico no me despreciéis. Despreciaros! mi querida amiga, la dixo Mariana abrazandola; el cariño que tengo á Madama Stanhope no es mas tierno que el que os profeso.

Pocos dias despues de esta conversacion Alberto fue atacado de una calentura violenta que esparció el mayor sobresalto en las dos familias. Madama Stanhope y Mariana no dexaban á Blackwood, empleando todos los momentos en cuidar al enfermo, ó en consolar al Coronel, cuya pesadumbre, por ser muda, no era menos profunda; y la de Mariana no era menos viva. In-

móvil al lado de la cama de su hermano, apenas pensaba en tomar un poco de alimento y de reposo. Gertrudis, olvidando su timidez, tomaba mucha parte en los cuidados de su amiga, y manifestaba la misma inquietud.

Madama Stanhope sacaba fuerzas de flaqueza para superar su afliccion, y aparentaba una tranquilidad que no tenia, y unas esperanzas á las quales no se atrevia á entregarse.

Lo que hacia mas peligroso el estado de Alberto eran los frecuentes accesos de delirio ocasionados por la calentura. En los momentos de calma se veia obligada Madama Stanhope á usar de todo su ascendiente sobre Mariana para hacerla consentir en retirarse. Quando los accesos de delirio iban cediendo entónces empezaba el enfermo á despejarse, y á consolar á

su tío y á su hermana, dando gracias á Madama Stanhope y á Gertrudis por sus generosos cuidados, y asegurandolas de que el afecto que veia le profesaban hacia parecer mas peligroso el estado en que se hallaba. Un dia que en uno de estos accesos rehusaba tomar la bebida que Mariana y el Coronel le presentaban, Madama Stanhope entró en el quarto con Gertrudis, y unió sus instancias á las de los otros para que la tomase; pero fue en vano. Sus ojos espantados, despues de haberlos fixado un momento sobre ella, se volviéron hácia Gertrudis, pareciendo se animaban. ¿Y vos tambien, la dixo, venis á ofrecerme un veneno? Este no es veneno respondió Madama Stanhope; es una bebida que ha mandado el médico, porque creo os hará mucho provecho. ¿Quereis que me emponzoñe, añadió él con

los ojos fixos en Gertrudis, y sin atender á lo que Madama Stanhope le decia. Habladle, querida, dixo esta á su sobrina, pues á vos es á quien parece se dirige, y vuestras instancias puede ser que tengan mejor suceso que las nuestras.

Gertrudis tomó el vaso, y acercándose á la cama dixo á Alberto: hacedme el gusto de tomar esta bebida, que no es desagradable. No es desagradable! repitió él: pues bien, dadme vuestra mano, y vereis con que valor tomo el veneno, quando sois vos quien me lo ordena.

Gertrudis estaba temblando, y Alberto cogiendola una mano, y tomando con la otra el vaso, se bebió de un golpe todo lo que contenia. ¿Quedais contenta, la dixo, dandola el vaso, ahora que me habeis muerto? Cruel Circea! Este es el mismo veneno que disteis á Berners! Pero, añadió retirandola la

mano, mi corazón es invulnerable, y superior á vuestros atractivos y seducciones.

Madama Stanhope viendo á su sobrina turbada hasta el extremo de no poder sostenerse, la dió la mano, y la sacó del cuarto.

Ya se ha ido! exclamó Alberto. Bien seguro estaba: mi pérdida se consumó! Por Dios hermano, le dixo Mariana deshecha en lágrimas, no acuseis á Gertrudis, que es tan dulce, como inocente. No hay criatura mas interesante y mas amable que ella, añadió el Coronel. Vos mismo, mi querido Alberto, si estuvierais mejor, seriais el primero á elogiarla, en vez de insultarla. Insultarla! yo! qué error! decia Alberto, imposible es que yo la insulte; pero por mas que digais no quiero amarla.

El Coronel y Mariana reunieron sus cuidados para sosegarle; pero

muy pronto quedó aletargado. Entónces volvieron al lado de Madama Stanhope y de Gertrudis, que aun no se habia sosegado de su turbacion. Mi querida amiga, la dixo Mariana, perdonad á mi pobre hermano, él es incapaz de ofenderos quando está en su razon. Ah! yo no le quiero mal, respondió Gertrudis, abrazandola; pero por mas que me intereso en su alivio, no tengo valor para volver á su cuarto.

Sin embargo, fue necesario que se violentara otra vez, porque Montgomery en otro acceso de delirio rehusó tomar la bebida que volvian á darle. Miraba como espantado á todas partes, y como si buscase en el aposento alguna cosa que no hallaba. Por Dios, Madama, dixo el Coronel á Madama Stanhope que digais á Mis Sra. Austyn le presente esta bebida,

El ha tomado ya otra dosis de su mano, y puede ser que ahora haga lo mismo. Mis es tan buena!..... se trata de la vida de mi pobre Alberto!

Madama Stanhope fue al instante á pedir á Gertrudis venciese su repugnancia en consideracion al deplorable estado en que se hallaba Montgomery. Yo no pienso, la dixo, que vuestras instancias sean mas eficaces que las nuestras; pero el buen Coronel lo espera, y es preciso contentarle.

Gertrudis obedeció al instante, y fue con su tia al quarto de Alberto. Al tomar el vaso empezó á temblar, y á enternecerse. El enfermo lo advirtió, la miró un momento, y tomó la bebida sin pronunciar una palabra.

Estas circunstancias, aunque ocasionadas por un delirio, las atribuyó á otra causa el Coronel, y á

nadia dixo nada acerca de sus sospechas; pero dos ó tres dias despues tuvo la pesadumbre de ver que su sobrino, vuelto ya á su acuerdo, lo mismo trataba y miraba á Gertrudis que á su hermana, y á Madama Stanhope, sin distinguirla señaladamente en alguna otra cosa.

CAPÍTULO XX.

Restablecimiento. Golpe desgraciado.

La enfermedad de Alberto era demasiado violenta para que fuese de larga duracion. A los accesos crueles que tantas veces pusieron su vida en el mayor riesgo, sucedió un abatimiento de fuerzas, que una cuidadosa convalecencia logró superar antes de lo que se esperaba. En este intervalo, Mistris Mo-

sely y Betsey Southern llegaron. Preguntada esta por Madama Stanhope, la repitió lo que habia dicho á San-Austyn. Como no la ocultaron quales habian sido las consecuencias de esta indiscrecion, la infeliz Betsey se afligió sobre manera.

Despues de lo que Montgomery habia dicho en su delirio, Gertrudis no iba ya á Blackwood sino con la mayor repugnancia. Su tia, á quien sus mas ocultos sentimientos jamas se la escapaban, no la obligaba sino débilmente á que la acompañase quando iba allá: y así se ceñia solamente á suplicarla la saliese al encuentro quando ella volvía de Blackwood.

Un dia que Gertrudis no la acompañó, tomó un libro, y seguida de su perro atravesó el parque, y llegó á un bosquecillo que se extendía hasta el camino real.

Apenas entró en él, quando su perro empezó á ladrar y correr de un lado á otro como atraído por algun objeto. Sus movimientos llamaron la atencion de Gertrudis, y empezó á gritarle, fiel, fiel, si tú persigues así los conejos llevarás una buena zurra. ¿ Con tanta compasion con los animales no sereis inhumana sino conmigo? exclamó un hombre que acababa de saltar el cercado, y se presentó á la vista de Gertrudis. El cielo me proporciona al fin la ocasion de decir á Mis San-Austyn que la han engañado groseramente á costa mia, que la soy fiel, y que por asegurarla mi fe moriré gustoso á sus pies.

La sorpresa dexó inmóvil á Gertrudis: el libro se la cayó de la mano; y solo el nombre de Berners fue el que pudo pronunciar.

Vos no habeis olvidado al hom-

bre que os adora , continuó este; oireis su justificacion, y no le des-terrareis de vuestra presencia hasta estar convencida de que es culpable. Como se acercaba para cogerla la mano , este movimiento la hizo volver en sí de su sorpresa; y retrocediendo espantada : retiraos, le dixo: esta indecente aparicion es propia de vuestro carácter. Toda explicacion es inútil, y yo no quiero ninguna.

Gertrudis iba á volverse atras; pero Berners la detuvo, diciendola: muger injusta y cruel! ¿con que mis enemigos os han inspirado su implacable odio? Escuchadme; ¿es imposible que os hayais mudado hasta el punto de entregar á la desesperacion, á sangre fria, al hombre á cuya suerte, en tiempos mas dichosos ofrecisteis uniros sin algun indigno estímulo? Odiosa memoria! exclamó Gertrudis: si te-

neis que preguntar, ¿por que no os dirigis francamente á Madama Stanhope, en vez de venir á sorprehenderme como un asesino? Cómo un asesino! repitió Berners, indignado de la comparacion. Sí, le replicó Gertrudis, como el mas vil asesino! Dexadme, y temed las resultas de esta violencia. No lejos de aquí tengo amigos que no tardarán en venir, y os harán arrepentir de vuestra temeridad.

Gertrudis consiguió retirar su mano de las de Berners, y ligera como un gamo huyó de su raptor; pero demasiado fuera de sí para ver el camino que tomaba se encontró muy presto en el camino real; el primer objeto que se ofreció á su vista fue Montgomery que se acercaba á pasos lentos mirando al suelo. Correr á él, agarrarse de su brazo con fuerza, é implorar su ayuda, con un ayre espantado, fue

todo en un instante. Alberto no adivinó tan presto la causa de tanto sobresalto; pero vió á Berners que persiguiendo á Gertrudis, se habia parado á alguna distancia luego que le reconoció. Esta circunstancia lo puso al cabo de todo.

Sosegaos, Mis San-Austyn, la dixo Montgomery: yo os defenderé hasta perder la vida. Y bien! gritó Berners, ciego de cólera, y sacando de su bolsillo una pistola: infernal enemigo no parece sino que me sigues los pasos! veamos al fin si eres invulnerable.

Tiróle, y Gertrudis arrojó un grito terrible. Alberto desprendiendo su brazo, corrió detras de Berners, que se internó en el bosque, y desapareció. Todo esto fue negocio de pocos minutos; pero qual fue su sorpresa quando llegando á Mis San-Austyn, la encuentra medio desmayada, y bañada en su

sangre! Cielos! exclamó, cogiendola en sus brazos; es posible que la bala os haya tocado! Yo creí que vuestros gritos eran solo efecto de vuestro susto. El ha tenido fortuna en no haber herido sino á mí! dixo la pobre Gertrudis. Ah! Montgomery qué desgracia no habria sido si os hubiera herido á vos! Yo quisiera estarlo, dixo Alberto, y no tener que temer nada acerca de vuestra persona. Pero decidme, donde teneis la herida, y no os impida vuestra delicadeza el manifestármela, pues el honor de mi hermana no me es menos respetable que el vuestro. Yo no creo, dixo Gertrudis, que mi herida sea de peligro, y levantando una manga hasta mas arriba del codo, presentó una herida que estremeció á Alberto. Esforzandose no obstante á parecer tranquilo rompió su corbata, de la qual se sirvió para

contener la sangre y cubrir la herida. Ahora, dixo tiernamente á Gertrudis, yo no sé que hacer, porque no me atrevo á dexaros sola para ir á buscar socorro; y temo por otra parte que el movimiento pueda haceros mal. Nada temo en este mundo, dixo Gertrudis, sino que vuelva ese mal hombre, y así os suplico no me dexéis: iremos poco á poco, pues el coche de mi tía no puede ya tardar. Por lo que hace á ese vil desalmado, la dixo Alberto, no teneis que temer nada, porque harto habrá hecho en huir y ponerse en salvo; pero estais muy descolorida, y casi sin fuerzas; y en este estado cómo me es posible socorreros? Conducidme, dixo Gertrudis, á aquel banco de céspedes, que ya veis no está distante, y creo que me hallaré mejor en un momento.... Tened cuidado de mirar atras. Quien sabe si ese

malvado.... Yo moriría en el momento que este suceso os fuera fatal. Por mí, yo he merecido mi suerte.

Su cabeza cayó sobre el hombro de Montgomery, y por algunos instantes quedó como insensible. Alberto, cuya inquietud y agitación llegaban á lo sumo, la sostenia, y frotaba suavemente las sienes. Yo me siento verdaderamente mala, dixo ella, al volver un poco en su acuerdo. Si muero lo he merecido; sed amigo de mi pobre hermano: bien culpables somos ambos. No me habéis así, respondió Alberto con el mas vivo dolor: vuestro accidente no tendrá funestas resultas; al contrario, debéis esperar un largo encadenamiento de dias felices; y en quanto á Mr. San-Austyn, yo me daré priesa á ganar su amistad. ¡Plugiese al cielo que nos hubieramos conocido antes

y en otras circunstancias que las en que nos hallabamos Mariana y yo la primera vez que él la vió! Entonces puede ser, dixo sencillamente Gertrudis, que Mariana hubiese llegado á ser mi hermana. Ah! que dicha habria sido esta para mí! Federico (bien cierta estoy) obrará de modo que consiga merecerla. ¿Si llegara á lograr su estimacion, os opondriais vos á su felicidad?

La debilidad de Mis San-Austyn se aumentaba cada vez mas: y Alberto contristado no se atrevia á separarse de ella, temiendo al mismo tiempo verla espirar entre sus brazos por falta de socorros.

Mr. Montgomery, dixo Gertrudis que conoció su extremada agitación, mucho os asustais. Yo padezco sin duda; pero me acuerdo de una época en que he sufrido mucho mas á vuestra vista. A mi

vista! repitió Alberto: yo no os he visto jamas hasta hoy en una situacion dolorosa. Vos no teneis pues, le replicó Gertrudis, idea alguna de lo que pasaba en mi alma el dia que nos encontramos en casa de Mistris Mosely. Ah! dixo Alberto, yo lo habia olvidado: ¿y para que lo traeis á la memoria?

En este momento el coche de Madama Stanhope se dexó ver. Mr. Montgomery, dixo Gertrudis, salidle al encuentro á mi tia, y procurad informarla de mi accidente de modo que no se sobresalte, pues luego que llegemos á casa tendremos tiempo de contarla muy por menor quanto ha ocurrido.

Quando el coche estuvo ya á unos veinte pasos se adelantó Alberto, hizo que parase, y contó á Madama Stanhope lo que habia sucedido. La sorpresa y la conmocion que la causó este accidente no se

facil de explicar; pero acostumbrada á vencerse, no manifestó su sobresalto, y ayudó á Gertrudis á subir al coche. Montgomery lo siguió á pie, y luego que llegaron á la casa, el cirujano que habian llamado examinó la herida, y dixo que la bala habia atravesado el brazo; pero que como no habia tocado al hueso, no habia peligro alguno: lo que tranquilizó á Madama Stanhope y á Alberto.

— Mi sobrina, le dixo esta, me ha contado que Berners la sorprendió al otro lado del parque, quando iba á salirme al encuentro, y pudo temerlo todo de ese monstruo si no hubiera tenido la fortuna de encontraros. A la verdad, Madama, dixo Alberto, yo me considero en algun modo como la causa de lo que ha sucedido á Mis San-Austyn; porque Berners no tenia probablemente otra idea que la de

justificarse viendola sola. Yo no pienso ni puedo creer que hubiese resuelto conspirar contra su vida: la mia era su objeto quando hizo fuego. Es un desalmado capaz de todo, dixo Madama Stanhope. Y qué partido tomaremos ahora? En casa piensan que mi sobrina ha sido herida por un asesino cualquiera que intentaba robarla. Para hacer patente la verdad eran precisas ciertas explicaciones que yo querria evitar. Por otro lado, dexar impune un atentado de esta naturaleza, es exponeros vos y mi sobrina á nuevos peligros. Yo no me inquieto, Madama, dixo Alberto. Berners, creo, no volverá á pensar en atacarme: y á su desesperacion, y no á otra cosa, es preciso imputar lo que hoy ha hecho. Como la determinacion de Mis San-Austyn no puede ya tenerla por equívoca, es de presumir que aban-

donará todo proyecto de perseguirla. Mañana, no obstante, dixo Madama Stanhope consultaremos sobre esto al Coronel. Id pues á anunciarle lo que ha ocurrido, que yo voy á ver á la pobre Gertrudis.

CAPÍTULO XXI

Menudencias precisas. Esperanza desvanecida. Partida.

La repentina aparicion de Berners en Dorsetshire casi tres meses despues de su desafio con Federico es un suceso que por singular merece una explicacion. Ya se ha visto que su estado se habia creido mas peligroso de lo que en efecto era: y asi, luego que tuvo la seguridad de que presto sanaria, maldiciendo la falsa creencia en que habia estado, sentia vivamente haberse desprendido de la promesa

de casamiento que habia arrancado á Gertrudis El deseo que tenia de enmendar lo que él miraba como un acto de debilidad, se fue aumentando al paso que iba recobrando sus fuerzas. El no dexaba de conocer que Gertrudis debia estar indignada contra él; pero tal era su amor propio, y tal la opinion en que tenia á las mugeres, que no dudaba persuadiria á esta con lo que se le antojase, siempre que lograra la ocasion de hablarla. A pesar de ellos, decia, yo me lisonjeo de que será mia. Madama Stanhope fiera y orgullosa, como lo es, no expondrá á su sobrina á las humillaciones de la indigencia. Mi audacia abatirá sus maquinaciones ridiculas; y la posesion de Gertrudis, no obstante su belleza, me será menos agradable que el placer que tendré en despreciarlos á todos. Montgomery mismo, si es

cierto que ella le quiere, como lo sospecho, bramará de rabia, y mi triunfo será entónces completo.

Lleno de estas ideas, esperaba con impaciencia que el total restablecimiento de sus fuerzas le permitiese ponerlas en execucion. Para esto le era necesario mas dinero del que tenia; y asi tomó el partido de deshacerse de su patente, con tanto menos sentimiento quanto habia advertido que los oficiales de su regimiento, instruidos sin duda de su conducta por el capitan Watson, reusaban su compañía, y le trataban con una fria política. Tomadas estas disposiciones, marchó á Dorsetshire con el designio de aprovechar la ocasion de ver á Gertrudis, engañarla á fuerza de descaros y de mentiras sobre que la habian sorprendido contra él; y en fin á intentar todo para determinarla á seguirle á Escocia.

Su primer paso fue establecer su residencia en una posada situada á tres millas de la casa de campo de Madama Stanhope. Allí fue donde supo las ventajas grandísimas de la situacion de Montgomery, y la intimidad que reynaba en las dos familias. Lo que habia pasado entre ellos habia dexado en el alma de Berners un resentimiento profundo que agriaba todavía la idea demasiado verisímil de que Alberto era la primera causa de lo que él llamaba la inconstancia de Gertrudis. Determinado sin embargo á sostener sus pretensiones, imaginó sin fruto diversas estratagemas para proporcionarla ocasion de verla. Mas habia de quince dias que andaba rondando las cercanías del parque quando la sorprendió.

Su intencion era aturdira como otras veces con sus promesas caballerescas; pero el terror y el des-

precio que ella manifestó al verle, le dieron luego á conocer que habia perdido todo su ascendiente sobre el espíritu de Gertrudis. Humillado y furioso, y la aparicion inesperada de Alberto, acabaron de desesperarle: entónces no escuchando sino la rabia que le hacia frenético, disparó la pistola sin otro designio que el de vengarse de Montgomery.

El grito de Mis San-Austyn le hizo sospechar lo que habia sucedido, y así huyó lleno de espanto. Y volviendo á su posada precipitadamente tomó caballos de posta, llegó prontamente á Southampton, donde se embarcó para la isla de Gersey, y de allí para Francia.

CAPÍTULO XXII.

*Confianzas, sospechas, dudas
y desconfianza.*

Aunque Alberto usó de todos sus ardidés para no asustar al Coronel y á su hermana al hacerles relacion del accidente ocurrido, Mariana quiso volver al instante al lado de Gertrudis para cuidarla. Su tío y su hermano la acompañaron hasta la entrada de la casa, y al instante se volvieron á Blackwood, despues de haber sabido que la enferma descansaba.

Al otro dia temprano propuso el Coronel á su sobrino enviar á saber como habia pasado la noche Mis San-Austyn.

Ya he estado yo mismo á informarme dixo Alberto. La noche ha sido buena, y esta mañana estaba

sin calentura. Mucho, mucho me alegre, repitió dos veces el Coronel; pero me parece que hoy os habeis levantado mucho mas temprano que soleis, y vuestro semblante me dice que habeis dormido mal. No hay duda, respondió Alberto, que el lance de ayer me ha quitado el sueño; pero despues del paseo de esta mañana estoy mas despejado. Por vida mia, dixo el Coronel, que fue gran fortuna el que ayer tarde hubieseis dirigido vuestros pasos hácia aquel parage. Yo salí, añadió Alberto, sin objeto determinado, y anduve hasta que vi á Mis San-Austyn. Si la sorpresa no me hubiera tenido un rato inmóvil, puede ser que hubiese impedido el accidente que la sucedió

Pocas semanas bastaron para que Gertrudis quedase enteramente curada. La primera vez que el Co-

ronel la volvió á ver en la sala, se acercó á ella con mucha gracia, y la dixo: permitidme, Mis, os felicite á la moda antigua; quiero decir, con un abrazo apretado, pues esto me ha parecido siempre mas sólido que un cumplimento.

Esta ocurrencia hizo reir á Gertrudis, á quien la presencia de Alberto tenia como cortada; y presentando la mexilla al Coronel imprimió este en ella un beso muy sonoro.

Ahora, dixo, teniendo agarrada la mano de Gertrudis, espero que mi sobrino va á hacerse un poco mas soportable; porque para nada es bueno tres semanas ha.

Esta reflexion alteró á Gertrudis; y Montgomery quedó poco menos turbado; sin embargo él se encargó de responder, y dixo: á mí se me condena por la acusacion de mi tio. La escena trágica de que fui testigo, era una prueba

bien fuerte para un convaleciente, y me avergüenzo de no haber sabido defender mejor la dama que reclamaba mi socorro. Por eso, dixo Madama Stanhope riendo, quando escribamos vuestras aventuras dexaremos esta en blanco. A propósito, si no estais empeñado en otra parte, quedaos á hacernos compañía esta tarde. Como tengo que hablar con el Coronel relativamente á Federico, os confio á Mariana y Gertrudis; pero me hareis el gusto de no alejaros del parque.

Alberto, aunque pensativo y triste, volvió á su buen humor con su hermana y con Mis San-Austyn, hasta el punto que esta se halló ya mas desembarazada junto á él, que jamas lo habia estado.

A la vuelta de paseo encontraron á Madama Stanhope y al Coronel ocupados en hablar de Federico,

y en formar mil conjeturas sobre sus proyectos y su situacion presente.

Yo cuento hacer muy presto un viage á Londres, dixo Mr. O'Bryen; yo procuraré informarme, y lo conseguiré tanto mas fácilmente quanto he formado una especie de conocimiento con el capitan Watson. Entretanto Alberto y yo vamos á escribir de nuevo á San-Austyn por la via de Yorkshire, segun la direccion que nos ha dexado. Si sus conexiones actuales son de aquellas de que él no deba desdñarse, respondió Madama Stanhope, yo no sé por que obra con tanto misterio en punto al lugar de su residencia.

Se sirvió el té, y la conversacion fue general, hasta que el Coronel y su sobrino se volvieron á Blackwood.

Amiga, dixo Mariana á Ger-

trudis , quando estuvieron en su quarto , yo creo haber hecho un descubrimiento. No sé si deba alegrarme , ó entristecerme , esto depende de vos. Si pende de mí , dixo Gertrudis , desde luego podeis alegraros : de qué se trata ? Pues bien , añadió Mariana : yo creo seriamente que Alberto os ama. Qué idea ! exclamó Gertrudis : ese es un error , amiga mia ; porque era preciso desde luego que me estimara , para inspirarle amor. Yo creo , repuso Mariana , que mi tio es de mi mismo parecer. Lo que ha pasado durante la enfermedad de Alberto ha dado lugar á nuestras primeras sospechas ; su melancolía , despues del accidente que os ha sucedido , las ha acabado de confirmar. Su conducta , en la época de su enfermedad dixo Gertrudis , solo prueba su opinion poco favorable hácia mi persona. ¿ No me

echó en cara mi necia preferencia por Berners ? En verdad , Mariana , que me sería imposible mirarle á la cara , si pudiera creer que se acuerda de lo que me dixo en su delirio : por mas que quiero violentarme , su presencia me causa siempre sujecion. Pobre Alberto ! dixo Mariana. Decid mas bien , repuso aquella , pobre Gertrudis ! Yo pienso alguna vez que me habria estimado , si mi conducta hubiera sido diferente , porque siempre se ha manifestado atento y complaciente conmigo ; pero el amor no ha entrado jamas en su corazon. Yo prometo no casarme jamas. Por lo que á mí hace , dixo Mariana riendo , yo no tomo sobre mí semejante empeño. Puede suceder que un hombre , como yo me lo imagino , venga á poner su corazon á mis pies : y á decir verdad yo tengo el alma muy buena para dexarle

sufrir. Mi hermano , por exemplo, dixo Gertrudis... no creo dudeis que os ama. Yo lo dudo sobre mi palabra, replicó Mariana, á menos que su obstinacion en huir de mí no sea una prueba de amor. Mi tio, Madama Stanhope y Alberto mismo le han convidado á venir : ¿ no se ha negado á sus instancias? No nos precipitemos para juzgar sus motivos antes de saberlos bien. Yo no pienso que vuestro hermano, dixo Gertrudis, rehuse ser su amigo, y vos teneis el alma demasiado generosa para acordaros de lo pasado. ¿ Que orgullosa y que contenta estaria yo llamandoos mi hermana ! ¿ No hallais otro medio , dixo Mariana , de lograr esa satisfaccion? No hay muger, me parece, que dexase de ser feliz con Alberto. Si no lo fuese , sería culpa suya, dixo Gertrudis. ¿ Y sin embargo, añadió Mariana, le desechariais vos si se os ofreciera? Sí,

porque no me conozco digna de él, respondió Gertrudis ; pero bien distante estoy de semejante prueba. Vuestro hermano merece una muger exenta de las reconvençiones á que yo me he expuesto. A nadie estimo mas que á él ; pero jamas me atreveré á amarle. Yo me habria guardado muy bien de deciros la menor palabra sobre este asunto, dixo Mariana , si no supiera que Madama Stanhope estima mucho á Alberto ; y en quanto al Coronel, ya quisiera que fueseis su sobrina. Es imposible , dixo Gertrudis , que sea ese el deseo del Coronel y de mi tia , porque ambos apetecen verme dichosa : ¿ pero que importan sus votos si no estan de acuerdo con los de vuestro hermano? Acordaos de todo lo que le hemos oido decir sobre el matrimonio, y convendreis en que jamas ha pensado en mí. Todo se descubrirá con el

tiempo , y así esperemos, dixo Mariana. Lo que yo deseo es , que su corazon no sea desechado por aquella á quien se lo ofrezca. Lo mismo deseareis vos , por poca amistad que me tengais. ¿Podeis dudarlo , amiga mia? la dixo Gertrudis. Sin embargo entre las pocas mugeres que tratamos , no conozco una siquiera capaz de hacerle feliz. Un dia nos dixo que sus nociones sobre el amor eran un poco quixotescas : ¿no observasteis el fuego de sus miradas en aquella ocasion? No ciertamente, dixo Mariana. Alberto ha sido buen hijo y buen hermano: ¿pues como podia dexar de ser buen marido? Sus bienes serán considerables : si os ofrece el partirlos con vos , y vos lo desechais , os declaramos una guerra obstinada el Coronel y yo. Yo me creo sobre este asunto, dixo Gertrudis , al abrigo de todo peligro. La amistad os

ciega , amiga ; vos mirais como una realidad lo que solo es ilusion de vuestros deseos. Para pensar de otro modo , replicó Mariana , sería preciso tener parcialidad á su favor : vos no teneis ninguna ; él os es tan indiferente , que no observais nada de lo que á nadie se le oculta. El no es un bello mozo ciertamente ; pero..... Vos os engañais , Mariana , la dixo Gertrudis : yo no he visto un hombre cuya persona y fisonomía me hayan agradado mas. Sus facciones son poco regulares, dixo Mariana , y ademas es picado de viruelas. Vos distinguís defectos , repuso Gertrudis , en donde yo no hallo ninguno ; y es un hombre de tan bella presencia como puede apetecerse. Las dos amigas prolongaron su conversacion hasta el momento de acostarse. Mariana se durmió presto : Gertrudis , al contrario , tomaba demasiado inte-

res en lo que habian hablado para olvidarlo tan presto. Mil pequeñas circunstancias que no la habian llamado la atencion hasta entónces, se representaron á su idea, apoyadas por las conjeturas de Mariana. Pero memorias contrarias destruian su impresion, y la sumergian en su incertidumbre. Si él me ama, decia al fin, es imposible que me estime; y el amor sin la estimacion es insuficiente para la felicidad.

El sueño la sorprendió en medio de estas reflexiones, y se durmió mas contenta de Montgomery, que de ella misma.

CAPITULO XXIII.

Secreto descubierto. Muger enamorada presto se descubre.

Pardiez, dixo la misma noche el Coronel á su sobrino á la hora de

cenar, hasta hoy he creido que teniais un poco valor; pero á fe mia, que me habeis desengañado. Lo siento mucho, le dixo Alberto; pero no comprehendo, como he podido perder esta mañana la buena opinion que teniais de mí. Cómo! le respondió el Coronel, pues no he abrazado delante de vos á Mis Sant Austyn? Y no os quedasteis plantado como un estafermo sin atreveros á imitar mi exemplo? Ella os habrá tenido por un gran majadero. Esa era una licencia, respondió Alberto, que solo á vos podia ser permitida. Peste! replicó el Coronel, qué miramiento! Yo lo admiraré, si gustais; pero no lo entiendo. Puede ser, añadió Alberto, que me haya excusado una negativa. Una muchacha honrada, le replicó el Coronel, no anda con esas negativas en un lance como aquel. ¿No es cosa ridícula ver un mancebo de seis pies

de alto quedarse inmóvil como una estatua muriendose de envidia por un beso que no tiene valor de dar? ¿Estais cierto, mi querido tio, dixo Alberto, de que yo deseaba semejante cosa? Sí, pardiez! le respondió el Coronel, bien seguro estoy. Vamos Alberto, inútil es disimular mas; confiesa claro que la amas. Sois ejecutivo, le repuso Alberto; pero quando así fuera, cuál sería mi esperanza? Toda la que podía esperarse de la fortuna y de la belleza reunidas, dixo el Coronel. Presentame una muger que te agrade, y dexa lo demas por mi cuenta; si esta muger es Mis San-Austyn ¿donde emplearias mejor tus bienes, que en indemnizar á su hermano de lo que ha perdido? Ah! hombre generoso! exclamó Alberto, el disimulo con vos sería imperdonable: vuestras conjeturas son talvez bien fundadas; pero aun yo mis-

mo no me he atrevido á pararme en ellas. Por qué pues? le preguntó el Coronel. ¿Si tú amas á esa niña, y su familia te conviene, que mas puedes desear? Su corazon, dixo Alberto, solo puede satisfacerme. El diablo cargue contigo! gritó el Coronel. ¿Con que tú quieres que ella venga á ofrecértele en términos tan positivos como los de un contrato? ¿Que prueba mayor quieres de la preferencia que te da, que la priesa con que huyendo de Berners se arrojó en tus brazos? Esa era sin duda, dixo Alberto, una prueba de la confianza que tenia de mí; ¿pero no habria hecho lo mismo con la persona mas indiferente que en aquella ocasion se hubiera presentado á su vista? Lo que no tiene duda es, dixo el Coronel, que enteramente ha despreciado á Berners. Yo lo creo, repuso Alberto; pero es demasiado pre-

sumir que por esa razon me quiere. Confieso que estando asegurado de vuestra aprobacion, no desconfiaré de la de Madama Stanhope. Tambien puede ser que Mis San-Austyn, humillada de un error pasagero, apresurada por dar un testimonio de reconocimiento á Madama Stanhope, y subyugada al mismo tiempo de su afecto á Mariana, sintiese en darme su mano, sin que no obstante fuese un don de su corazon. Reid, si os parece, de mis ideas quixotescas; pero yo quiero deberlo todo al amor, y nada al deber, y á la condescendencia. Ya me he explicado, dixo el Coronel; haced lo que os parezca, pues en nada de esto vuelvo á mezclarme. No es eso lo que yo deseo, dixo Alberto; al contrario, os suplico, supuesto que conoceis el estado de mi corazon, tengais la bondad de instruir de ello á Ma-

dama Stanhope. Si aprueba mis deseos, suplicadla no lo comunique á Mis San-Austyn ni á Mariana, á fin de que yo no deba sino al afecto la felicidad á que aspiro. ¿Quantos años necesitais, le dixo el Coronel, para enviar á paseo todos esos lindos escrúpulos? ¿Que diriais, si mientras estais componiendo y arreglando la tarifa de las acciones, de las palabras, y de las miradas de vuestra dama, otro perillan mas listo os la soplara? Entónces me felicitaria de haber esperado, dixo Alberto. Todo eso es muy bueno, muy sentimental y muy caballeresco. Yo soy de la opinion de aquel viejo refran sobre el matrimonio que dice: *mientras menos se piensa mejor sale*. Por lo demas, yo evacuaré vuestra comision, y nada mas. Vos os compondreis despues como podais.

Al otro dia temprano el Coronel

se fue solo de Blackwood á casa de Madama Stanhope, y hallandola sola desempeñó su comision, no sin algunos chistes á su modo sobre los escrúpulos de su sobrino, que no le parecian buenos sino para perder tiempo.

Convengo, dixo Madama Stanhope, en que yo no creia á Mr. Montgomery susceptible de esta delicadeza de sentimientos; pero no puedo condenarla. Me inclino á creer que el deseo de corresponder á mis deseos habrá tenido una grande influencia en la determinacion de mi sobrina; y esta misma persuasion me impedirá siempre el recomendarla á nadie. En un empeño donde se trata de la felicidad de toda la vida, Gertrudis no debe tomar consejo sino de su corazon; pero no deseo menos que vuestro sobrino sea el objeto de su eleccion. Ah! Madama, dixo el Coronel, en-

cantado despidiendose de Madama Stanhope, si este negocio se termina, yo seré el tio mas dichoso de los tres reynos. Vos sabeis quanto he deseado ver casado á Alberto, y estoy gustosísimo de que haya elegido la que yo mismo habria querido darle.

Apenas salió el Coronel, quando Gertrudis y Mariana entraron en el gabinete de Madama Stanhope. Esta advirtió con gusto que su sobrina tenia un humor mas risueño que solia.

Mi querida Gertrudis, la dixo, mucho me alegro de veros volver á tomar vuestra antigua alegría; me parece tambien que la vuestra, Mis Montgomery, tiene un grado de viveza mas. ¿Se puede saber la razon? O Madama! respondió Mariana, riendo, acabamos de tener Gertrudis y yo una pendencia muy seria sobre casamiento. Sobre casa-

miento! repitió Madama Stanhopè, que desde luego creyó que ellas habian formado conjeturas sobre la venida del Coronel. ¿Y qual ha sido el resultado de esta contienda? Que Mis San-Austyn, dixo Mariana, ha hecho, no diré el voto, pero la promesa de mantenerse soltera: mientras que yo no me he atrevido á hacer otro tanto por miedo de hallarme obligada á retractarme. Ese es el partido mas prudente, dixo Madama Stanhope, Yo me acuerdo de haber hecho la misma promesa que Gertrudis, y mi exemplo prueba la poca firmeza de semejantes empeños. Yo me persuado, dixo Mis San-Austyn, á que quien fue causa de esa mudanza, merecia que vos le hicieseis ese sacrificio de vuestra primera resolucion. Os doy gracias, la dixo su tia, por el homenaje que rendis á la memoria de mi amado Stanhope...

Pero no me habeis dicho lo que dió lugar á esa conversacion. Yo os lo diré, Madama, respondió Mariana. Mi tio y yo hemos hecho varias observaciones relativas á Alberto. Yo las he comunicado á Mis San-Austyn, y porque la interesan no quiere creerlas. Por cierto, tia, dixo Gertrudis, que ya no me atreveré á ponerme delante de Mr. Montgomery, ni del Coronel. Esa sería una debilidad imperdonable, amiga, la dixo Madama Stanhope, y una tácita confesion de lo que quereis dar á entender ignorais. Mariana que es vuestra amiga sincera, no pretende por cierto afligiros. Las sospechas que ha concebido proceden del afecto que os profesa, asi como las del Coronel del deseo que tiene de ver casado á su sobrino. ¿Como es posible imaginar, dixo Gertrudis, que Mr. Montgomery piense en mí

despues que sabe mi paso imprudente? En una materia tan delicada, dixo Madama Stanhope, no es facil acertar. Todo lo que debeis hacer es ocultar que os han comunicado sospechas, tal vez concebidas ligeramente; Pero si fueran ciertas, dixo Mariana á Madama Stanhope, no tomariais el partido de Alberto? Por lo que hace á Gertrudis, respondió, yo debo dexar que ella misma se decida. Mr. Montgomery es sin duda un excelente hombre; su carácter promete ser feliz á la que se una á él: yo no hablo de sus bienes, porque los mas quantiosos jamas serán una recomendacion para mi modo de pensar; pero es posible que se presente otro pretendiente que agrade mas á mi sobrina, y yo me he impuesto la obligacion de no oponerme á la eleccion que hagan su corazon y su razon. Ah! Madama,

dixo Gertrudis, si llego á casarme, el hombre que tenga vuestra aprobacion debe estar seguro de la mia. Yo no me atrevo ya á fiarme de mi propio juicio despues de la fatal prueba que hice; pero yo no tengo priesa para mudar de estado. ¿No me habeis dicho, mi querida tia, que teniais veinte y tres años quando os casasteis con Mr. Stanhope? Sí, la respondió, pero ya habia mucho tiempo que nos conociamos, y yo habia resuelto ser suya: de modo que nuestra union solo se retardó por las contiendas de mi familia. ¿Luego es cierto, dixo Gertrudis, que ese casamiento fue á disgusto de vuestros padres? Sí, querida mia, la respondió su tia; y por satisfacer vuestra curiosidad, quiero contaros los principales sucesos de mi vida segun se me acuerden.

Mariana y Gertrudis, no obs-

tante su deseo de oír esta relacion, creyeron debian suplicarla no la hiciera, temerosas de que memorias ya dormidas no la causasen ahora algun sentimiento. Pero, aunque agradecida á sus miramientos, persistió en su resolucion, y comenzó así.

CAPITULO XXIV.

Historia de Madama Stanhope.

Carácter original.

Desde luego debo informaros que mi infancia fue bastante turbulenta. Mi padre decia muchas veces que la naturaleza se habia equivocado, y que debió hacerme varon: por otro lado mi madre estaba como escandalizada de mi robusta constitucion. Añadid á esto, que á medida que iba creciendo iba teniendo tambien una inclina-

cion señalada á ridiculizar las faltas que advertia, y una viveza de carácter que nada era capaz de reprimir al menor insulto que me hacian, ó hacian á los demas. Yo me creia obligada á defender quanto me parecia sometido á la opresion desde la criatura humana hasta el mas vil animal, despreciando la cólera, y hasta el castigo, siempre que obraba conforme á mis principios de justicia.

Vuestra madre, Gertrudis, tenia disposiciones mas propias de su sexô, y un temperamento delicado, que la educacion acabó de debilitar. En el invierno no la dexaban salir sin exâminar antes de que parte venia el viento. En el verano no iba á paseo sino muy de mañana, ó despues de puesto el sol. Yo, al contrario, miraba iguales todas las estaciones, y era preciso que me encerraran en mi quarto para im-

pedirme salir en medio del día y en la canícula fuera verano ó invierno. No obstante estas disposiciones, tenía un gusto decidido por la lectura y por las bellas artes. Mi padre, como hijo segundo de un conde, y mi madre de una familia no menos distinguida, tenían una mediana dosis de orgullo, de la qual participaba mi hermana con mas gusto que yo. Me acuerdo que un día (tenia yo como unos diez años) me pusieron á bordar sobre una pieza de raso las armas de mi abuelo que tenían grifos por soportes. A la cabeza de estos grifos se me ocurrió substituir una cabeza de asno; de lo que quedó tan escandalizada mi madre, que me tuvieron encerrada quince días en mi quarto, de donde no habria salido tal vez tan presto si no hubiera sido por mi mismo abuelo que vino á vernos en aquella época, y me lle-

vó consigo á Yorkshire, donde residia.

A Mis Montgomery que no conoce nuestra familia le diré que Lord Derwin, el abuelo de quien hablo, lo era por linea paterna. Este era un Grande sin orgullo, un hombre virtuoso sin hipocresía, é igualmente caritativo sin ostentacion. Yo era su favorita, y creo tambien que se habia prendado de mí particularmente al ver la dureza con que me trataba mi familia. Lo original de mi carácter, la aspereza de mi trato que me exponia á continuas reconvenciones de mi madre, eran precisamente las cosas que lo divertian. Nuestros gustos eran perfectamente iguales con proporcion á su edad de setenta años y á la mia de diez. El invierno se pasó como un sueño agradable, y la idea de separarnos nos afligia igualmente. Jamas habia yo

conocido el placer de ser querida: esta dicha, que hasta entónces no habia probado, se hizo en mí una necesidad. Mi educacion no fue descuidada mientras permaneci en casa de mi abuelo, pues él mismo tenia gusto en dirigir mis estudios; y asi mis progresos eran mas rápidos que en la casa de mis padres.

A la primavera siguiente, el Lord Derwin, de cuya compañía me creia próxima á separarme, obtuvo de mi familia que yo continuase viviendo con él todo el tiempo que tuviera por conveniente. Durante el espacio de ocho años fui perfectamente dichosa. Yo no manifestaba deseos razonables que no fueran satisfechos al instante, y cada vez que experimentaba oposiciones, eran tan justos los motivos que las causaban, que mi razon se sometia á ellas sin repugnancia.

Durante este intervalo fue quan-

do mi abuela materna, viuda desde mucho tiempo, se casó con uno de sus criados, desigualdad que hirió el amor propio de mi madre hasta el extremo de perder el juicio. En esta ocasion el Lord Derwin me hizo conocer la necesidad de abstenirme de toda burla sobre el asunto.

Un casamiento semejante, me dixo, no puede dexar de causar pesadumbre á una familia, y sobre todo á una muger tan imbuida como vuestra madre de las preocupaciones del nacimiento: y asi debeis respetar mas que nunca su delicadeza sobre este punto; el orgullo agarrado á la nobleza de la sangre es sin duda una debilidad; pero este orgullo es en muchos casos muy necesario: y siempre es útil quando sin ostentacion ni vanidad sirve de apoyo al honor y á la virtud.

Poco tiempo despues tuve el do-

lor de ver que la salud de este hombre respetable se alteraba considerablemente. El título y bienes que poseía debían pasar al hijo primogénito. Mi padre como segundo recibió al casarse la parte de herencia que le correspondía. La intención del Lord Derwin era dexarme un legado considerable por su testamento ; pero su muerte repentina me privó de este beneficio. Inútil es querer explicar hasta que punto sentí su muerte. La recepción que me hizo mi familia no era ciertamente muy apropósito para suavizar mi pesadumbre. Jamas me habían tenido un afecto particular, y mi larga ausencia me había hecho una persona extraña en la casa paterna. Para un corazón acostumbrado á lo contrario esta mudanza de situación era muy penosa. Mi padre tenía conmigo un ayre frío y severo ; y los gustos

de mi madre en nada se parecían á los que me habían inspirado. Lo que me era mas sensible todavía era que mi hermana había aprendido á mirarme como una muger desprovista de las calidades de su sexô, y cuyos modos ásperos y comunes no debían imitarse. Para aumentar el disgusto nos pusieron un aya francesa, provenzala presumida, cuya ignorancia igualaba á su pedantería, que se encargó de enseñarnos su lengua, la qual sabía yo mejor que ella misma.

Mi inclinacion á las burlas, que los sabios consejos de mi abuelo habían reprimido, aun no estaba superada. Yo creí que bastaba no emplearla contra mis padres, y que esta reserva era inútil con una muger que desde luego miraba como la mas ridícula de todas.

Esta era una triste satisfaccion para mí que había disfrutado tan

felices días. Pero tomando mi carácter energía á proporcion de las injusticias que experimentaba, supe devorarlas con una indiferencia aparente, y apliqué al estudio toda la fuerza de mi espíritu, para apartarlo de reflexiones tan penosas como inútiles.

Dos años hacia que habia vuelto al seno de mi familia, quando un día paseandome fuera de los límites del parque de la casa, oi los gruñidos repetidos, y como dolorosos, de un cerdo que habia metido la cabeza entre las barras de una puerta, y se esforzaba vanamente á sacarla. Al punto corrí á él; y queriendo socorrerle como que mi valor era superior á mis fuerzas, todo lo que conseguí fue una mordedura cruel, que sin embargo no me impidió continuar lo que habia emprendido. Un hombre que pasaba á caballo al verme en una situacion que debia

parecerle extraña, se sorprendió, echó pie á tierra, y mas fuerte ó mas habil que yo, pudo sacar de su apuro al pobre cerdo. Yo me habia atado al brazo mordido un pañuelo; y el pasajero manifestó sentia mucho verme maltratada; pero como yo daba á entender que no hacia gran caso de ello, se vino conmigo, trayendo el caballo por la brida. Hasta la entrada del parque me acompañó, adornando la conversacion con mil chistes que recayeron sobre la aventura que acababa de suceder; mas al despedirme y darle gracias, me dixo: ¿es á una de las hijas de Mr. Monton á quien tengo el honor de hablar? Permitireis que venga mañana á saber las resultas de vuestra herida? Mi nombre es Stanhope; mi padre se ha establecido poco hace en estas inmediaciones, donde ha comprado la propiedad de la granja.

Yo os repito muchas gracias, Mr. le respondí, mi herida no es cosa de cuidado; y así os deseo un paseo agradable.

Diciendo esto me separé de él, y volví á casa. Aunque parecia no hacia mucha atención á mi herida, el brazo me incomodaba demasiado: el cirujano dixo que la mordedura era peligrosa; y en efecto no me ví completamente curada sino al cabo de tres meses. Durante todo este tiempo tuve que aguantar varias regañaduras sobre lo extravagante de mi conducta. Como yo no habia ocultado mi encuentro con Mr. Stanhope, tambien tuvo muy buena parte en la crítica de mis acciones. No extraño, decia mi madre, que ese hombre se haya prestado á una operacion tan asquerosa como la de andar manoseando un cochino. Su padre, segun me han contado, es un mercader que debe al comercio

los muchos bienes que disfruta; pero no entiendo como mi hija, la nieta de dos condes, haya podido conducirse con tan poco miramiento.

No obstante la opinion de mi madre, la familia de Mr. Stanhope era respetada por generosa en todo el canton. A una voz era celebrada su probidad y su beneficencia, y la cabeza de esta familia acababa de ser nombrada juez de paz con general aplauso de sus convecinos, y sobre todo de los pobres.

En esta época el conde de Seaton, que tenia tambien su quinta en nuestra vecindad, solicitaba votos para un hermano menor que aspiraba á entrar en la cámara de los comunes. Habiendo venido á visitar á mi padre con este motivo, fue convidado á comer, y yo tuve, segun me dixeron luego, el honor de agradecerle. El conde acababa de cumplir veinte y tres años: era buen

mozo, rico y amable, y ofrecía á mi familia muchas ventajas si yo aceptaba su mano. Hallandome poco satisfecha en la casa de mis padres, y teniendo el corazón libre, no deseché el homenaje. En consecuencia se le admitió á hacerme la corte; pero á pesar de quanto me dixeron mis padres, no quise empeñarme definitivamente hasta que pasasen seis meses.

La hora de comer interrumpió la relacion de madama Stanhope: pero volvió á seguirla aquella tarde, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XXV.

Continuacion de la relacion. Un grande opuesto á un pobre aldeano.

La brillante conquista que yo habia hecho parecia que me daba

un gran realce; yo me vi tratada con mil miramientos, á los cuales no estaba acostumbrada. Dichosa con ser amada sin inquirir demasiado la causa, llegué á ser mas atenta y mas complaciente con el Lord Seaton, á quien ya miraba como el elegido para ser el compañero de por vida. Cinco meses iban ya pasados, y yo no pensaba de ningun modo en burlar las esperanzas de mi familia, quando paseandome un dia en la aldea encontré á la muger de un labrador, en otro tiempo arrendador acomodado, pero entónces reducido á la indigencia por desgracias que no habian dependido de él, pues pasaba por honrado y laborioso. Como yo habia hecho algun bien á esta muger me saludó quando pasaba.

Muy cargada vais, Marta, la dije, viendola agoviada con un gran lio de ropa. Os mudais? Si no me

engaño vos viviais en los dominios del Lord Seaton. Es verdad, Mis, allí viviamos, me respondió; pero somos desgraciados, y vamos á ocupar una cabaña á la granja en las tierras de Mr. Stanhope.

Pensais, la dixe, vivir allí con mas comodidad? Yo no lo sé, Mis, me respondió; pero lo cierto es que por un año de alquiler que estamos debiendo nos vemos obligados á dexar la casa.

Mejor hubiera sido, la dixe, haber permanecido en ella hasta que hubieseis tenido medio de satisfacer la deuda. El Lord Seaton os hubiera concedido sin duda toda la espera que hubieseis necesitado.

La respuesta evasiva de la pobre muger no me agradó. Iba á retirarme, quando el carnicero del lugar pasó junto á nosotros arreando un carnero y un cordero. Al instanté los dos hijos de Marta que la acom-

pañaban, empezaron á llorar, y se arrojaron al cuello de aquellos inocentes animales que parecia no desconocerles. Madre! á la carnicería los llevan! exclamaron. Ah! los malvados nos los han cogido para degollarlos!

Quién os los ha cogido? niños, les pregunté, viendo su dolor inocente que me interesaba; y ambos contextaron á pesar de su madre, que un hombre muy malo, qual era el mayordomo de Milord.

Quánto valen el carnero y el cordero? dixe entónces al carnicero que se habia parado. Treinta schelines, Madama, me respondió. Mucho siento, le dixe, que esos pobres animalitos sean de Marta; pero lo mismo es que yo los compre que otro: y entregando el dinero al carnicero se fue dandome gracias.

Alegraos, amiguitos, dixe á los muchachos; el cordero y el carnero

son todavía vuestros ; pero vos me ocultais alguna cosa , continué , hablando con la madre. Por qué no os habeis dirigido al Lord Seaton ? Yo no puedo creer que os hubiera dexado desconsolada. Ah ! Mis , no me preguntéis , por Dios , me contestó Marta , porque me es imposible decirlos... La pobre muger calló casi sofocada por las lágrimas.

Imposible ? decís , la reconvine. Yo siento mucho , Marta , el veros obligada á disimular. Yo no hago mal alguno , me dixo ; pero todo el mundo dice que vais á ser Lady Seaton ; y así no me atrevo á explicarme.

Si yo debo ser Lady Seaton , entónces tendré mayores medios de ser útil á los desgraciados. Lo que ahora quiero es que no me ocultéis nada de lo que os pasa , á menos que no tengais que avergonzaros de vuestra conducta.

Todavía titubeaba Marta ; yo veía sobre todo que la presencia de sus hijos impedia esta confianza ; y así quité este obstáculo. Lo que llevais , la dixe , parece no pesa mucho : dividid ese emboltorio entre los dos muchachos que vayan delante , y vos quedareis conmigo un rato.

Marta obedeció , aunque con una repugnancia visible. Los muchachos acompañados de su cordero y de su carnero nos dexaron con mucha presteza y alegría. Su madre y yo atravesamos la pradera inmediata á la aldea ; y habiéndola hecho sentar á mi lado al pie de un árbol , la obligué de nuevo á satisfacer mi curiosidad. Ah ! Mis , me dixo , yo no he olvidado , quando mis pobres chicos tuvieron las viruelas , con qué bondad...

No se trata de eso , la dixe , con impaciencia ; vamos al caso , y si no me marchó. No os enfadeis , Mis ,

me dixo. Ah! jamas nos perdonareis... Pero si yo hubiera tenido la mas pequeña sospecha de lo que ha sucedido, Sally no hubiera puesto jamas los pies en la quinta de Milord: ella es pobre, pero honrada: podia yo creer que se basase este señor hasta el punto de seducirla?

Ya veis, la dixé, que ese modo de explicaros excita mas mi curiosidad. Proseguid pues con claridad, asegurada de que sabré haceros justicia y ayudaros con todo lo que pueda. Que Dios os bendiga! Mis, me dixo, vos habeis tenido siempre mucha bondad con nosotros. Yo os diré la verdad enteramente. Volviendo un dia de cazar Milord, habrá como siete meses, con su caballo muy fatigado, se apeó delante de aquella puerta: entregó el caballo á un muchacho mio con orden de conducirlo de la brida hasta su quinta. Nues-

tra casa le pareció cómoda, y me dixo que gustaba de animar la industria: dióme una guinea, y me preguntó quantos hijos tenia. Yo le respondí que tenia seis. Qué edad tiene esta linda niña, volvió á preguntar, señalando á Sally? Me parece que ya es tiempo de pensar en ella. Quando yo hube respondido, dixo Marta, que tenia diez y siete cumplidos: se paró un poco, y me dixo luego: enviadla á casa: yo bablaré á mi ama de gobierno, que hallará en qué ocuparla. Ya veis, Mis, que nosotros miramos esta oferta de Milord como una señal del mucho honor que nos hacia. Le dimos un millon de gracias, bendiciendo el dia y la hora en que habia entrado en casa. Sally se vistió lo mejor que pudo, y fué á la quinta el dia indicado llena de gozo y de esperanza. Casi en un mes no dexó dia ninguno que no viniera á

vernos. Poco á poco fueron disminuyendo sus visitas, y quando venia, la veia yo tan abatida y tan triste que no sabia qué pensar. Un dia que estábamos solas en la casa ella y yo, observé en su modo y en su talle un no se qué, que me hizo temblar. Pero no atreviendome á descubrirla mis sospechas, me contenté con decirle: qué gorda te vas poniendo, Sally! Ah! Mis, si hubierais visto á la pobre criatura, quando yo la dixé esto, vuestro corazon se hubiera enternecido, no obstante hallarse culpada. Ella no me respondió nada; pero perdió el color, y cayó casi sin conocimiento á mis pies.

Mi marido entró en aquel momento; la confusion en que estábamos Sally y yo, sus lágrimas y las mias le hicieron conocer muy luego la verdad. Su cólera fué terrible; yo creo que hubiera muerto

á su hija si yo no hubiera empleado todas mis fuerzas para detenerle. Sosegado ya un poco, exigió de ella que le nombrase el seductor. Yo creí caerme muerta quando pronunció el nombre de Milord. Mi pobre marido le maldixo, al propio tiempo que le caian lágrimas como quartos, á pesar de sus esfuerzos para detenerlas. Ah! Sally, dixo á su hija, ved ahí el consuelo que reservabais á mi vejez! Yo era pobre; pero podia andar con mi cara descubierta; y hoy no tendré valor para que nadie me vea. Jones, le respondí yo, procura sosegarle: piensa que una pobre muchacha sin experiencia no es facil resista á la seduccion de un poderoso joven. Sally, dixo entónces, no volverá mas á la quinta. Si ella me ha deshonrado, yo no quiero que piensen favorezco su infamia. Mi marido pasó con este suceso muy mala no-

che. A la mañana siguiente fué á la quinta á hablar á Milord, quien al verle, y sin dexar tiempo de hablar, le dixo: y bien, buen Martin, qué hay? Os puedo complacer en algo? Yo soy un hombre pobre, respondió Jones: vos, Milord, sois poderoso y rico. Yo tenia hijos que me hacian dichoso, y vos habeis emponzoñado mi felicidad. Ya os entiendo, amigo, le dixo Milord; me alegro mucho de que hayais roto el velo. Vuestra hija es una criatura preciosa: si yo no estuviera para casarme, nadie sería capaz de hacerme separar de ella; pero atendiendo á las circunstancias del dia, es menester pensar en los medios que han de emplearse para reparar el accidente que ha sucedido.

Milord tenia un ayre tan indiferente, que Jones apenas se atrevia á creer lo que estaba oyendo; sin embargo no se detuvo en res-

ponderle: yo no conozco, Milord, ninguna reparacion posible, á menos que vos no podais volverla la inocencia, y eso no está en vuestro poder. Yo puedo procurarla, le respondió Milord, algo mas que eso; y para que quedeis convencido del interes con que miro su suerte, es mi intencion darla doscientas libras esterlinas, y casarla con mi suizo Bonjou: este es un criado fiel á quien deseo recompensar. Este plan lo compone todo: el hijo será legítimo, y Sally se encontrará al abrigo de toda reconvenccion. Yo veo en efecto, Milord, le dixo Jones, que ese plan os dexará satisfecho; pero yo soy un hombre ignorante, que no concibo nada de las *recompensas* que los grandes conceden á *sus fieles criados*: y asi me permitireis deseche vuestras ofertas. Rehusarlas! dixo, soñais, Martin? No, Milord, le respondió, yo no

sueño: y como yo no puedo prestarme á vuestras ideas, me conduciré en este asunto segun las mias. Todo lo que pido es que vos reconozcais la criatura que no debe ser castigada con las faltas de su padre, ni con las debilidades de su madre. Tambien tendreis á bien encargaros de su subsistencia, porque yo soy demasiado pobre para hacerlo. Yo no me excuso por cierto á obrar generosamente, dixo Milord, pero yo lo haré á mi modo. Reflexionad bien lo que os he dicho, y respondedme mañana. Mi respuesta está ya dada, Milord, dixo Jones: yo no os importunaré mas. Antes de dexar que mi hija contraiga una alianza tan vergonzosa, yo trabajaré para ella, y trabajaré para vuestro hijo, Milord: si podeis consentirlo sin degradaros, con mas razon no quedaré yo deshonrado.

Furioso Lord Seaton, y con un

gesto amenazador, se adelantó como para cascar á mi marido: pero este le dixo: cuidado Milord, yo soy pobre, y me hallo ultrajado; pero el mismo Dios que os ha hecho rico y grande, me ha dado á mí fuerza y valor; y así reflexionad lo que vais á hacer. Diciendo esto se retiró dexando al conde enfurecido.

Bien conoceis, continuó Madama Stanhope, que la relacion de Marta no era tan regular como lo que acabais de oir. Yo supe despues todos los por menores de este asunto por Mr. Stanhope, que los habia tenido de Martin, cuya capacidad y precision de entendimiento eran muy raros en un hombre de su clase. Continuaremos esta historia en otra ocasion, si gustais: y vamos ahora á tocar y cantar un poco para descansar.

Apénas habia acabado de hablar Madama Stanhope, quando llega-

ron el coronel y su sobrino. En la fisonomía de este venían pintados la alegría y el contento. Sus miradas explicaban á Madama Stanhope el reconocimiento de que se hallaba penetrado por el tácito consentimiento que daba á su amor. Gertrudis por su lado, también llena de las ideas que Mariana la había sugerido, no pudo dexar de experimentar alguna confusión delante de Alberto; pero esta nube desapareció bien presto; y así se pasó el rato agradablemente.

Luego que Mariana y Gertrudis se retiraron dixo esta á su amiga: segun mis observaciones hechas hoy, me hallo convencida de que todas vuestras conjeturas son falsas: jamas he visto tan alegre á Mr. Montgomery, y dicen que el amor produce un efecto contrario. En ese caso, respondió Mariana, el cielo me preserve de semejante amor. Si

tengo un amante, no quiero que sea melancólico: el amor alegre es el que me place. Pero, dixo Gertrudis, las dudas, el temor y los zelos son los que siempre rodean al amor. Yo lo despediria sin piedad de no venir con semejante acompañamiento, dixo Mariana. Puede ser, respondió Gertrudis, que no tuvieseis bastante resolución para hacerlo así. Pues deseadmela á lo menos, dixo Mariana.

CAPITULO XXVI.

Prosigue la historia de Madama Stanhope.

Al otro dia, despues de desayunarse, Madama Stanhope continuó su historia en estos términos.

Creo que quedó pendiente la relación de Marta en el instante que su marido salió de la quinta de-



xando al Lord Seaton casi furioso. La buena Marta no era tan habil para contar, como para hacer queso y manteca, segun lo he sabido despues. Sin embargo, voy á dexarla hablar todavía.

Luego que mi pobre marido volvió de la quinta no dixo nada á Sally; pero su abatimiento era tanto, que no le fué posible trabajar aquel dia. Al siguiente salió como acostumbraba, y Sally y yo quedamos solas. Hácia los once llamaron á la puerta; yo fuí á abrir, y vi al mayordomo del Lord Seaton, que venia con un recado del Milord su amo para que le dixese á mi marido si admitia la propuesta del dia anterior; y en caso de no, traia encargo especial de exígir el pago del año de alquiler vencido en el mes de Agosto último.

Esta peticion, dixo Marta, fue un golpe cruel para mí, porque no

teníamos nada ahorrado, y porque poco tiempo antes este mismo mayordomo habia dicho á Martin no se inquietara por lo que debia. Yo envié á buscar á mi marido, á quien el mayordomo repitió la orden que traia. Tened la bondad de decir á Milord, le respondió, que él es el dueño de hacer lo que guste. En este momento me es imposible pagarle lo que le debo. Por lo demas, yo seguiré el impulso de mi conciencia, y sean las que quieran sus resultas.

El mayordomo se fue, y no oímos hablar de nada durante quince dias. Despues de este intervalo, Milord envió á buscar á mi marido, y hablándole con mucha bondad le instó á que aceptase su proposicion; extendiendose hasta ofrecer quinientas libras esterlinas de dote á Sally. Bonjou estaba presente, y apoyaba el dictamen de su

amo para determinar á mi marido á que hiciese lo mismo. Yo amaré á vuestra hija , le decia , de todo corazon : lo que ha sucedido es una bagatela , de la qual un hombre de buen juicio apenas debe hacer caso. Yo quedaré muy satisfecho de poseer una muger á quien Milord ha querido. Pensar de otro modo sería hacer un gran desayre á su gusto. Vos amareis tambien, lo supongo , le dixo mi marido , al niño mucho mas , porque es hijo de Milord. Por qué no? respondió Bonjou. Mi pobre familia quedará muy honrada con dar su nombre al vástago de una sangre tan ilustre. Ah! le replicó mi marido , yo quisiera que vos tuvieseis este honor entero, sin que yo participase de él; pero eso os conviene sin duda , Mr. Bonjou. Por lo que á mí hace soy un pobre labrador , quiero á una muger que yo mismo elegí , y á unos

hijos que me pertenecen. Milord , yo no abusaré de los momentos que aquí se pierden: mi partido está tomado , y os declaro que es irrevocable.

Para abreviar lo posible mi relacion , os diré , que hace ocho dias que el mayordomo de Milord hizo embargar y vender nuestros muebles , dexándonos únicamente lo que no han querido comprar : de modo que ni una cama nos han dexado siquiera. Un rentero de Mr. Stanhope nos ha recogido en su casa: allí está ahora Sally mala y tan débil que no puede andar. Yo no creo que ella viva mucho tiempo , ni que lo tenga tampoco para salir de su apuro. Ella pasa las noches y los dias llorando : la pobre criatura es digna de compasion ; y así no me atrevo á echarla en cara su debilidad.

Al dia siguiente al que nos reti-

ramos á casa del buen rentero Peny, Mr. Stanhope, el joven, vino allí á llevar el pago de algunos sacos de grano enviados á la quinta de la granja, donde él reside con su padre. La muger de Peny, que gusta de charlar, le contó nuestra historia. Aquella misma tarde Mr. Stanhope, padre, envió á buscar á mi marido, y le ofreció una habitacion en sus posesiones; añadiendo, que él nos daría los muebles que necesitábamos, y que los pagaríamos quando nos hallásemos enteramente desahogados.

Ved aquí, Mis, todo lo que tenia que deciros. Nosotros vamos á establecernos á la casa que nos dan. ¡Quiera Dios conservarnos á nuestra pobre Sally! Nada mas nos queda que apetecer. Si existen dos ángeles en la tierra son sin duda Mr. Stanhope, padre é hijo.

Así concluyó Marta su relacion,

continuó Madama Stanhope: yo le estimé mucho su confianza, y la despedí con un regalito. Luego que volví á casa hice varias reflexiones sobre lo que acababa de saber. La costumbre de ver al Lord Seaton y el plan que me habia formado de no oponerme á las miras de mi familia sobre nuestra union, me habian inspirado una especie de predileccion en favor suyo; pero toda la energía de mi carácter, sublevada contra la opresion de que él era causa, me determinó á sufrirlo todo, antes que pasar mi vida con un hombre culpable de tanta depravacion é insensibilidad.

En consecuencia de esta resolucion fuí á ver á mi madre, que estaba en su gabineté. Mi agitacion era demasiado visible para que no la advirtiese, y al punto me preguntó la causa: yo se la conté; ¡pero que asombro no fue el mio quando

en vez de verla tomar parte en mi indignacion, me hallé acusada de curiosa, impertinente y baja! ¿Debia yo esperar tener un marido sin defectos? El Lord Seaton los tenia tambien, pero á pesar de eso era mas virtuoso que la mayor parte de los señores jóvenes de su edad. ¿Por que trataba yo de censurar su conducta antes que fuese mi esposo? Si yo hubiera sido muger suya habria tenido sin duda razon de quejarme, y la familia habria tomado parte en ello; pero en el estado actual de las cosas era poco decente el hacerlo sobre lo que habia sucedido. Bien se veia claramente, añadia mi madre, que Milord era un hombre generoso, quando ofrecia un dote considerable á la muchacha. Su proyecto de casarla con Bonjou era una prueba sin réplica de que ya se apartaba enteramente de ella. Este fue poco mas ó menos el discurso

de mi madre. Yo, mas acalorada que prudente, la respondí, que si no aprobaba mi conducta era señal de que no conocia mi carácter: que en quanto á mi curiosidad daba gracias al cielo, porque le debia la dicha de hallarme ilustrada y advertida por medio de ella de un peligro que no sospechaba. Sin esperar hallar perfecto al Lord Seaton, yo le quisiera un poco mas virtuoso que los jóvenes de su clase y de su edad, ¿como podia yo asegurarme de su conducta futura, si no me era permitido observarla antes de nuestra union? Yo la di gracias por el interes que me prometia tomar en mis disgustos, si los tenia, despues de ser muger de Milord; pero antes de confiarle los derechos peligrosos de marido, queria asegurarme de que no abusaria de ellos; y no adivinaba por qué sería poco decente el interesarse

se en lo que habia sucedido ; y así determiné hablar yo misma de ello á Milord. En quanto á generosidad, me era difícil suponérsela , á menos que no hiciese consistir esta virtud en seducir á una muchacha simple é inocente , y en sumergir despues su familia en todos los horrores de la indigencia, porque no habia querido prestarse á una segunda prostitucion.

Esta respuesta irritó á mi madre, de modo que me sacudió cinco ó seis bofetones, que aguanté sin decir palabra , determinada enteramente á persistir en mi resolucion relativamente á Milord Seaton.

La cólera de mi madre no me impidió advertir que ya estaba informada del asunto que yo la habia revelado. Sin embargo , no me permitió volviere á hablar palabra en defensa mia , y se me dió orden de que me estuviese el resto del dia en mi quarto.

Despues de la cena , se retiró mi madre con mi hermana , y me dixo que mi padre tenia que hablarme. Yo quedé muda , y este calló por algunos momentos. En fin , tomando la palabra con un tono mas severo del que acostumbraba , me dixo: apenas puedo creer que una hija que me pertenece , que la nieta de dos Pares de la Gran Bretaña , haya podido baxarse hasta familiarizarse con pordioseros, y mezclarse en los secretos de un joven , cuya clase merece mucha consideracion. Yo no intentaba , le respondí , mezclarme en los secretos del Lord Seaton , y estaba lejos de sospechar la parte vergonzosa que tenia en el que he descubierto. El puede tener sin duda , dixo mi padre , que echarse en cara ; pero su edad lo disculpa , y por eso no dexará de ser un esposo que convenga : yo no creo seais tan falta de juicio que lo desecheis. ¿Es

posible, padre, le repuse, que me supongais capaz de obrar distintamente? Bella contienda! dixo; este casamiento os asegura un rango, un título y una fortuna que no podiais esperar. Tampoco lo esperaba yo, respondí; pero lo que deseo sobre todo es no ser infeliz. Yo no tengo ambicion, y evitaré, si puedo, el serlo con magnificencia. Vos mudareis de parecer, ó no esperéis nada de mí.

Despues de esta amenaza salió mi padre de la sala broncamente. Yo me retiré á mi quarto bien inquieta, como se dexa discurrir; pero resuelta no obstante á no abandonar mis principios.

Tened á bien, dixo Madama Stanhope, que suspenda mi historia, para continuarla despues de comer, si no tenemos otra cosa que hacer. Yo deseo muy de veras, dixo Mariana, que Alberto y mi tio, no obs-

tante el gusto que tengo de verlos, no vengan á interrumpirnos hoy. No hay duda que os deben estar agradecidos de tan buen deseo, dixo riendo Madama Stanhope. ¿Por que no les enviais á decir que dexen la visita para otro dia? Oh! eso sería demasiado, y la prohibicion los afligiria, dixo Mariana, y en todo caso mas quiero verles venir.

CAPITULO XXVII.

*Continuacion de la historia de Madama Stanhope. Obstinacion de una mu-
ger. Firmeza de un aldeano.*

Despues de comer, Madama Stanhope, hallándose sola con su sobrina y Mariana, continuó su historia asi.

Al dia siguiente por la mañana

volvió mi madre á reconvenirme con no menor dureza que la víspera: y seguidamente salió con mi hermana á hacer una visita. Yo quedé sola leyendo, quando anuncian al Lord Seaton. Confieso que quedé cortada; pero procuré animarme para no darlo á entender. Milord se presentó con su alegría ordinaria, porque se miraba como un amante favorecido, aunque yo no habia dado todavía una respuesta decisiva acerca de sus pretensiones.

Quánto me alegro de veros! me dixo. Ayer, ciertas visitas importunas me tuvieron en casa, bien á mi pesar. Hoy quedo desagaviado, pues que os encuentro sola: diciendo esto iba á cogerme una mano; pero hice se sentase, y le respondí:

Tambien me alegro yo, Milord, de que la ocasion nos permita hablar sin estorbos. Os suplico no me

interrumpais, continué, al verle dispuesto á darme gracias. Yo no consentí, Milord, en recibir vuestros votos, sino con la intencion de daros mi confianza, mi estimacion y mi afecto, en la persuasion de que erais digno de ello. Elevándome pues sobre una falsa delicadeza, que miraré en este momento como una debilidad ridícula, voy á hablaros con claridad. Ayer me han contado un suceso, que si es verdadero, es un obstáculo insuperable para nuestra union. Os han informado de que vuestro mayordomo ha hecho embargar los efectos de uno de vuestros colonos; y que ha reducido su familia á la mas horrible miseria? El nombre de esta víctima es Martin.

Esta pregunta puso al Lord Seaton en tal confusion, que casi me causó una especie de lástima. Si... no... tartamudeó: un embargo de-

cis? Me parece que Jenkins me habló algo de eso; pero yo no me meto jamas en esas cosas.

Y por qué, Milord? le dixen quando se poseen bienes y se tiene poder, ¿estamos dispensados de ser humanos y justos? ¿La felicidad de vuestros colonos debe acaso estar al arbitrio de un mercenario sin entrañas? Deben ser víctimas de sus caprichos, de sus miras de interes ó de sus proyectos vergonzosos?

Creyendo Milord sin duda que solo me habian contado lo del embargo, me respondió prontamente hermosa moralista, convengo en que he faltado, y cuidaré de que Jenkins lo componga todo.

Eso será, Milord, le dixen, un acto de justicia; pero me parece que esas faltas no pueden quedar bien reparadas sino por vos mismo. Jenkins podrá sin duda volver los efectos embargados á la familia

de Martin; ¿pero las circunstancias no exigen nada mas? El honor y la humanidad piden otra reparacion.

Mi réplica puso el colmo á la confusion del conde. Calló algunos instantes, y despues dixo con voz cortada: apénas os entiendo Mis. Lo siento, le dixen, porque no quisiera explicarme mas claramente; pero pues es preciso me esforzaré. ¿Vuestra conciencia no os prescribe mas en favor de la hija de Martin?

A estas palabras se levantó precipitadamente, fue hácia la ventana, volvió hácia mí, y arrojándose á mis pies, exclamó: vos me atravesais el corazon! Confieso mi extravío, y lo detesto; pero tuve cuidado de ofrecer todas las reparaciones que estaban en mi mano. ¿Y no hubiera sido mejor, le insté, no haber comprehendido á Bonjou en esas ofertas?

Arrebatado entónces de cólera

exclamó: ¡trabajo le mando al miserable, sea quien quiera, que ha tirado á hacerme perder la opinion con vos! Yo confieso mi error. Por qué no os he conocido antes? y entónces no tendria que echarme en cara semejante debilidad! Vos me conociais, le repliqué, quando autorizasteis á Jenkins para oprimir una familia inocente. Sin duda no me conviene mucho ocuparme tanto en lo que mira á vuestra conducta; pero mi carácter no me permite callar lo que me ofende. Ya me he explicado. A Dios Milord.

Yo me retiraba, pero me detuvo, y dixo: por Dios que me oigais un momento. Yo no intento paliar mi locura; pero os suplico no la mireis como imperdonable. Yo protesto.... Yo no exijo, Milord, le dixe, protestacion ninguna. Siempre me será agradable saber que sois feliz. Ah! no mas: yo os suplico no me habéis

en ese tono. Yo me someto á todas las pruebas que gustéis imponerme; y para convenceros de la sinceridad de mi arrepentimiento, decidme ¿que quereis que haga con esa muger, que detesto en este momento, y al punto lo vereis executado? Yo no tengo nada que prescribiros Milord, sobre ese asunto, le dixe; vuestro honor debe servir de guia en esta coyuntura. La desgraciada no podrá estar mejor que al lado de su padre; pero me permitireis os diga que un hombre tan necesitado no debe cargar con un hijo que os pertenece.

Despues de dicho esto, lo dexé, y me retiré á mi quarto. Luego supe que fue á buscar á mi padre, con quien tuvo una larga conversacion. Este no se descuidó en consolarle atribuyendo mi conducta á un efecto de los zelos, los quales no han entrado jamas en mi corazon.

Tres dias se pasaron sin volver á ver al Lord Seaton, y al quarto volvi6, y fue á buscar á mi padre á su gabinete, adonde una hora despues fuimos llamadas mi madre y yo. Quando íbamos á entrar dexé pasar á mi madre para tener tiempo de repararme de la turbacion que me embargaba; ent6nces oí decir á mi padre con voz amenazadora: insolente! las distinciones desaparecen en permitiendo á gentes de esa especie tratar con desprecio á los que la gerarquía y las riquezas deben inspirarles respeto y veneracion. Yo pienso absolutamente como vos, Milord. Ese hombre no se hubiera atrevido jamas á daros una respuesta semejante, si no estuviera sostenido por el mercader gentil hombre que tenemos por vecino.

Yo habia oido bastante: y esforzándome para sostener el asalto que me esperaba, entré en el gabinete

de mi padre. María, me dix6, porque Milord me lo ha pedido, os he hecho venir para significaros que este amigo me ha dado razones que me han dexado satisfecho, las quales, me lisonjeo, merecerán tambien vuestra aprobacion: y asi no volvais á insistir en el ridículo asunto de que le habeis hablado.

Padre, respondí, puede ser que las razones que Milord os ha dado sean muy fundadas, pues que las habeis juzgado tales; pero por lo que hace á mí, yo le he comunicado quanto sabia, y todo acabó alli.

Para hacer ver, dixo mi madre, que no guardais rencor alguno, dadle la mano. Como al amigo de la familia, la respondí, con todo mi corazon, madre; pero yo no he engañado jamas al Lord Seaton, y no le engañaré tampoco hoy. Yo pedí seis meses de plazo para dar una respuesta decisiva, y este tér-

mino no espira hasta dentro de treinta dias. Y deseando excusar á Milord los inconvenientes de una mas prolongada expectativa , debo decirle desde ahora , que jamas seremos el uno para el otro.

Esta declaracion irritó violentamente á mis padres, y si no hubiera estado presente el Lord Seaton, no sé lo que me habria sucedido. Despues de haberles suplicado se moderasen , me dixo: yo temo haber perdido para siempre vuestra estimacion y confianza. He hecho quanto debia hacer; pero mis ofertas han sido recibidas con una insolencia increíble. Hace tres dias ha que envié mi mayordomo á Martin con orden de proponerle una pension vitalicia , bien á su favor , ó á favor de su hija. Yo no os disimularé que esta condescendencia la ha debido á la conversacion que tuve con vos el dia

antes; porque el tal Martin habia obrado conmigo con la mayor desvergüenza para merecer el menor favor. Me parece , Milord , le dixé entónces , que vos le habiais dado el exemplo: disimulad esta reconvenccion.

Mi padre no pudiendo ya contenerse , se marchó enfadado , y mi madre hizo otro tanto. Cómo! Mis , me dixo Lord Seaton , ¿ no olvidareis jamas un momento de error? De vos todo lo puedo sufrir; pero si no hubiera creido que el paso que he dado os sería agradable, me hubiera muerto de vergüenza. Jamas , le repliqué , debe tenerse para reconocer los defectos propios. Ningun hombre en el mundo, por distinguido que sea , está dispensado de ser justo. Convengo en ello, dixo. Ya os he informado , continuó , de que envié mi mayordomo á Martin. Vuestro padre ha visto la respuesta

de este hombre. ¿Será exígir demasiado suplicaros la leais? Yo estoy persuadida, Milord, le dixé, que esa respuesta nada contiene que yo pueda ignorar; y para probaros que me hallo dispuesta á creer todo lo que mira á justificaros, la leeré en efecto.

Entónces Lord Seaton me presentó la carta de Martin, y se retiró hácia la ventana, por ocultarme su agitacion. Ved aquí poco mas ó menos su contenido.

“Milord: vuestro mayordomo me ha hecho hoy en nombre vuestro la oferta de una pension vitalicia de cincuenta libras esterlinas para mí ó para mi hija. Por mi parte os doy gracias, y no puedo deber mi bien estar á la deshonra de mi hija. Por otra parte, esta no aceptará jamas, con mi consentimiento, el premio de esta misma deshonra. Pero á mi no me pertenece prescribiros cosa alguna tocante á vuestro hijo, si sale á

luz. Imposibilitado, como lo estoy, de sostener los míos, como quisiera, no hallo medio alguno de poder llenar esta obligacion, con respecto al hijo de otro. Yo os suplico atendais solamente á esta consideracion, sin ocuparos ni de la desgraciada madre ni de mí. — Soy, Milord, vuestro obediente servidor. — Jones Martin.”

Leí esta carta dos ó tres veces, y volviéndosela al Lord Seaton, le dixé: á la verdad, Milord, que me sorprehende el que la conducta de este pobre hombre os parezca ofensiva. Olvidad por un momento la superioridad de vuestra clase, y no vereis en las expresiones de esta carta sino el language de un hombre de bien que se mira ofendido y ultrajado. Lo que pide no es injusto: es una obligacion que vuestro corazon y la humanidad solamente os precisan á cumplir. Convengo en

ello, dixo; pero suscribir á lo que prescribe un ente de esta especie, es una humillacion que no sabré soportar; mas bien sacrificaré mil guineas. El orgullo, le repliqué, es frecuentemente la causa de grandísimas injusticias. Bien veo ya, Mis, dixo, hasta qué punto estais prevenida contra mí. Si la mitad de mis bienes pudiera dexarme bien puesto en vuestra opinion, la sacrificaría gustosísimo. Y yo, Milord, le dixé, desearia que las cosas hubiesen ido de otro modo. Vos estais afligido; y yo soy demasiado franca para ocultaros que lo siento: diré mas, y es, que debéis saber no he sido insensible á vuestros homenages. Vuestra persona y vuestros modales me han hecho conocer que era capaz de amar. Pero yo pedí tiempo para asegurarme de si podia fiarme de vuestro carácter. Un defecto inherente al mio puede ser que haya in-

fluido en la resolucion que he tomado, no menos que mis temores, tocante á vuestra conducta futura. Es imposible que yo dé la mano al hombre de quien conserve dudas. El objeto que yo elija debe poseer toda mi confianza, toda mi estimacion y toda mi amistad.

Tal es en sustancia la última session que tuve con el Lord Seaton; y omitiré todo lo que sufrí con mi familia de resultas de mi obstinacion en no quererle para marido. Os bastará saber que un carácter mas flexible que el mio, habria cedido sin duda á las persecuciones de toda especie que entónces experimenté. Lord Seaton me escribió varias veces; pero no admití sus cartas. En fin, él vió que perdía el tiempo, y marchó á Londres.

Mi madre habia formado el proyecto de pasar tambien á aquella corte despues de mi casamiento, que

miraban como hecho. Mi negativa no la hizo mudar su plan, y creí buenamente que me llevarian en su compañía: dos dias antes de la partida me llamó, y me dixo: supuesto, Mis, que habeis obrado como os ha dado gusto, vuestro padre me encarga os diga que no ireis á Londres, á menos que no deis vuestra palabra de recibir al Lord Seaton como vuestro esposo futuro. Vuestro resentimiento ha debido ceder á la reflexion; y asi supongo que os dareis priesa á aprovechar esta ocasion de reconciliaros con él y con vuestros padres.

Mi respuesta fue respetuosa, pero firme, sin desmentir mi conducta anterior. Dos dias despues toda la familia dexó la quinta, y me dexaron en ella sola todo el invierno.

Entónces necesité de todo mi espíritu para soportar este abandono, no porque me disgustase el quedar-

me en el campo, sino por verme tratada con tanta dureza, quando mi conciencia no me arguía de nada. Sin embargo, el afecto y los cuidados infatigables de los criados que habian dexado en la casa, hicieron poco á poco menos penosa mi situacion, y acabé por resignarme qual era regular.

Como el invierno era templado me paseaba frecuentemente, pero siempre á pie, porque no me habian dexado carruage alguno. Un dia se me antojó ir hasta la casa de Martin, de quien no habia vuelto á oír hablar despues de cinco meses. Como vivia á una milla lo mas de la quinta, bien presto llegué, y quedé sorprendida al ver aquella habitacion cómoda, agradable y muy bien amueblada. Luego que Marta me vió arrojó un grito de alegría. Dios sea alabado! Mis, me dixo. ¡ Quanto me alegro de veros! Vos

nos habeis visto desgraciados, y ahora todo se ha mudado en bien. Yo he oido decir en la aldea que habeis enviado á pasear al Lord Seaton, á causa de su maldad. Todo el mundo os ama: vos mereceis un marido no solo mas rico, sino mejor que aquel. Yo os doy gracias por vuestros buenos deseos, Marta, la dixé; pero no tengo priesa de mudar de estado. Cómo está vuestra hija? bastante me he acordado de ella.

Entónces me dixo que Sally habia salido de su trabajo con un niño muerto; y que despues que se halló restablecida estaba con una costurera en la villa inmediata, á expensas de Mr. Stanhope, hasta que saliese de su aprendizaje. En quanto al Lord Seaton, añadió Marta, como la criatura estaba muerta, mi marido no quiso recibir nada de él, y le devolvió un billete de veinte li-

bras esterlinas que le remitió. Gracias á Dios ya no necesitamos su proteccion. Mucho lo celebro, la dixé; ¿pero puedo yo saber que feliz mudanza ha tenido vuestra situacion? Seguramente, Mis, nada quiero reservaros. Puede ser ignoreis que Milord ha ofrecido á mi pobre Sally una renta vitalicia de cincuenta libras esterlinas. Tengo conocimiento, la dixé, de esta oferta, y sé tambien que Martin la ha rehusado: yo he visto la carta que le ha escrito al Lord Seaton. Ah! Mis, esta carta es la causa de nuestra felicidad. Yo sabia muy bien que Jones habia tenido buena educacion; pero no sabia el uso que podria hacer de ella. Y bien, Marta? la dixé. Todo lo vais á saber Mis, me respondió. Quando venimos aqui estábamos bien tristes y muy inquietos del dia de mañana. Una madrugada el mayordomo de Milord vino

á hacernos sus ofertas, á las quales nada respondí, estando ausente mi marido; mas quando volvió á comer, entónces escribió la respuesta, y como no teniamos oblea me dixo la enviase á buscar á la aldea; y que uno de nuestros muchachos llevase la carta á la quinta.

Apénas Martin habia salido quando entró en casa Mr. Stanhope el joven. Preguntóme si queriamos ó necesitábamos algo, con un ayre de bondad que estuve por arrojarme á sus pies: tan confusa y enternecida estaba. La carta dirigida al Lord Seaton estaba sobre la mesa. Vi que la miraba; y temiendo no pensase alguna cosa contra nosotros, le conté naturalmente lo que habia obligado á mi marido á escribirla, instándole á que la leyese. Al principio se opuso, y no quiso leerla hasta que vió que yo lo sentia verdaderamente. Apénas se

hubo impuesto en su contenido, quando le vi hacer un cierto movimiento de sorpresa. Leyóla dos ó tres veces, y entregándomela me hizo varias preguntas acerca de la educacion que habia tenido mi marido. Yo le dixe que su padre, como que estaba bien, le habia hecho aprender á leer y escribir; pero que sucesos desgraciados nos habian reducido á la indigencia; y que solo subsistiamos del producto de su trabajo.

Muy luego se retiró el joven Mr. Stanhope; pero su padre al dia siguiente envió á buscar á mi marido; y despues de haberle hecho diferentes preguntas, le dixo: yo estoy satisfecho de vuestra conducta, con respecto al Lord Seaton, segun me ha informado mi hijo, y sentiria que os fuese perjudicial. Si un destino de alcalde os conviene, está á vuestra disposicion, con sesenta libras esterlinas de honorario, y la casa que ocupais.

Mi marido no sabia qué responder á tanta generosidad por su grande conmocion y agradecimiento. Yo me persuado, añadió Mr. Stanhope, de que os hallais en estado de desempeñar un empleo mas dificultoso; este que os ofrezco lo desempeñareis bien. No se encuentran siempre hombres que os parezcan.

Desde entónces, Mis, vivimos dichosos y sin inquietud. Como Dios fue servido dexar á Sally en el estado que os he dicho, no tenemos ya relacion ninguna con Milord. Mis hijos estan buenos, y bien vestidos; y asi jamas los miro sin dar gracias á Mr. Stanhope.

Marta salió, y los llamó. La limpieza de sus vestidos, la salud que brillaba en sus semblantes, y lo risueño de su fisonomía, me causaron el mayor placer.

Quando volví á casa empecé á

reflexionar lo que me habia dicho la buena Marta. La noble y generosa conducta de los Stanhopes excitó mi estimacion y mi admiracion. Yo me hallaba bien distante de formar la idea de tener con ellos la menor relacion; y asi no sospechaba tampoco que algun dia derramarian un bálsamo de consuelo sobre mi corazon ulcerado: que me amarian hasta el entusiasmo; y que les deberia toda la felicidad de mi vida. Aqui lo dexaré hoy, dixo Madama Stanhope. Mañana se terminará la maravillosa relacion de mis aventuras.

CAPITULO XXVIII.

Historia acabada. Union de caractéres iguales.

A la mañana siguiente, Mariana y Gertrudis en vez de convidar

á Madama Stanhope á que acabase su relacion, la suplicaron las conduxese á Blackwood.

Os agradezco esta peticion, las dixo riendo Madama Stanhope. Vosotras creeis que la memoria de lo que me falta que contar puede causarme pesadumbre, y por eso quereis dilatarlo. Ah! sin duda que esa memoria me cuesta siempre lágrimas; pero tambien tiene sus dulzuras, y yo gusto de entregarme á ella.

En el calor de mi resentimiento contra Lord Seaton habia yo resuelto no casarme jamas. La soledad en que vivia me habia fortificado en esta resolucion, y yo la creia inalterable. Despues de la ausencia de mis padres, habia recibido diferentes convites de algunas familias que residian en la vecindad, á los quales me excusé, sabiendo que aquellos no querian, ni que los admitiese, ni los hiciese á

nadie. Entre las personas que deseaban verme estaba la condesa viuda de Bradford, á quien todos respetaban en el canton, unos por razon de su rango, otros á causa de sus riquezas, y algunos por su entendimiento y buen corazon, que son las qualidades que establecen únicamente una diferencia real entre los hombres. Mis reiteradas excusas no la hicieron retroceder de su proyecto de atraerme á su casa, y escribió á mis padres para obtener el consentimiento correspondiente. Aunque esta peticion no les fue agradable, no pudieron, sin embargo, dexar de acceder á ella, y en consecuencia recibí una carta de mi hermana con la orden de mis padres de aceptar los convites de Lady Bradford.

Este permiso me agradó mucho. Al dia siguiente Milady misma vino á buscarme, y me llevó á comer á

su casa. Desde esta época fueron para mí los días muy agradables. Casi todos ellos veía á Lady Bradford rodeada de todas las gentes distinguidas de la vecindad. Como se habia extendido la voz de que yo no habia querido aceptar la mano de Lord Seaton, fue por algun tiempo el objeto de la curiosidad de muchos; pero poco á poco se acostumbraron á verme: yo disfrutaba sin inquietud todos los placeres de mi nueva situacion, quando un dia Lady Bradford, que me habia convidado á comer, me anunció que Mr. Stanhope y su hijo nos acompañarian á la mesa. Yo no he podido jamas comprehender por qué me turbé entónces. Yo estuve pensativa hasta la hora de comer, en términos que Milady me preguntó varias veces, riéndose, si mis tristezas eran favorables al Lord Seaton. Mr. Stanhope y su hijo llegaron

por fin. Milady, presentándome al primero, le dixo: esta es, Mr., Mis Morton, una señorita muy amable, pero un poco singular, pues ha hecho la locura de no querer admitir por esposo á un Lord joven, rico, bien parecido; y que prefiere á las diversiones de Londres los tristes pasatiempos del campo. La fama exâgera todo aquello de que se apodera, respondió el venerable Mr. Stanhope; pero por mas que haya dicho á favor de Mis Morton, estoy dispuesto á creerlo. Yo me felicito de poder pagar á su conducta, cuya edad ofrece tan pocos exemplos, el tributo de admiracion que merece. El cumplimento de un viejo no debe exâsperaros, añadió, notando mi turbacion; si os lo hubiera dirigido mi hijo podriais creerlo interesado.

Yo no sé cómo respondí á Mr. Stanhope; pero lo cierto es que pa-

sado ya aquel primer embarazo nós encontramos tan satisfechos los unos y los otros, que Lady Bradford no pudo menos de decir, que esperaba la diese las gracias el trio que habia reunido. Seguramente Madama, respondió Mr. Stanhope el hijo, vos teneis reconocimiento de mi padre; pero me permitireis os diga, sin osar faltaros al respeto, que nosotros dos Mis Morton y yo no os debemos nada sobre este punto, pues no es esta la primera vez que nos hemos visto. Yo tuve la dicha, algunos meses ha, de ofrecerla mi ayuda en una situacion peligrosa; pero á pesar de mi inquietud por las resultas del suceso, Mis no lo ha estimado, y me ha impedido los medios de salir de ella.

Una estrecha alianza se formó desde este momento entre estos dos hombres estimables y yo: y así Lady Bradford atribuía las visitas

frecüentes que la hacian, sobre todo las del hijo, al deseo de encontrarme en su casa. Yo los estimaba antes de conocerles; y la inmediatecion lejos de perjudicarles en mi opinion, afirmaba mas la que me habian inspirado. Sin embargo, me creia al abrigo del amor, aunque me sucedia con frecuencia desear que Lord Seaton se parecia al joven Stanhope.

Tal era mi situacion, quando Lady Bradford me dixo, que una carta de Londres la anunciaba el casamiento de mi hermana con Mr. San-Austyn. Confieso que esta noticia me incomodó mucho, no en razon del matrimonio, sino por ver el olvido y abandono en que me dexaba mi familia. Milady se esforzó para consolarme, y sus cuidados afectuosos no dexaron de explayarme el corazon. Vos llorabais esta mañana, me dixo riendo-

se, porque casan á vuestra hermana antes que á vos. Vivid segura que Lord Seaton está todavía á vuestra disposicion, á pesar de vuestro rigor; y madamita San-Austyn, no obstante las riquezas de su marido, será poca cosa mas que una particular junto á la ilustre condesa de Seaton. Yo deseo, la respondí, que mi hermana sea dichosa; por mí, yo no me casaré jamas. Si mudo algun dia de resolucion, Lord Seaton será el último hombre que elegiré. ¿Pues que diremos, me repuso, de William Stanhope? Yo no pienso en él, la respondí avergonzada. Esa es una ingratitude, me replicó, porque él piensa bien en vos. Su padre me ha hecho esta mañana una visita, cuyo objeto habeis sido vos únicamente. El no ignora los disgustos de vuestra situacion, con respecto á vuestra familia, aunque su deli-

cadeza no le ha permitido hacer mencion de semejante cosa. Me ha dicho que miras ambiciosas no entran en las ideas de su hijo: y me ha suplicado os consulte, pues vuestra ausencia debe preceder á las diligencias que haga con vuestra familia. Si vos os prestais á sus deseos y á los de su hijo, él subscribirá á todas las condiciones que vuestros padres le prescriban.

Mi sorpresa era demasiada para poder responder. Yo no habia dexado de notar que William Stanhope tenia conmigo particulares atenciones; y sin poder comprender lo que pasaba en mi corazon, sentia no obstante que nadie en el mundo me parecia mas digno de mi estimacion. Yo doy gracias á Mr. Stanhope, respondí al fin con una voz medio cortada; pero... Pero qué? dixo Lady Bradford. Vamos, vamos, querida mia, dexé-

monos de disimulos. William Stanhope es el único hombre, en mi dictámen, que puede haceros feliz. Vuestros caractéres y vuestros gustos tienen entre sí la mayor conformidad; y su padre goza un caudal inmenso. ¿Que me importa esta última circunstancia? la dixe. Seméjante consideracion no será jamas nada para mí. Ah! ah! replicó, no será nada para vos?... Vuestro corazon ha adelantado mas de lo que yo creia... Fuera de chanza; si este no es un motivo para que os determineis, puede serlo para vuestra familia.

Un suspiro se me escapó, y la dixe: vos olvidais que Mr. Stanhope ha estado, y está todavía en el comercio. Bien lo tengo presente, me replicó, y no creo sin embargo que vuestros padres lo desechen. En primer lugar, ellos deben veros establecida. Despues, las

ofertas que les harán serán tales, que sería una locura en ellos no aceptarlas.

No obstante nunca me persuadí á que mis padres conviniesen en este tratado; y asi supliqué á Milady diese las correspondientes gracias en mi nombre á Mr. Stanhope, y le dixese suspendiera el dar los pasos que se proponia hasta la vuelta de mi padre al campo. Esta prevencion era mas interesada tal vez que lo que yo me atrevia á confesarme á mí misma. Yo no habria querido que me impidiesen ver á Lady Bradford, y por consecuencia á los señores Stanhope; y tenia por casi evidente que el paso de que me hablaban tendria estas resultas. Lo que hay de cierto es, que la primera vez que volví á ver á William Stanhope, despues de esta explicacion, no desanimé sus esperanzas. Los hermosos dias de

primavera proporcionaban que mis paseos fueran mas frecuentes, y las mas veces lo executaba en su compañía. En fin, yo llegué á desear que tuviera la aprobacion de mis padres; pero este deseo no me alucinaba sobre la imposibilidad, á mi parecer, de obtenerla.

El verano estaba ya bien adelantado quando mi familia se restituyó á la quinta; pero mi hermana se habia quedado con su marido. Yo conocí con bastante sentimiento que la ausencia no habia disminuido nada el enojo de mis padres; y asi, no sin temblar, y sin esperanza de un buen suceso, consentí que Mr. Stanhope hiciese su propuesta.

Pintaros la cólera de mis padres es imposible. Se me interceptó toda comunicacion no solamente con Mr. Stanhope, sino tambien con Lady Bradford, y me hicieron mil

cargos sobre la baxeza de mis inclinaciones. En esta ocasion no guardé medida alguna, y declaré á mi padre que jamas me casaria sin su consentimiento, á menos que los malos tratamientos no me obligasen á ello; pero que sin embargo yo habia irrevocablemente entregado mi corazon á Mr. Stanhope.

Desde esta época me separaron del campo, y pasé dos años de vida luchando contra mil persecuciones intolerables. Mr. Stanhope me escribia á menudo; porque no me habia propuesto dexar de recibir sus cartas. Yo me acercaba á veinte y tres años, quando Lord Seaton tuvo por conveniente renovar sus ofertas; y de grado ó por fuerza querian mis padres que yo las aceptase. Yo les declaré entónces en términos muy expresos, que si no me libertaban de semejante tiranía, me creeria autorizada á libertarme yo misma.

No hicieron caso de esta declaración. Siendo cada día mas insupportables los malos tratamientos, me fui de la casa de mis padres á la de Lady Bradford. Tres semanas despues se efectuó mi matrimonio; la familia de Mr. Stanhope me acogió con tanto respeto, y me procuró tantas ventajas, como si yo hubiese llevado en dote la primera fortuna del reyno.

Me sería imposible explicar lo mucho que me apreciaban mi esposo y su respetable padre. Emplearon quantos medios eran imaginables para reconciliarme con mi familia; pero esta fue inexorable. Entónces tomamos el partido de viajar, y visitamos sucesivamente la Francia, la España y la Italia. No hay acá abaxo dicha sin mezcla de amargura. Mis hijos murieron pequeños. Tuvimos la desgracia de

perder á nuestro estimable padre Mr. Stanhope seis años despues de nuestro casamiento; y la delicada salud de mi marido nos obligó á residir en el mediodia de la Francia. El cielo me lo llevó quando me prometia todavía una larga serie de dias felices.

Madama Stanhope acababa de concluir su historia, quando Mariana y Gertrudis conmovidas, la cogieron las manos, y se las besaron con la mayor ternura, á cuya demostracion cariñosa correspondió abrazándolas, y diciéndolas con un tono afectuoso: yo no debo creerme sin hijos, pues que el cielo ha reunido junto á mí dos preciosas hijas que me miran como madre. Solo falta aquí Federico para completar todos los votos que me quedan que formar antes de morir. Ah! no hableis de muerte, dixo Gertrudis. ¡Que sería de mí si perdiera

una madre y una amiga como vos!

Mariana se explicó con la misma sensibilidad; Madama Stanhope despues de haberlas dado gracias por sus afectuosas expresiones, queriendo borrar las tristes imágenes de su historia, se puso al piano, y tocó varias sonatas que volvieron su alegría á Mariana, y á Gertrudis su dulce tranquilidad.

CAPITULO XXIX.

Carta interesantē.

El Coronel y Alberto no habian dexado de escribir á Federico. Sus cartas habian sido dirigidas á su casa de campo en el ducado de York. A súplicas de Madama Stanhope y de Gertrudis habian tenido la precaucion de no hablarle de Berners; pero habian reiterado el convite, al qual se habia excusado.

Casi un mes despues recibieron respuesta. Las cartas selladas en Londres no indicaban la residencia de San-Austyn: lo que afligió á Madama Stanhope tan vivamente como al coronel y á su sobrino.

La amargura de las pesadumbres de Federico parecia haberse dulcificado, y haber dado lugar á una melancolía pacífica. "Me preguntais donde me hallo, decia en su carta al coronel. Creed que me cuesta mucho no poder responder claramente á esta pregunta. Si algun dia tengo la fortuna de veros, mi corazon se os abrirá enteramente, y someteré mi conducta á vuestra decision. El descabro de mis bienés, la vergüenza de mis pasados extravíos, y mis reflexiones sobre la dicha que dexé escapar, todo me hizo conocer que no me quedaba otro partido que tomar sino el de separarme de la vista de

las gentes. Y aunque no me hallaba ya expuesto á una recaída, quise no obstante evitar hasta su posibilidad. Quedarme en Inglaterra era exponerme á ver los compañeros de mis excesos, y así resolví dexarla."

"Ahora me hallo en un rincon, lejos del mundo, en donde no echo menos los placeres. La paz reyna al rededor de mí, la confusion no existe sino en mi corazon; pero no me priva de hallarme contento. Yo me encuentro mas dichoso de lo que podia esperar; y lo sería tambien de un modo envidiable, si pudiera descartar ciertas memorias que me importunan. Aunque menos rico que antes tengo sin embargo medios superiores á mis gastos actuales; y una vida activa y arreglada ha fortificado mi salud. Yo he aprendido, no á despreciar las riquezas, sino á mirarlas como insuficientes para la felicidad; porque

con dos criados solamente me hallo servido mejor que con la tropa de ellos que mantenía por ostentacion. Mi mesa es abundante y frugal al mismo tiempo; en ella no se ve una fastuosa variedad de vinos extranjeros; y así tengo siempre mi cabeza fresca, y mi cuerpo en buena disposicion. Yo no deslumbro con mi magnificencia; pero no tengo acreedores á mi puerta. En fin, mi querido Coronel, yo no me hallo verdaderamente rico, sino despues de haberme arruinado. La opulencia es un bien precioso entre las manos de aquellos que saben hacer un buen uso de ella; y por desgracia yo no fui de ese número. Los bienes de que he gozado no me han servido sino para multiplicar mis necesidades y mis extravagancias: y así eran para mí mas bien un mal que un bien; y si Berners no me hubiera puesto en el caso de desem-

barazarme de ellos prontamente habria sin duda llegado al último grado de depravacion. La adversidad es útil: convencido estoy de ello hasta el punto de alegrarme de las pérdidas enormes que he hecho, si se cifieran solamente á las de los bienes.

Durante el dia cultivo mi jardin, me ocupo en mejorar mi estancia, y en otros cuidados que distraen mi imaginacion; pero en llegando la noche miro al rededor de mí, y me hallo bastantemente solo. A pesar de la filosofia de que me armo, mis sentimientos me llevan junto á vos, y al seno de la sociedad interesante, de la qual estoy desterrado por mi culpa. Me parece que veo á mi tia pacífica, uniforme en su conducta, gozando del bien que hace, y sin conocer sino de de nombre los remordimientos; que os veo tambien, amigo mio, con una

alegría siempre original, haciendo las acciones mas generosas sin afectacion, sin orgullo y con el ayre de un hombre que cree hacer la cosa mas ordinaria del mundo; á Mr. Montgomery franco, razonable, sin pedantería, lleno de energía y de fuego por la causa justa y la virtud; pero dulce en la sociedad, accesible, buen hermano, sobriño tierno y excelente amigo. En fin, á Gertrudis, que jamas olvido, buena hija, docil y amable, cuya educacion ha sido descuidada; pero que gracias al cielo, á los cuidados de Madama Stanhope, y á la amistad de aquella de quien me habla con tanto afecto en su carta, no puede dexar de ser cada dia mas interesante.

Yo no acabaré el retrato, no porque no sepa apreciar el objeto que excuso pintar, sino porque me ocupa demasiado para poder bos-

quejar una imágen, cuyo original
 creo perdido para siempre. A Dios,
 mi respetable amigo, mis deseos ca-
 minan al término de mi destierro:
 á aquella época dichosa para mí,
 en la qual podré explicaros verbal-
 mente el reconocimiento de que me
 han penetrado vuestras bondades.”





BIBLIOTECA NACIONAL



1001211556